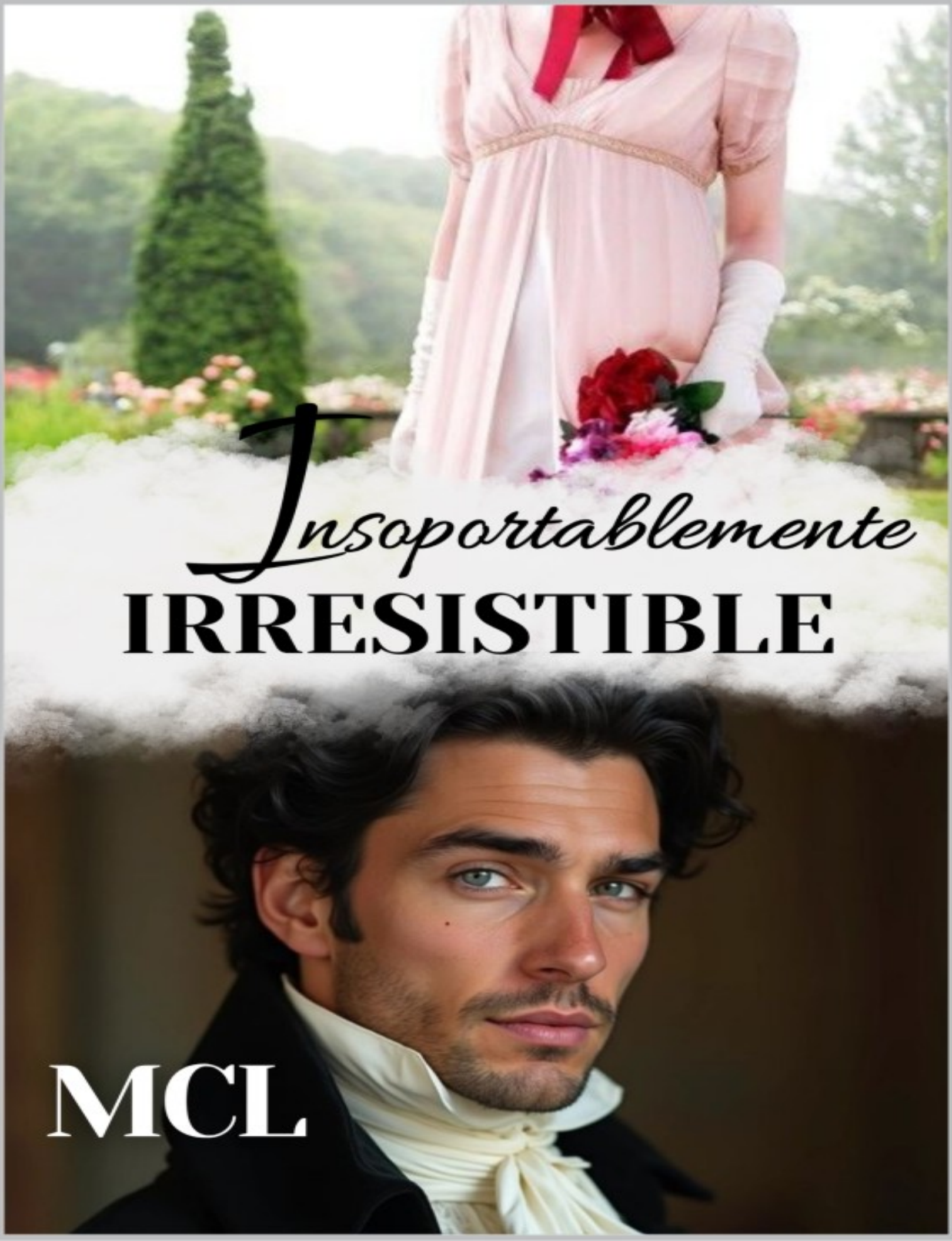

Insoportablemente
IRRESISTIBLE
MCL

© MCL 2025 Todos los derechos reservados.
Título: *Insoportablemente irresistible*
Publicado en agosto de 2025
MCL (Marca de Copyright Literaria)

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o formato, sin la autorización escrita del autor.

Agradecimientos

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento a todas las personas que han hecho posible la creación de *Insoportablemente irresistible*.

Gracias a mi familia, por su amor incondicional y su apoyo constante, incluso en los momentos en que las palabras parecían no llegar. A mis amigos, por escucharme, animarme y celebrar cada pequeño avance conmigo.

Gracias a mis lectoras y lectores, que me inspiran a seguir escribiendo con pasión y entrega. Sin ustedes, esta aventura no tendría sentido.

Y finalmente, le doy las gracias a los personajes que habitan estas páginas, que con sus emociones, miedos y sueños me enseñaron a mirar el amor con otros ojos.

Este libro es para todos vosotros, gracias de corazón, queridas.

Insoportablemente

Irresistible

MCL

Él era insoportablemente arrogante.
Ella, insoportablemente decidida.
Juntos…
insoportablemente irresistibles.



Prólogo

Residencia de los Lane
Diez días después de contraer matrimonio

—He decidido que serás insoportable —declaró Agatha, examinando una fresa con demasiada precisión mientras pensaba en dar una solución a su amiga.

Clara levantó la vista desde su bordado —un ruiseñor con cara de pato—, y parpadeó.

—¿Qué has dicho?

—Es la única forma. Finges estar completamente loca. Te pones a hablar con los relojes, a llevar las plantas de un lado para otro afirmando que necesitan compañía, a preparar mermelada a

medianoche. Y voilà: tu marido suplicará por la libertad antes de que acabe el mes.

Clara dejó la aguja en la labor, suspiró con ese tipo de cansancio que solo las esposas desatendidas comprenden, y negó con la cabeza.

—No creo que sea necesario fingir ninguna locura. Con una simple carta solicitándole el divorcio bastará.

Agatha la miró como si hubiera propuesto tejer el Canal de la Mancha.

—¿Una carta? Pero si todavía vivís en la misma casa.

—Sí. Una carta será necesaria, porque en las dos últimas ocasiones que he intentado conversar con él, me ha pedido que se lo traslade a su ayudante de cámara, asi que me veo obligada a pedirle el divorcio de esta manera. Educadamente, claro. Está más que comprobado que, a lord Lane no le interesa ni mi conversación, ni mi compañía, ni mi persona en general. No creo que se oponga. Lo firmará con la misma emoción con la que firma sus cuentas del mes.

Agatha hizo un gesto dramático dejando caer la fresa intacta sobre el plato.

—Me parece un error. Una carta es civilizada, sí, pero poco efectiva. No creo que puedas trasladar tu angustia en el matrimonio. Si quieres que te suelte, tienes que incomodarlo. Que tema encontrarte cada mañana recitando a Shakespeare en camisón.

—Estoy empezando a sospechar que tú deseas ese divorcio más que yo —replicó Clara con una sonrisa.

—No, querida. Pero si por algún infortunio, en respuesta a tu carta recibes un simple "No"…
—hizo una pausa pomposa, alzando una ceja— …ya sabes lo que te tocará hacer.

—Fingir locura. Sí, ya me lo has dicho antes.

—La peor de todas. O nunca lograrás quitártelo de encima.

Clara se quedó pensativa mientras afirmaba discretamente con la cabeza.

Y es que, para ser completamente justos con la historia, lo cierto es que Clara Ponzoña no deseaba divorciarse por falta de atractivo físico.

Todo lo contrario.

Lord Lane era, sin exagerar, el hombre más escandalosamente apuesto que habían visto los ojos de Clara Ponzoña desde que los abrió por primera vez.

Y había visto muchos rostros atractivos en los salones de Londres, pero ninguno como el de él.

Alto. De hombros firmes. Fuerte como ya no se fabricaban hombres en la capital. Con un cabello grueso, oscuro y ondulado que pedía a gritos, un escándalo bajo la lluvia. Y una peca. Una peca traicionera. Situada justo al lado de su labio superior, con la descarada costumbre de robar toda la atención en cuanto él se acercaba lo suficiente.

Una peca que, de haber tenido voluntad propia, sin duda habría arruinado matrimonios ajenos.

Pero Clara nunca había querido casarse. Tampoco quería quedarse casada ahora que lo estaba. Prefería ser soltera. Hubiera deseado ser viuda en realidad.

Pero después de conocer a su esposo, supo con absoluta certeza que jamás podría hacerle daño para causarle la muerte, que era algo que había meditado con calma cuando se enteró que su madre la había prometido.

Ni siquiera podía desearle un resfriado leve, mucho menos la muerte.

Y entonces, como cualquier dama sensata en su situación, tomó la decisión más lógica:

Conquistar su libertad por la vía civilizada.

Con una carta. Y si eso no resultaba, pues tenía un plan. Y un poquito de teatro.

Capítulo 1

Dos años antes de conocerse
Mansión Lane, Hertfordshire

La Mansión Lane se alzaba imponente sobre las suaves colinas de Hertfordshire inundadas del verde más bonito que se veía en días, aquella construcción parecía como si hubiese estado allí desde antes de que el tiempo tuviera nombre.

Su fachada de piedra clara estaba cubierta por una maraña disciplinada de hiedra, recortada con precisión cada primavera por jardineros que sabían que en esa casa nada debía crecer más allá de lo previsto. Las ventanas eran altas y estrechas, rematadas por marcos oscuros que contrastaban con la blancura impecable de los visillos. El tejado, de pizarra negra, relucía bajo el sol como una corona silenciosa sobre una nobleza bien cimentada.

Pero era en el interior donde la Mansión Lane revelaba su verdadera esencia: disciplina, simetría, legado y obediencia, sobre todo eso último.

El vestíbulo principal, con su mármol gris veteado y columnas dóricas anunciaba la elegancia de generaciones pasadas con cada paso. Un enorme reloj de pie marcaba los segundos con un *tic* enfático que se oía incluso desde la biblioteca. Alfombras persas cuidadosamente alineadas cubrían los suelos de roble encerado, y los retratos de los antepasados observaban desde las paredes con esa expresión que sólo los nobles británicos sabían cultivar: una mezcla de juicio, condescendencia y aburrimiento.

Todo estaba donde debía estar. Todo funcionaba como debía funcionar.

Excepto, tal vez, la muerte, que en aquel día se empeñaba en hacer su aparición aunque no hubiese sido invitada.

Sebastian Lane avanzó por el pasillo central con pasos resignados, la espalda recta como su educación exigía y el corazón tan sereno como era posible cuando uno se encaminaba a la habitación de un padre moribundo.

La puerta del dormitorio principal estaba entornada. La luz se filtraba a través de las cortinas pesadas, que daba al lugar un tono ceniciento.

—Cierra la puerta, Sebastian —dijo la voz áspera desde la cama—. Y acércate. No pienso repetir nada de lo que voy a decir.

Lord Richard Sebastian Lane yacía en su lecho como un general abatido, rodeado de almohadas y mantas de lana escocesa, la piel convertida en un mapa de líneas y manchas que hablaban de edad, enfermedad… y sobre todo aunque se le apagasen las fuerzas, autoridad indiscutible.

—¿Estás seguro de que esto no puede esperar a que el médico regrese? —preguntó Sebastian con voz baja.

—¿Y dejar mi apellido en tus manos sin asegurarme de que no lo arruinarás? —respondió su padre con esa ironía seca que tanto le caracterizaba—. En absoluto.

Sebastian se acercó. Se sentó junto a la cama con el mismo gesto sereno que usaba ante cualquier adversario, aunque este fuese su propio padre y la batalla se librase en sus últimas horas.

—Hijo —empezó lord Richard, tragando saliva—. Esta familia ha mantenido su honor intacto durante generaciones. Sin escándalos. Sin manchas. Con hijos ejemplares. Esposas que despiertan envidia entre la sociedad... Y lo más importante: jamás ha habido un divorcio.

—Padre…

—Escúchame bien. —El viejo levantó un dedo con esfuerzo—. Cuando te cases, harás que funcione. Sea como sea. No permitiré que el nombre de los Lane sea objeto de cotilleo entre viejas

aburridas ni que aparezca en las columnas de escándalos. Prométemelo.

Sebastian no respondió de inmediato. Su mirada recorrió el techo de molduras ornamentadas, buscando alguna salida que claramente no existía.

—¿Y si…?

—Si rompes tu promesa, lo perderás todo —dijo lord Richard, sin temblor en la voz—. Lo he dejado estipulado. Si llegas a divorciarte, las tierras, el título, cada moneda… pasarán automáticamente a los Forester. Los primos. Sí, esos mismos que siempre huelen a establo y llaman ‹‹el potro›› a su carruaje de cuatro ruedas.

Sebastian cerró los ojos un instante. Sintió, de forma precisa, cómo la libertad se deslizaba desde sus dedos como polvo hasta las tablas del suelo.

—Lo prometo —dijo al fin, con un tono de voz fuerte.

Y en esa habitación, donde el aire olía a algo extraño y expectativas aplastantes, la promesa quedó sellada.

Sin saber que esa promesa sería, tarde o temprano, lo que le haría desear romperlo todo.

Capítulo 2

Dos años después de la muerte de lord Lane

—¡Doce! ¿Solo doce? —exclamó lady Eleanor Lane, paseándose con ansiedad por el salón de los tapices—. ¿Me está diciendo que sólo doce jóvenes damas han aceptado la invitación?

—Doce, milady —respondió la señorita Gibbons, su doncella y asistente personal desde hacía dos décadas—. Lo cual, considerando la premura y la... naturaleza específica de la reunión, me parece un milagro.

Lady Eleanor se detuvo junto al ventanal. Desde allí podía verse la fuente central del jardín y, más allá, los setos podados con precisión militar. Pero no eran los rosales lo que le aceleraban el corazón, sino el testamento que descansaba en el pequeño escritorio lacado del rincón.

Dos años. Dos años exactos había concedido su difunto esposo para que Sebastian contrajera matrimonio. Dos años contados desde la fecha de su muerte. Ni un día más. Y si no lo hacía tal cual había escrito el patrimonio Lane pasaría de inmediato a los despreciables Forester.

Y quedaba exactamente un mes y seis días.

—Necesitamos una esposa. Urgente —dijo con dramatismo—. Y no cualquiera. Necesitamos una dama con linaje, belleza suficiente para que no le dé vergüenza mostrarla en los bailes, y un carácter lo bastante apacible como para no fastidiarlo todo antes del tercer desayuno.

—¿Desea que las reciba en el salón azul, milady?

—¡Por supuesto que no! —bufó Eleanor—. Las quiero en la galería del sur. Luz natural. Que la verdad no tenga sombra donde

esconderse.

Una hora después, once jóvenes se alineaban como estatuas de porcelana sobre la alfombra de terciopelo más costosa de la casa. Lady Eleanor las recorrió con la mirada, una ceja perfectamente arqueada y un abanico que no usaba para refrescarse, sino para señalar, suspirar o enfatizar decepciones.

Lady Beatrice Holloway, de ojos soñadores y frente brillante, tenía una voz tan aguda que rompía la quietud. Sonreía con dulzura la mayor parte del tiempo, y su perfecta boca hacía que las sonrisas fuesen devueltas. Hasta que abría la boca y lo estropeaba todo con ese tono.

Miss Josephine Wexford era dueña de una belleza clásica, aunque su obsesión por la poesía romántica hacía que hablara en rimas hasta cuando pedía el azúcar. Y lady Eleanor sabía bien que a su hijo la poesía jamás le había encantado.

Las gemelas Deverill, idénticas en vestido, voz y risita idiota, parecían incapaces de hablar sin consultarse entre sí con miradas fugaces. Lady Eleanor ya las detestaba.

Miss Octavia Fernley, heredera de una gran fortuna, tenía una risa contagiosa, una inclinación peligrosa a las apuestas y una reputación que podría hacer sonrojar a un marinero. Eleanor la apuntó como "posible solo en caso de extrema desesperación".

Lady Elspeth Turnbridge, una belleza esculpida en hielo, tenía un aire de reina... y a la vez de verdugo. No apartó la mirada ni cuando Eleanor la fulminó con una evaluación nada disimulada. "Demasiado elegante para compartir techo", pensó la anfitriona. Estaba segura de que se llevaría toda la atención ella y a su hijo nadie lo recordaría.

Miss Harriet Wigg, sobrina de un vizconde menor, se desmayó a los tres minutos por los nervios. Necesitó sales, agua, y una silla. Fue descartada con un suspiro.

Lady Penelope Morland tenía la sonrisa más adorable y la voz más chillona del hemisferio occidental. Su risa recordaba a un ratón atrapado bajo una tetera.

Miss Sybil Greaves parecía simpática. Lamentablemente, no tenía cejas. Eleanor no pudo evitar mirar su frente cada tres segundos.

Lady Constance Elridge era viuda. Y mayor. Demasiado mayor. El hecho de que llevara consigo a sus tres sabuesos y hablara de su "difunto esposo y su amor por la taxidermia" la convirtió en una anécdota para el té, no en una candidata real.

Lady Virginia Chalmers era un prodigio del piano, tímida como una almeja, y no levantó la mirada en toda la reunión. Eleanor apenas logró recordar sus ojos.

Y, finalmente…

Una tal lady Ponzoña.

Ni una joya. Ni una reverencia profunda. Ni una sonrisa estratégica. Llevaba un vestido negro sin adornos, el cabello recogido con una horquilla torcida, y una expresión en el rostro como si todo aquello le pareciera un disparate monumental. Y mayor, muy mayor para su hijo.

—Dice usted señorita Ponzoña que tiene… ¿cuántos años? —preguntó Eleonor.

—Es de mala educación preguntar la edad a una señora.

—¿Ha dicho señora?

—Así es, mi hija no ha podido acudir a su reunión, he venido yo en representación. Y ya le auguro que de todas sus opciones es la única joven válida para su casa.

Lady Eleanor la observó como quien evalúa un jarrón de cerámica alemana que, a pesar de estar agrietado, tiene algo que lo hace difícil de descartar.

—¿Usted es…?

—Beatriz Ponzoña, milady.

—¿Pariente de los Ponzoña de Derbyshire?

—No tenemos nada en común, debe haber muchos Ponzoña. Nosotras somos de España, nuestros parientes si mal no recuerdo residen todos allí. Pero no he venido a su casa para hablar de mi árbol genealógico, sino a preguntar por su hijo. ¿Qué tipo de defecto

tiene el joven como para que su madre deba buscarle esposa? —respondió Beatriz con naturalidad.

Un silencio incómodo se adueñó de la sala. Una risita escapó de las gemelas. Lady Eleanor chasqueó la lengua. Anotó algo en su libreta mental.

"Terriblemente inapropiada. Absolutamente indomable. Posiblemente peligrosa. Pero... por alguna razón me gusta, y si su hija es igual de directa que ella, haría salir a Sebastian de esa habitación repleta de plumas y libros". Eso fue lo que pensó Eleanor.

Y, sobre todo, era la única que no parecía interesada en causar buen impresión.

Eso era… refrescante.

Lady Eleanor suspiró. Luego giró sobre sus talones y anunció:

—Gracias a todas por su presencia. Ya pueden retirarse. Me he decidido.

Y mientras las once jóvenes eran conducidas de nuevo a sus carruajes, solo una persona se quedó en la galería, mirando las lámparas del techo con expresión distraída. Beatriz Ponzoña supo que acababa de ser elegida. No podía imaginar aún que, en exactamente treinta y seis días su hija estaría casada con el hombre más escandalosamente apuesto que jamás había visto. Entre otras cosas porque la señorita Clara no tenía ni la menor idea de lo que su madre había ido a hacer en aquella casa.

Capítulo 3

La mañana en la Mansión Lane había comenzado como cualquier otra: con puntualidad, disciplina y el sonido de pasos sobre mármol excesivamente brillante. Sin embargo, en el salón este, donde los rayos del sol se colaban con reverencia entre las cortinas de terciopelo azul, Lady Eleanor se paseaba en círculos con una energía tan marcada que hasta el galgo del duque difunto, que solía dormitar imperturbable en la alfombra, abrió un ojo y se retiró con disimulo.

—¿Puedo saber por qué has insistido en que cancele mi salida al museo? —preguntó Sebastian, entrando al salón con un cuaderno de notas bajo el brazo y el cabello alborotado de quien lleva horas encerrado entre mapas migratorios y teorías científicas.

—Porque tengo algo importante que decirte. Y no quiero interrupciones —declaró Eleanor, con la modestia de quien se dispone a anunciar una guerra. O algo peor para Sebastian: un matrimonio.

Sebastian se dejó caer en el sofá, suspirando. Tenía la mirada de un hombre que acababa de descubrir una nueva ruta migratoria de aves marinas, y que temía con razón que su madre estuviera a punto de hacerla desaparecer.

—Dime que no se trata otra vez de las señoritas Featherstone —murmuró, revisando su cuaderno—. Ya te dije que una de ellas confundió una golondrina con un murciélago. Eso debería invalidarla para cualquier consideración matrimonial.

—No se trata de las Featherstone. Ni de las Witherspoon. Ni de las Dovetail. —Eleanor se detuvo, se giró hacia él y cruzó las manos con firmeza—. Se trata de tu futura esposa.

Sebastian alzó la vista con lentitud.

—¿Perdona, madre?

—Ya he elegido. He tenido que hacerlo. ¡El plazo vence en pocas semanas, Sebastian! El testamento de tu padre es muy claro. Si no estás casado antes del 1 de octubre, todo pasará automáticamente a los Forester. ¿Te imaginas? ¡A los Forester! Esa gente decora con cornamentas falsas.

—¡Madre!

—Y sin sentido del color —añadió con un escalofrío.

Sebastian se puso de pie de un salto, como si le hubieran arrojado una cubeta de agua helada.

—¿Has concertado mi matrimonio sin siquiera hablar conmigo?

—¿Te parece que he tenido tiempo para consideraciones? Entre tus expediciones *ornito*… como se llamen, y tu costumbre de desaparecer entre barro y mapas, tuve que actuar. Además —añadió con un destello de astucia en la mirada—, ella no te resultará desagradable.

—¿Quién es?

—Clara Ponzoña.

—¿¡Ponzoña!? —repitió Sebastian con los ojos como platos—. ¡Ese apellido no es inglés!

—Claro que no. Es un apellido español, pero no lo tengamos en cuenta, estoy segura de que ella también lo detesta. Pero tiene una fortuna considerable, seguro que sabe enderezar la espalda y un ajuar respetable. Además, su madre tiene una belleza soberbia, asi es que ella debe de ser igual de preciosa.

—Madre, ¿ni si quiera la has visto? ¿Cómo puedes comprometerme con alguien a quien no has conocido? Además no tengo tiempo para casarme. Estoy investigando la migración de las aves marinas que cruzan desde Islandia hacia África. ¡He descubierto un patrón que podría cambiar todo lo que creemos saber sobre el desplazamiento de las especies aladas!

Eleanor lo miró con paciencia.

—Qué interesante. Podrás contárselo a tu esposa durante el paseo.

—No me estás escuchando…

—Sebastian, cariño. Escúchame tú. No es opcional. O te casas, o los Forester entran a esta casa con sus cornamentas y sus cortinas color mostaza.

Hubo un silencio tenso. Sebastian apretó los labios, miró por la ventana y murmuró:

—Espero que, al menos, no confunda un búho con una gallina.

—No lo sé —replicó Eleanor con una sonrisa—. Pero si lo hace, sonríe y cállate. Ya estás comprometido.

—Esto no puede salir bien.

—Saldrá. Solo debes de ser un esposo educado, darle lo que te exija y ella te dejará tiempo libre para tus curiosidades. La conocerás mañana a las doce del mediodía en los jardines Horwth.

—No funcionará…

—A la hora exacta, Sebastian —insistió lady Eleanor por tercera vez esa mañana—. Ni un minuto antes, ni un minuto después. ¡Y por todos los cielos, sin tierra en los zapatos!

—Sí, madre —respondió él sin levantar la vista de su cuaderno donde se había resignado a mirar después de tan trágico comunicado.

—Y que no te dé por aparecer con el cabello envuelto en plumas otra vez. Te mirarán como si fueras una criatura del bosque.

—Eso fue un accidente. El halcón se peleó conmigo en el momento más inoportuno.

Eleanor cerró los ojos y suspiró. Llevaba años preparándose para esto. Pero ni todo su empeño como madre, ni el testamento del difunto lord Lane, ni las doce candidatas que desfilaban por su memoria con sus sonrisas falsamente angelicales, la habían preparado para el hecho irrevocable de que su hijo era un científico distraído. Y ahora, comprometido.

A las doce del mediodía, Sebastian Lane debía encontrarse con su prometida en el parque Horwth, acompañado de ambas madres. Un paseo acordado, organizado y decorosamente supervisado para que los futuros esposos se conocieran… con la mínima posibilidad de huida.

Pero a las doce en punto, Sebastian no estaba allí.

Estaba en su despacho, con la cara pegada a un cuaderno, garabateando con frenesí.

—Increíble… increíble… —murmuraba, observando la trayectoria migratoria de un ave limícola que parecía haber cambiado por completo su ruta hacia el oeste—. Si esto es cierto… ¡tendremos que reevaluar todo el mapa de vuelo!

El reloj de la Mansión Lane dio la primera campanada de las doce. Siguió una segunda, una tercera…

Sebastian alzó la cabeza con un gesto lento, como quien emerge de una inmersión científica. Luego se congeló.

—¡Oh, demonios!

El cuaderno voló, la pluma cayó en la alfombra, y en cuestión de segundos estaba poniéndose los zapatos mientras corría. Su chaqueta colgaba del respaldo de la butaca, y él se la echó sobre los hombros al mismo tiempo que tropezaba con una caja de mapas, perdía el equilibrio y caía estrepitosamente al suelo.

—¡Perfecto! —gruñó, levantándose con una mano en la rodilla.

Salió a la carrera, cruzó media ciudad, saltó un seto decorativo y llegó al parque Horwth con el cabello alborotado y el corazón latiendo como jamás lo había hecho, ni si quiera cuando descubrió que en las copas de los árboles de su jardín decenas de pajarillos habían anidado.

Y entonces, justo al girar la curva que daba a la entrada principal del parque… chocó violentamente contra dos figuras femeninas.

El impacto fue breve pero contundente. La señora mayor soltó un grito, la joven retrocedió un paso… y, sin decir una palabra,

sacó su bolso y se lo arrojó directamente a la cabeza.

¡Plaf!

Sebastian se tambaleó, atrapó el sombrero al vuelo mientras una mano se iba a su sien, y se giró con expresión de amenaza.

—¿Está usted loca? —espetó, con los ojos oscuros y centelleantes—. ¿Acaso es esa una costumbre de las señoritas en Londres, agredir a los caballeros con accesorios de moda?

—¿Y es costumbre de los caballeros atropellar a mujeres como si fueran estatuas de parque? —replicó la joven, erguida, furiosa, con el mentón alto y la mirada helada—. ¡Casi tira a mi madre al suelo!

—Iba con prisa —gruñó él, dando un paso más cerca—. Y si no fuera porque usted es una dama —dijo entre dientes— ahora mismo me estaría planteando tirarla al suelo y darle su merecido.

La joven arqueó una ceja. Luego, sin pensarlo dos veces, lo empujó con ambas manos apoyándolas sobre su pecho.

Sebastian dio un paso atrás.

—No se reprima —le dijo ella, entre dientes—. Es muy probable que quien termine en el suelo sea usted.

Y entonces, con gesto desafiante, se arremangó el vestido, alzando apenas el ruedo para mostrar que llevaba botas de suela firme y una postura claramente dispuesta al combate.

Sebastian la miró de arriba abajo, atónito.

Y entonces, como suele ocurrir en los momentos más inoportunos, se escuchó una voz a pocos metros.

—¡Ah, ahí estáis! ¡Qué encantador es verlos ya conversando!

Lady Eleanor apareció y de manera automática se colgó del brazo de la Beatriz Ponzoña, sonriendo con entusiasmo… sin notar la tensión en el ambiente ni el rubor de rabia en las mejillas de su futura nuera.

—Clara, querida —dijo su madre con una sonrisa radiante—, permite que te presente a tu futura suegra lady Eleanor Lane.

Ambos se quedaron paralizados. Sebastian miró a la joven como si acabara de recibir otra bofetada. Clara se tragó una

maldición.

—¿Tú? —dijeron los dos al unísono.

Capítulo 4

Sebastian se quedó de pie, inmóvil, con una mano aún en la sien y la otra colgando a medio camino entre la sorpresa y el desconcierto. Clara también se quedó quieta, con el vestido todavía ligeramente recogido, como si estuviera lista para saltar a la guerra.

Pero en ese instante, algo cambió.

Él la miró, ¿de otra forma?

Ya no era solo la joven furiosa que lo había golpeado con un bolso y luego amenazado con tirarlo al suelo; ahora, a la luz suave del mediodía que se filtraba entre los árboles del parque, Sebastian se vio obligado —contra su voluntad y su mal genio— a reconocerla como su prometida.

Cabello oscuro, tan espeso y brillante que parecía absorber la luz, caía en ondas suaves hasta el pecho. No lo llevaba recogido en los rizos artificiales de moda, sino con una soltura casi insolente que dejaba mechones sueltos aquí y allá, como si desafiaran a propósito el orden social.

Y luego, los ojos.

Verdes. No de ese verde claro que se diluye con el gris, sino de un tono denso, profundo, casi vegetal. Como si toda la furia que lo había empujado momentos antes brotara de un bosque encantado que se ocultaba en su mirada. Lo miraban fijos, abiertos, alertas… como los de un animal listo para saltar o escapar. En cierto modo le recordaban a aquel cormorán moñudo que había estudiado durante tanto tiempo.

Tenía los labios carnosos, marcados con una curva decidida que no necesitaba sonrisa para ser atractiva. Estaban fruncidos ahora, claramente en desaprobación. Pero Sebastian no pudo evitar

notarlos, ni dejar de pensar —con una franqueza peligrosa— que si sonreía, probablemente habría hombres que caerían de rodillas solo por verla.

Y su piel… Dorada. Algo poco habitual en aquellas tierras. Ni pálida, ni rosada como las damas de té con olor a perfume y restricciones sociales. Su piel era un dorado cálido, casi perfecto. Como si el sol la hubiera elegido para besarla a diario y ella, lejos de esconderse bajo sombrillas, lo hubiese aceptado con placer.

—¡Sebastian! —llamó la voz de Eleanor, rompiendo el hechizo—. ¿Es que no vas a saludar como corresponde?

Él parpadeó.

—Ah, sí… claro —murmuró, haciendo una leve inclinación con la cabeza—. Un… placer, supongo.

Clara lo miró aún con desconfianza, pero bajó la tela de su vestido y se limitó a responder con una leve reverencia. Aunque si uno miraba bien… sus labios seguían apretados y su ceja izquierda tenía un gesto claramente vengativo.

Lady Eleanor y la madre de Clara intercambiaron una mirada emocionada. Todo parecía ir a la perfección.

Excepto que, en secreto, Clara estaba considerando volver a lanzar su bolso. Y Sebastian no descartaba la idea de fingir su muerte para evitar esta boda.

—Os dejaremos un momento —dijo lady Eleanor con un gesto tan ensayado que casi sonaba natural—. No hay mejor ocasión para conocerse que entre los rosales y los setos. ¿No es así, querida Clara?

Clara forzó una sonrisa educada.

—Inmejorable, milady —pronunció Eleanor dirigiendo su aprobación a Beatriz Ponzoña.

Y sin esperar respuesta, las dos madres tomaron la delantera, charlando animadamente sobre flores, matrimonios y el número de hijos deseables para un matrimonio respetable.

Clara y Sebastian quedaron atrás. Juntos.

Solos.

Obligados**.**

—¿Va a lanzar algo más esta vez? —preguntó él sin mirarla, con las manos en la espalda como si estuviera paseando solo.

—Solo si vuelve a comportarse como un imbécil —respondió Clara, con la mirada clavada en el sendero.

—Entonces será inevitable.

—Tal vez me contenga, por el bien de mi bolso.

Sebastian dejó escapar un suspiro sonoro.

—No sé qué he hecho para merecer esto.

—Yo sí. Llegar tarde. Empujarme. Ser arrogante.

—Eso fue antes de saber que estaba destinado a casarme con usted —replicó él con tono seco—. Créame, si lo hubiera sabido, me habría fugado del país como las golondrinas.

Ella alzó una ceja.

—Ah, sí. Su obsesión es con los animales. Lo sabía. Está usted loco.

—No sea ignorante, soy un científico.

—No lo creo.

—No me importa lo que usted crea.

—Pues ya que me pregunta lo que opino, pienso que es una excusa para huir de las mujeres, lo entiendo perfectamente. No todas son tan encantadoras como yo.

Sebastian giró la cabeza para mirarla de reojo.

—¿Siempre es así de egocéntrica? ¿O solo es un talento reservado para sus prometidos?

—Solo para los que no he elegido.

—Vaya. Qué suerte la mía.

Clara lo miró por fin, y sus ojos verdes resplandecieron cargados de furia.

—Usted es… —buscó las palabras con una pausa— lo más escandalosamente insufrible que he conocido.

—Gracias. Me esfuerzo por no decepcionar.

Un silencio se instaló entre ellos. Un silencio denso, como si incluso los pájaros se hubieran callado para evitar quedar atrapados

en la tensión.

Al cabo de unos pasos, Clara murmuró:

—Esto no funcionará.

Sebastian asintió con lentitud.

—No.

Ambos continuaron caminando, rígidos, sin rozarse, sin mirarse, como si estar a menos de dos metros fuera ya una ofensa personal.

Desde el otro lado del parque, sus madres los observaban con sonrisas soñadoras.

—¡Mira qué bien se llevan! —suspiró Eleanor—. ¿No lo ves? Son el uno para el otro.

El sendero de grava serpenteaba entre los árboles altos y los rosales en flor, pero ni el aroma ni el canto de los mirlos lograban suavizar la tensión entre los dos jóvenes.

—Esto no funcionará jamás —murmuró Clara, tensa como una cuerda a punto de romperse.

—No. Pero al menos coincidimos en eso —respondió Sebastian con indiferencia.

Entonces, ocurrió algo. Clara pisó mal una piedra suelta del camino y perdió el equilibrio. Un grito corto escapó de su garganta.

Antes de que tocara el suelo, Sebastian la sujetó por la cintura, con una fuerza que parecía que ella en sus brazos no pesase nada, y como si hubiera salvado a una docena de damiselas torpes en su vida.

Ella quedó suspendida por un segundo, sus manos se apoyaron sin querer en el pecho de él, y sus rostros se quedaron peligrosamente cerca. Fue entonces cuando Clara vio la peca que Sebastian tenía sobre su labio. Una peca descaradamente atractiva.

—S-suéltame —dijo Clara, apartándose de un tirón y dando un paso atrás, con el rostro encendido por vergüenza—. No vuelvas a tocarme jamás.

—Si no fueras tan torpe, nadie tendría que hacerlo —replicó él, sacudiéndose como si le hubiera quedado polvo invisible en los

dedos después de tocarla.

Clara deseó golpearlo. Con todas sus fuerzas. Se le pasó por la cabeza darle un duro puñetazo en la mandíbula de ser posible.

Pero respiró hondo. Y se contuvo.

Sebastian no dijo nada más. Alzó la vista hacia lo alto de los árboles que los rodeaban, como si Clara se hubiera evaporado.

Ella frunció el ceño.

—¿Interesado en la vegetación, lord Lane?

Él negó con la cabeza, sin bajar la mirada.

Clara insistió.

—¿Entonces por qué los observas tanto? ¿Te recuerdan algo? ¿Tienes afinidad con las ramas secas, tal vez?

Un leve tic de fastidio se dibujó en la comisura de sus labios.

—Cualquier cosa que nos rodea es más interesante que tú —dijo sin mirarla.

Clara se quedó helada. Y durante un segundo, no pudo moverse.

Pero al instante siguiente reaccionó y caminó hasta donde estaba su madre, tiró de su brazo con fuerza y murmuró con los dientes apretados:

—El paseo se ha terminado. Ya.

Lady Ponzoña no protestó, pero la miró con el rabillo del ojo mientras se despedían de Eleanor.

—¿Tan mal ha ido?

Clara no respondió. Solo echó una última mirada hacia atrás, donde Sebastian ya se había alejado unos pasos, mirando las copas de los árboles como si el mundo entero estuviera allá arriba.

Capítulo 5

El interior del carruaje olía a cuero, perfume marchito y desesperación por parte de Clara. En cambio Beatriz suspiraba de alegría.

Clara se dejó caer sobre el asiento con un bufido, aún con las mejillas encendidas de lo indignante que había resultado el paseo.

—No me casaré con ese hombre —soltó, sin preámbulos—. Antes preferiría lanzarme al Támesis desde el puente con piedras en los bolsillos.

Lady Ponzoña, elegantemente compuesta a pesar del escándalo reciente, se giró con lentitud, como si ya esperara esas palabras. Su abanico se detuvo en el aire.

—No tienes opción, Clara.

—¿Cómo que no tengo opción? ¡Ese hombre me ha insultado! ¡Me ha dicho que cualquier cosa en este mundo es más interesante que yo!

—¿Y lo es? —replicó su madre con aspereza—. Lo que te ha dicho es irrelevante. No estamos aquí para que te adoren. Estamos aquí para sobrevivir.

Clara se quedó sin palabras por un momento. La mirada de su madre era de acero.

Lady Ponzoña bajó el abanico con un suspiro cansado.

—Esa boda nos ha caído del cielo, Clara. El apellido Lane es más que respetable. Es legendario. Y tú… tú eres bonita. Puedes hacerte desear. Pero sin fortuna, sin conexiones, sin padre, y con deudas hasta en la costurera que te borda los cuellos, no eres nada. Esta boda es nuestra única salida.

—¿Y si me niego?

—Entonces prepárate para dormir entre paja y rezar por un pedazo de pan duro en algún hospicio olvidado, rodeada de ratas. ¿Eso quieres?

Clara bajó la vista. Sus labios temblaron de rabia.

—Eres joven. Estás sana. Tienes unos ojos que podrían enamorar al mismo demonio si supieras cómo usar la mirada. No necesito que lo ames. Solo que te cases. Después… ya veremos.

Hubo un silencio largo.

El traqueteo del carruaje se volvió más nítido, como si el mundo se hubiera empeñado en recordarles su destino.

Clara se volvió hacia la ventana. El vidrio empañado por la humedad reflejaba su rostro tenso, casi irreconocible.

Y entonces, como si un recuerdo lejano viniera a despertarla del presente, lo recordó. Aquello que ocurrió solo medio año atrás. El comienzo de todo.

El motivo por el que Clara Ponzoña, contra toda lógica, preferiría ser viuda antes que esposa. Aunque no pudiera confesarlo en voz alta porque su madre jamás lo entendería.

—¿Y qué pasa con ese edificio que tenemos en propiedad en el corazón de Whitechapel? —dijo Clara al recordarlo—. Podríamos venderlo. O alquilarlo. ¿No serviría para saldar algunas deudas?

Lady Ponzoña se giró hacia ella como si acabara de mencionar el mismísimo nombre del diablo.

—Ni se te ocurra volver a nombrarla. Jamás.

El silencio cayó como una losa.

Clara sintió un escalofrío recorrerle la espalda, no por el aire húmedo que se colaba por las ventanas del carruaje, sino por el tono cortante de su madre.

—Pero es nuestra propiedad —insistió, esta vez más cautelosa—. Si nos estamos quedando sin recursos, tiene sentido al menos considerarlo.

—No insistas, Clara. Ese lugar está muerto para nosotras. Igual que lo que ocurrió allí. Igual que él.

Clara bajó la mirada. No debía haber hablado. Lo sabía.

Lady Ponzoña volvió a apoyarse en el respaldo, con la barbilla alta, los labios tensos y un enfado visible que rara vez dejaba que nadie viera.

—Te casarás con lord Lane. Y cuando lo hagas, no volveremos a mencionar Whitechapel, ni ese edificio, ni a la persona que... ¿Ha quedado claro?

Clara asintió despacio. Pero algo en su mirada, perdida nuevamente en la ventana del carruaje, decía que no olvidaba. Que no podía.

Y muy pronto, el recuerdo volvería a golpearla como una ola brava en medio de la noche.

Capítulo 6

La mansión Lane era una de esas casas diseñadas para impresionar. Desde la imponente fachada de piedra clara hasta el jardín trazado con la precisión de un joyero maniático, todo en ella hablaba de orden, éxito y generaciones de buen gusto.

Lady Eleanor Lane recibió a las Ponzoña con una sonrisa más que cálida y sus brazos abiertos, como si fuesen viejas amigas, aunque que en realidad jamás se habían visto más de tres veces.

—Lady Ponzoña, qué placer tan inmenso tenerlas aquí —dijo con entusiasmo—. ¡Qué bonito conjunto, Clara! El celeste te sienta de maravilla.

Clara forzó una sonrisa que podría haber ganado un premio al esfuerzo social. Su madre, en cambio, se deshizo en cumplidos con la señora Lane como si fuera una duquesa en lugar de una viuda con el apellido al borde de la bancarrota.

—Esta casa es simplemente encantadora. Qué molduras, qué luz... Y el aroma, ¿qué es eso? ¿Cedro? ¿Lavanda? Es un lugar que inspira respeto —dijo lady Ponzoña, haciendo ese uso halagador y magnifico que ella conocía bien, mientras pasaban al salón.

Sebastian apareció con un porte impecable, aunque tenía la expresión de quien preferiría estar disecando aves que conversando con mujeres vestidas de fiesta.

—Señorita Ponzoña —dijo al hacer una leve reverencia—. Es un día templado, ¿no le parece? El clima ha cambiado desde ayer, y eso, curiosamente, ha provocado una inusual migración de estorninos hacia el este…

Clara lo miró como si acabara de recitarle un tratado sobre el moho que se acumulaba en los tejados en invierno.

—Qué fascinante —dijo, con un tono que claramente no lo era.

La conversación, si podía llamársele así, continuó durante exactamente siete minutos y medio. El joven Lane hablaba sobre el comportamiento de los petirrojos durante los meses de transición, mientras Clara intentaba no clavarse las uñas en las palmas para mantenerse despierta.

—Disculpe —dijo al fin, interrumpiéndolo justo cuando empezaba a explicar las diferencias entre los nidos de jilgueros y ruiseñores—, ¿podría indicarme dónde se encuentra el tocador?

Lady Eleanor asintió encantada, y Clara salió con paso acelerado de allí… directa hacia el ala contraria de lo que le habían guiado.

Porque, en realidad, no le interesaba en absoluto el tocador.

Lo que quería era explorar.

Los pasillos de la casa Lane eran silenciosos, con cuadros familiares en marcos dorados, esculturas pequeñas de mármol que claramente nadie tocaba desde hacía años, y jarrones chinos colocados con una simetría casi sospechosa. Pero lo que captó la atención de Clara fue una puerta entreabierta con el pomo de bronce desgastado. Algo le decía que ahí había algo interesante.

Entró.

El despacho de Sebastian Lane olía a cuero, a madera encerada y a libros demasiado leídos. Había estanterías repletas de volúmenes con títulos como *Las migraciones ocultas del chorlitejo patinegro* y *Análisis comparativo de plumas alpinas*. Encima del escritorio, había una lupa, una libreta con anotaciones hechas con trazo rápido y fuerte, y una pequeña caja de madera con… ¿plumas?

Clara la abrió. Dentro, perfectamente clasificadas, había más de veinte plumas de distintos tamaños y colores. Aquello era, objetivamente, fascinante. Incluso había una etiqueta escrita a mano: *Ave desconocida. Vuelo inusual. Anotar patrón si se repite*.

—¿Qué demonios…?

Sobre una mesita auxiliar, había un nido artificial. En un rincón, una campana de cristal protegía una especie de huevo azulado con vetas negras. Clara se acercó y contuvo el aliento.

—¿Es esto lo que hace con su vida? —dijo en voz baja para ella misma, con una sonrisa ladeada, al tiempo que pasaba los dedos por una brújula antigua.

—Sí, eso mismo —respondió una voz profunda a su espalda.

Clara se giró de golpe, la culpa ya estaba pintada en su cara. Y allí estaba Sebastian, con el ceño fruncido y los brazos cruzados, apoyado contra el marco de la puerta.

—No sabía que tenía afición por invadir espacios privados, señorita Ponzoña.

—No sabía que tenía tantos objetos inútiles en un mismo lugar, señor Lane —replicó, levantando el mentón.

—No todo en la vida gira en torno a bailes y joyas.

—Y no todo gira en torno a plumas y aves con nombres inventados.

Ambos se miraron con desafío, como si uno de los dos pudiera prender fuego al otro.

—Puede retirarse —dijo él al fin, dando un paso hacia el escritorio—. Y la próxima vez que quiera husmear, al menos asegúrese de que yo no esté en casa.

—Oh, lo haré. Créame que si supiera cuándo no está, ese sería exactamente el momento en que vendría. Lo último que deseo es tenerte cerca —esto último lo dijo más bajo.

Y salió, con la barbilla alta, el vestido agitándose tras ella y una sonrisa que solo apareció cuando estuvo segura de que él no podía verla.

Al salir del despacho, Clara se topó de frente con uno de los sirvientes de la casa Lane. El hombre era alto, delgado, de mirada huidiza… y sin embargo, descaradamente fijada en ella.

—¿Se ha perdido, señorita? —preguntó, con una voz grave que resonó más de la cuenta.

No fueron sus palabras las que la inquietaron, sino el tono. Un matiz de sorna, de algo más. Su mirada recorrió su cuerpo con una lentitud que la hizo estremecerse. Por un instante, no vio al criado, sino a otro hombre. Otro rostro. Otras manos.

El recuerdo le cayó encima como una ola helada. Se le tensó la espalda, el corazón le dio un vuelco y los dedos se le cerraron sobre la falda sin darse cuenta con demasiada fuerza. Respiró hondo, pero el aire no le bastaba. Le temblaban los hombros. Tenía que salir de allí. Tenía que huir.

—Con permiso —murmuró, sin mirarlo a los ojos, y caminó con rapidez, casi tropezando consigo misma, hasta atravesar la puerta del salón y salir al jardín.

El aire fresco le dio en la cara como un cachetazo. Clara se llevó una mano al pecho, intentando controlar la respiración desbocada. Se apoyó en el tronco de un árbol cercano, cerró los ojos y se obligó a contar lentamente.

Uno. Dos. Tres…

—¿Está bien? —La voz de Sebastian la alcanzó con suavidad desde unos pasos atrás—. Señorita Ponzoña…

Clara no respondió de inmediato. Se avergonzaba de su temblor, de su corazón que aún martilleaba dentro de su pecho. Pero al girarse para mirarlo, se encontró con un gesto de auténtica preocupación en el rostro de él.

—Estoy bien… solo… necesitaba aire.

—Parecía que huía de algo.

—A veces el encierro abruma.

Hubo un silencio extraño. No fue incómodo. Solo cargado de algo que ninguno entendía del todo. Clara bajó la vista y luego alzó la cabeza con una sonrisa inesperada, que no era irónica ni altiva, sino simple, real. Por una vez fue sincera.

—Gracias por salir a buscarme. Fue… amable por tu parte.

Sebastian no dijo nada. Pero algo en su interior se agitó ante aquella sonrisa. Era hermosa. Más que hermosa. Estaba acostumbrado a verla con los labios apretados, con esa lengua

hiriente a punto de lanzar veneno. Pero ahora era otra cosa. Ahora… era diferente.

Sin pensarlo demasiado, se agachó junto a un rosal y arrancó una pequeña flor blanca, silvestre, con los pétalos aún húmedos por el rocío. Se la tendió sin una palabra.

Clara parpadeó, sorprendida, y aceptó la flor. La sostuvo entre los dedos y la miró un momento antes de alzar las cejas.

—¿No le parece que acaba de decapitar a un ser vivo?

Sebastian dejó escapar una risa breve y genuina.

—¿Siempre encuentra la forma de arruinar cualquier momento?

—Solo tengo una conciencia ecológica más activa que usted, eso es todo —dijo ella, aunque sonrió también, bajando la mirada.

Él la miró. Con detenimiento. Esa sonrisa, ese rubor suave en sus mejillas, el modo en que apartaba un mechón oscuro de su rostro… era hermosa, sí. Pero también intrigante. Misteriosa. Inaccesible.

Y por primera vez en mucho tiempo, Sebastian sintió un impulso que no tenía nada que ver con la lógica ni con la ciencia. Se acercó un paso. Luego otro. Clara alzó la vista justo cuando él extendía la mano hacia su mejilla, como si fuera a acariciarla.

Ella se puso tensa. Muy tensa.

Cuando comprendió lo que él pretendía, cuando vio el leve gesto de su rostro inclinarse hacia el suyo, su cuerpo reaccionó como si le hubieran encendido una alarma. Dio un paso atrás, rápido, y su expresión cambió.

—No —dijo. Su voz sonó firme, pero trémula. Los ojos, de un verde encendido, estaban llenos de algo entre miedo o casi terror.

Sebastian retrocedió inmediatamente. La miró en silencio. El gesto amable de antes se había desvanecido.

—Disculpe… no volverá a ocurrir.

Ella asintió. Respiraba de forma agitada, pero se obligó a mantenerse firme. No dijo nada más. No podía.

Él tampoco.

Y así, en medio del jardín, rodeados de flores y silencio, cada uno volvió a ser lo que era: un muro infranqueable para el otro.

Cuando Clara y Sebastian regresaron al interior, sus rostros ya no mostraban emoción alguna. El aire entre ellos era más frío que el mármol de los pasillos. Ninguno comentó lo ocurrido en el jardín. Fingieron no recordar el intento de acercamiento, ni la tensión, ni la huida. Fingieron, simplemente, que todo seguía igual. Que nunca había ocurrido nada.

El salón principal estaba iluminado por la luz cálida del atardecer que se filtraba a través de los ventanales. Las madres conversaban con entusiasmo junto al servicio de té, como si fueran viejas amigas, aunque en el fondo no se soportaban. La señora Eleanor Lane sostenía una carta en la mano, su rostro rebosaba satisfacción. A su lado, la señora Ponzoña aplaudía con las palmas muy juntas y una sonrisa más que fingida.

—¡Ah, ya están aquí! —dijo Eleanor, al verlos entrar—. Justo a tiempo, mis queridos hijos.

Clara alzó una ceja. Sebastian simplemente se quedó de pie, con las manos en los bolsillos, como un hombre que acaba de perder una apuesta.

—Tenemos noticias maravillosas —anunció su madre—. Tras consultar con el vicario, la fecha más conveniente y propicia para el enlace será dentro de una semana.

—¿Una semana? —repitió Clara, sin disimular su sorpresa.

—No hay tiempo que perder —intervino su madre con tono tajante—. Ya habéis tenido más que suficiente para conoceros. Y francamente, querida, no estás en posición de quejarte. Te llevas un hombre apuesto.

Sebastian no dijo nada. Solo desvió la mirada hacia la chimenea, como si de pronto hubiera recordado algo importante sobre el hollín. Cuando volvió a mirar a Clara, sus ojos se encontraron. No hubo sonrisas. No hubo palabras. Solo un largo silencio compartido.

Se entendieron en ese instante. Ninguno de los dos deseaba lo que estaba ocurriendo. Ninguno había pedido ese matrimonio. Y sin embargo, ambos sabían que luchar contra ello sería inútil.

Asintieron casi al mismo tiempo, con la misma resignación, como dos soldados que aceptan una orden de su capitán.

—Una semana está bien —murmuró Sebastian.

—Lo que usted diga, madre —añadió Clara, con voz neutra.

Eleanor y la señora Ponzoña aplaudieron de nuevo. Había risas, júbilo, mención a flores blancas y banquetes sencillos pero elegantes. Se hablaba de invitaciones, de bordados y de adornos.

Pero Clara solo escuchaba el eco de sus propios pensamientos.

Y Sebastian… ya estaba deseando volver al jardín, donde los árboles eran más fáciles de entender que una mujer como ella.

Capítulo 7

Residencia de las Ponzoña
Bloomsbury

La puerta de la modesta casa crujió como un alma vieja cuando Agatha la empujó sin esperar invitación. Llevaba el mismo sombrero espantoso de siempre, un artefacto de fieltro marchito coronado con un lazo flácido que alguna vez fue celeste. Bajo el ala caída, sus ojos vivarachos buscaron a Clara, como si supiera que la encontraría sentada junto a la ventana, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—¿Y bien? —preguntó sin preámbulos, alzando una cesta—. He traído vituallas para evitar que muráis famélicas antes de que la señora Lane os llene las arcas.

Beatriz Ponzoña se adelantó a interceptarla. Le quitó la cesta de las manos con la gracia de una gata hambrienta y lanzó un bufido al abrir la tela que la cubría.

—Gracias por venir, Agatha. Justo hoy tocaba alimentarnos del aire.

—¡Bah! —replicó la otra, sacudiéndose el abrigo y observando con ojo crítico el interior de la sala—. Este salón necesita vida. Aunque estéis de alquiler, podríais comprar un maldito jarrón nuevo. Algo con color. O una silla sin las tripas fuera.

—Ya hacemos bastante con aparentar que no somos dos muertas de hambre que llenan el estómago solo cuando su buena amiga Agatha tiene piedad —bufó Beatriz, mientras sacaba pan tierno, queso curado, uvas frescas y una olla envuelta en paños que aún soltaba vapor.

—Yo no tengo piedad, querida —respondió Agatha, dejándose caer en una de las sillas desfondadas—. Tengo sentido del deber. Y una lengua que no conoce el silencio.

Clara se acercó, aún con la mirada distraída, pero sus labios esbozaron una sonrisa al ver a su vieja amiga.

—Cuando te peinas decente pareces diez años más joven —le dijo, divertida—. Aunque ese moño apretado bajo ese sombrero te envejece veinte años.

Agatha lanzó una carcajada mientras se acomodaba el sombrero sobre su cabeza.

—¡Lo sé! Por eso lo uso. Así nadie espera nada de mí. La belleza crea responsabilidades insoportables.

Beatriz sirvió un poco de caldo en tres tazones desiguales y los colocó sobre la mesa sin ceremonia.

—¿Y tú, Clara? —preguntó Agatha mientras sorbía—. ¿Has hecho las paces con tu destino, o planeas fugarte por la ventana la noche antes de la boda?

—Mi vestido no es lo bastante ligero para correr, y mis zapatos chillan como cerdos al andar —respondió Clara con tono neutro, mientras partía un pedazo de pan—. Pero no lo descarto.

—Habla en serio —murmuró Beatriz—. Aún cree que puede elegir.

Agatha ladeó la cabeza y miró a Clara con más ternura de la que acostumbraba a mostrar.

—Elige cómo lo vives, querida. No siempre al hombre se puede elegir, pero sí lo que haces con él después.

—Con él después… —repitió Clara, con una ceja arqueada—. Suena más a castigo que a opción.

—Entonces castígalo tú primero —concluyó Agatha, alzando su taza como si brindara.

Y entre cucharadas de caldo y migas de queso en el mantel, la escena quedó suspendida entre la ironía y la crudeza. Una casa sin lujos, con muebles que habían visto demasiadas vidas, tres

mujeres unidas por la desgracia… y una boda que ya tenía fecha pero no corazón.

El taller de costura al que las había llevado su buena amiga Agatha olía a almidón, a telas nuevas y a un leve perfume de lavanda artificial que no alcanzaba a disimular el cansancio de las costureras. Clara estaba de pie sobre una tarima de madera, inmóvil, mientras dos mujeres tomaban medidas y ajustaban alfileres en la espalda del vestido blanco hueso.

—No te muevas —le advirtió una de ellas—. Si te pincho, después no te quejes.

—Ya estoy pinchada por la vida —murmuró Clara sin gracia.

En una esquina, sentada con el sombrero apoyado en el regazo y los ojos escudriñadores fijos en cada pliegue del vestido, Agatha tragaba saliva como si también a ella le apretaran las costuras.

—No te queda mal —dijo finalmente—. Aunque hay algo en ti que hace que incluso el encaje más fino parezca una armadura.

—No quiero parecer bonita —replicó Clara con la mirada fijada en el espejo—. No quiero parecer una novia feliz.

—Entonces estás logrando ambas cosas con notable éxito —respondió Agatha con suavidad.

El silencio se instaló por un momento, solo roto por el sonido de las tijeras y el roce de las telas. Clara bajó la vista hacia sus manos, que reposaban entrelazadas sobre el regazo como si le pertenecieran a otra.

—¿Tú alguna vez estuviste prometida, Agatha?

La pregunta la tomó desprevenida. Se enderezó en la silla como si el recuerdo fuera una astilla que aún dolía.

—Sí —respondió después de un largo segundo—. Dos veces.

—¿Y te casaste?

—Una vez. Con una fue suficiente para saber que a veces es mejor no hacerlo.

Clara alzó la vista y la miró por el espejo.

—Nunca hablas de eso.

—Porque hay cosas que una guarda para cuando las heridas cicatrizan. Y las mías aún sangran cuando las nombro.

—¿Te amó?

—Sí —dijo Agatha con una sonrisa melancólica—. Pero no más de lo que se amaba a sí mismo. Y a todas las mujeres que tenía ocasión de observar.

Clara volvió a mirar su reflejo. El vestido tenía la caída perfecta, el color adecuado, el encaje más fino que se podía costear. Todo lo que una novia debería desear. Y sin embargo, parecía una prisionera bien vestida.

—Yo no quiero eso —dijo, apenas en un susurro.

—Entonces no lo permitas —Agatha se levantó y fue hacia ella—. Aprende a usar el amor como un cuchillo: que sirva para cortar lo que te ata, no para abrirte el pecho.

La costurera carraspeó, incómoda por la tensión que envolvía el espacio.

—Cinco minutos más, señoritas, y cerramos por hoy.

Clara asintió, pero no apartó la vista de Agatha.

—Gracias por venir.

—No iba a dejar que te midieran tranquilamente sin que nadie te hiciera preguntas difíciles —le respondió—. Y ahora, sonríe. Aunque sea solo por hoy. Porque después te tocará decidir si vas a ser esposa… o dueña de tu propia historia.

Capítulo 8

La cocina de la casa de las Ponzoña estaba iluminada apenas por la tenue luz que entraba por la ventana. El aroma del caldo que Agatha había traído aún flotaba en el aire, mezclado con el del pan recién horneado y un vago olor a humedad que las paredes nunca lograban disimular del todo.

Beatriz secaba con esmero una de las tazas mientras Agatha, sentada a la mesa con los codos apoyados y las mangas remangadas, la observaba en silencio.

—¿Y cómo está Clara? —preguntó finalmente, sin rodeos.

Beatriz detuvo sus manos por un segundo, pero no se giró.

—¿A qué te refieres?

—No me vengas con rodeos, querida —dijo Agatha con voz baja—. Me refiero a si todavía tiene pesadillas con aquello que ocurrió.

El silencio que siguió pesó más que cualquier respuesta.

Beatriz bajó la vista, dejó la taza sobre el paño y se apoyó en la encimera como si de pronto todo el peso del pasado volviera a caerle sobre los hombros.

—A veces… —murmuró con voz rota—. A veces la oigo murmurar en sueños. Palabras que no entiendo. Otras noches se levanta y se sienta frente a la ventana durante horas. Como si esperara algo. O a alguien. Yo… yo no sé cómo ayudarla, Agatha.

Agatha se levantó lentamente y se acercó a ella. Puso una mano en su hombro, y al sentir el temblor leve en el cuerpo de Beatriz, la atrajo hacia sí.

—No fue tu culpa —le dijo con firmeza.

Pero Beatriz rompió en llanto, sin siquiera intentar contenerlo. Se abrazó a Agatha como una niña asustada, hundiendo el rostro en su cuello.

—Sí lo fue —sollozó—. Fui yo quien decidió venir a Londres. Yo quien creyó que podía empezar de nuevo. También fui yo quien la llevó a aquel lugar… Y ahora la he condenado a un matrimonio con un hombre que no la ama. Todo por escapar de lo que dejamos atrás.

Agatha cerró los ojos un instante y la sostuvo más fuerte.

—Tú hiciste lo que cualquier madre haría para salvar a su hija —susurró—. No puedes castigarte toda la vida por ello. Ya no. Estabais pasando una situación complicada, qué ibas a saber tú lo que iba a ocurrir.

Beatriz se apartó con torpeza, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Y si todo vuelve a repetirse?

—Esas cosas no suceden tan a menudo.

—¿Entonces quieres decir que de las pocas veces le ha tenido que pasar a ella? Tengo miedo.

—Entonces estaremos más preparadas —respondió Agatha con una sonrisa que buscaba fuerza en medio de la pena—. Pero no tienes de qué preocuparte, hace años que no sabéis nada... Y ahora Clara no es la misma de entonces. Y tú tampoco.

Hubo una pausa larga.

—Además —continuó Agatha, cambiando de tono y alisándose la falda—, tenemos una boda que organizar, no sé por qué estamos hablando de esto, ¿o no?

—Una boda… —repitió Beatriz con voz apagada.

—Sí, mujer. Con vestido, flores y comida caliente. Hasta podemos hacer que parezca que todo va bien. Como siempre hemos hecho. Y mientras tanto, tú y yo fingiremos que no hay recuerdos metidos debajo de esta alfombra. ¿Te parece?

Beatriz soltó una risa débil, cansada, pero sincera.

—No sé qué haría sin ti.

—Probablemente morir de hambre. Y lo que es peor, con ese peinado tan espantoso que llevas.

Las dos rieron entonces. Apenas un suspiro de alivio entre tanto dolor, pero un suspiro al fin.

Capítulo 9

La boda no se celebró en una iglesia imponente ni en un salón brillante, sino en una discreta estancia de la casa Lane, como el señor Lane había expresado en su testamento que debía de ocurrir.

Adornada apenas con algunos candelabros y una alfombra que había visto días mejores. Aun así, la señora Ponzoña tenía la espalda recta, los labios pintados de rojo furia, y el mentón en alto como si estuviera a punto de entregar a su hija al mismísimo duque de Wellington.

Clara pensó que su madre parecía disfrutar la ocasión más que ella. Beatriz murmuraba saludos a los invitados escasos, asentía con la cabeza a todo el mundo y lanzaba miradas de advertencia a su hija cada vez que esta osaba mover una ceja.

Agatha, en cambio, estaba sentada cerca de la ventana, con un sombrero nuevo y una expresión mezcla de ternura y alivio.

Y entonces, Sebastian apareció.

Entró como si hubiese olvidado que venía a su boda y acabara de recordar que tenía que atender una convención sobre migración de aves. Llevaba el cabello despeinado como siempre, la chaqueta mal abotonada y una flor —posiblemente robada del jardín— clavada torpemente en el ojal.

Clara lo vio y alzó una ceja.

Él la vio y alzó la otra.

Ella, vestida con un traje sencillo, color crema, sin encajes excesivos, se veía deslumbrante sin pretenderlo. Su cabello oscuro recogido con sencillez dejaba al descubierto su cuello largo y los pendientes prestados de Agatha. Sus ojos verdes brillaban no de emoción, sino de resignación.

—Vaya —murmuró él cuando estuvo a su lado—. Pareces casi… civilizada.

—Y tú pareces casi… limpio —replicó ella, sin mirarlo.

Agatha carraspeó disimuladamente desde su asiento. La señora Lane fingía que todo era perfecto.

El oficiante comenzó a hablar. Palabras sobre la unión, la responsabilidad, el deber y el respeto llenaron la sala como un zumbido de mosca persistente. Clara intentó no pensar en que el vestido le apretaba justo donde su estómago se había encogido desde hacía una semana.

—Ahora los votos —anunció el oficiante con una sonrisa tímida.

Sebastian dio un paso hacia delante. Miró a Clara. No con ternura, sino con la precisión con la que examinaba a un halcón herido.

—Prometo cuidarte —empezó, con un tono inexpresivo— como cuido de mis investigaciones: con distancia adecuada, atención medida y respeto a su espacio vital. No esperaré de ti muestras de afecto ni tendrás de mí frases melosas. A cambio, puedo ofrecerte puntualidad, cierta estabilidad económica y tolerancia a tus opiniones, mientras no interfieran con mi trabajo.

Clara sintió una carcajada abrirse paso en su garganta, pero la contuvo.

Él continuó.

—Y si en algún momento decides volar en otra dirección —añadió—, procuraré observarlo con la misma curiosidad científica con la que sigo a las aves migratorias. Nada más.

Agatha asintió con aprobación. Beatriz ni tan si quiera escuchó. Ella estaba más atenta a que nadie arruinara nada.

El oficiante miró a Clara.

—Adelante.

Ella respiró hondo.

—Prometo no causarte molestias —dijo, sin rodeos—. No interrumpir tus horarios absurdos, ni cuestionar tus decisiones, ni

acercarme a tu laboratorio aunque huela a demonios. No pediré explicaciones cuando desaparezcas tres días porque un pajarillo te pidió ayuda. Ni lloraré si te olvidas de nuestro aniversario, porque dudo que recuerdes la fecha siquiera.

Sebastian entrecerró los ojos. Clara sonrió… un poco.

—Y si alguna vez me vuelvo insoportable —añadió ella con un leve encogimiento de hombros—, intentaré estar lejos de ti el máximo ti.

Se hizo una pausa, el silencio fue roto por la risa franca de Agatha, seguida por un par de toses incómodas de los asistentes. El oficiante parpadeó y, tragando saliva, siguió con la ceremonia.

—Sebastian Lane, ¿aceptas a Clara Ponzoña como tu esposa?

—Sí —dijo él, como quien acepta una carga inevitable.

—Clara Ponzoña, ¿aceptas a Sebastian Lane como tu esposo?

—Sí —respondió ella con un suspiro.

—Los declaro marido y mujer.

No hubo beso.

No hubo aplausos.

Solo dos personas que se miraron sin ternura y que, por una fracción de segundo, se entendieron sin necesidad de una palabra.

Agatha se inclinó hacia Beatriz y susurró:

—Tú te casaste por amor, querida. Mira qué error.

Beatriz no respondió. Seguía mirando a su hija con una mezcla de orgullo y algo de miedo.

Mientras tanto, Clara y Sebastian, ahora esposos, salieron del salón sin tomarse del brazo. Caminaban a medio paso de distancia. No eran un matrimonio feliz, ni un matrimonio por conveniencia al uso.

Eran un experimento. Y ninguno de los dos sabía si al final saldría bien.

Capítulo 10

El carruaje se detuvo frente a una elegante puerta negra, una puerta que pertenecía a una casa situada en un barrio extraordinario.

Y allí estaban, en el número veintiséis de una calle tranquila de Mayfair. A ambos lados del portón, los ventanales estaban impecablemente pulidos y unas jardineras con pensamientos daban un toque de color que desentonaba con la expresión de los recién casados.

Clara bajó primero, sin esperar que él le ofreciera la mano.

Sebastian bajó después, ajustándose los lentes con el mismo interés con el que uno observa una especie desconocida.

—¿Esta es la casa? —preguntó Clara, mirando la construcción como quien inspecciona una trampa.

—Sí. ¿Esperabas un castillo? —replicó él, ya sacando una libreta del bolsillo para anotar a saber qué.

—No. Un castillo no te pega nada.

La puerta se abrió con precisión cronométrica. Un mayordomo esquelético con guantes blancos apareció como si llevara una hora esperando ese momento.

—Bienvenidos, señor y señora Lane. Soy Benson, su mayordomo. Espero que el viaje haya sido… tolerable.

—No ha habido muertos —respondió Clara, entrando sin esperar a nadie.

Dentro, la casa olía a madera, cera de abeja y un perfume sutil floral. Las paredes estaban decoradas con paneles oscuros, retratos de antepasados que parecían juzgar todo en silencio, y una especie de moqueta tan bien colocada que daban miedo pisarla.

—El ama de llaves es la señora Hensley —anunció Benson mientras caminaban detrás de él—. Lleva aquí más tiempo que el mobiliario, así que no duden en preguntarle cualquier cosa. La cena se servirá a las ocho. Y este —dijo girándose brevemente— es David.

Un joven rubio, de sonrisa fácil y ojos de serpiente asintió desde el pasillo, inclinándose en una reverencia escueta.

—Mi ayudante de cámara —aclaró Sebastian—. Se ocupará de mis cosas.

—Vaya —dijo Clara, frunciendo el ceño—. Qué útil.

David sonrió, sin ofenderse. Clara lo miró de arriba abajo. Había algo en él que le resultaba, viscoso.

—Estoy segura de que no me caerás bien —le dijo, sin más.

—Me ocurre a menudo, señora —respondió él, con una inclinación de cabeza.

—Encantador —murmuró ella, girando sobre sus tacones.

Subieron la escalera principal, de madera brillante y barandilla robusta. La señora Hensley apareció en lo alto, gorda, seria y vestida de gris. Saludó con un gesto y les indicó sus habitaciones.

—¿Habitaciones? —repitió Sebastian, curioso.

—Claro. Alcobas separadas —dijo Clara, alzando una ceja—. ¿Pensabas que compartiríamos cama?

—No tengo objeciones —dijo él, encogiéndose de hombros—. Duermo mejor cuando estoy solo.

Ella se detuvo frente a su puerta, que tenía una delicada placa con su nombre grabado. Entró sin más, dejando tras de sí una estela de perfume cítrico.

Él, por su parte, abrió la suya, más austera, con estanterías para libros que ya lo esperaban vacías, y un escritorio que parecía rogar por experimentos.

Desde el otro lado del pasillo, Clara levantó la voz:

—No llames a mi puerta esta noche. Ni ninguna.

—No tengo intención de hacerlo. Mis sueños ya son lo bastante perturbadores.

Un portazo fue su respuesta.

El silencio que siguió, lo llenó Benson, quien suspiró y murmuró para sí:

—Ay, el amor joven…

David sonrió de lado, sin humor. Y en la cocina, la señora Hensley ya estaba diciendo al personal que aquella casa no iba a conocer ni la paz ni el aburrimiento por una larga, larga temporada.

Capítulo 11

El reloj marcaba las ocho y cuarto cuando Clara entró en el comedor, con el cabello recogido a toda prisa y un vestido que todavía tenía marcas del baúl. A diferencia del día anterior, no saludó ni se sentó de inmediato. Caminó lentamente hasta la ventana y se quedó mirando el jardín preguntándose si sería muy escandaloso saltar por ella.

Sebastian, que ya estaba tomando su té, la observó por encima de la taza.

—¿No ha dormido otra vez?

Ella se volvió con lentitud, con esas ojeras que la delataban apenas disimuladas con polvos, y negó con la cabeza.

—He dormido. Un poco. Entre el estúpido silencio y esos pájaros cantores resulta muy difícil concentrarse para hacerlo.

Él alzó una ceja.

—Curiosa frase. No creí que uno tuviese que concentrarse para quedarse dormido. ¿Tan silenciosa es la casa?

—Abominablemente silenciosa. A menudo espero que los cuadros comiencen a hablar para no enloquecer.

—Pensé que el silencio era una virtud.

—Lo está sobrevalorando, créame —dijo ella, tomando asiento con un suspiro—. Dormir sola en una alcoba tan grande es... ridículo.

Sebastian dejó su taza a mitad de camino de la mesa. La miró. Parpadeó.

—¿Le incomoda?

—Por supuesto. No estoy acostumbrada. En mi antigua casa tenía compañía. Ruidos. El suelo crujía, las paredes se quejaban... Y

ahora solo escucho mi respiración rebotando contra los tapices. Me irrita.

Sebastian se aclaró la garganta, apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos. La miró con una expresión pensativa que ella no percibió, ocupada como estaba cortando un bollo que no pensaba comer.

—En ese caso —empezó, con tono mesurado—, si lo desea... puedo acompañarla esta noche. En su alcoba. Para que el silencio no le abrume.

Clara lo miró. Por un instante lo observó como si él acabara de sugerir que jugaran al escondite con los sirvientes. Algo completamente ridículo.

—¿Acompañarme? —repitió, ladeando la cabeza.

—Digo... —Sebastian se irguió un poco— si le reconforta tener a alguien cerca. Puedo estar allí. Nada más.

—Ah —Clara sonrió, pero no fue una sonrisa dulce. Fue como si mostrara el filo de una daga envainada—. Qué generoso por su parte. Pero lo que tenía en mente era algo diferente.

Él se tensó, esperando una respuesta ambigua, quizá atrevida.

—¿Qué le parecería —dijo ella con toda la dulzura que no sentía— si invito a mi madre para que pase unas semanas conmigo?

El silencio, ese tan aborrecido por Clara, cayó como una losa en la estancia.

Sebastian se quedó petrificado.

—¿Su madre?

—Sí. Estoy segura de que nos hará bien a ambas. A ella para no sentirse sola, y a mí para poder dormir de una maldita vez.

—Entiendo... —dijo él, aunque no parecía entender nada en absoluto.

—Y si su ayuda de cámara me lanza otra mirada evaluadora como la de ayer, se lo digo desde ya: pienso usar la vajilla buena como proyectil.

—Lo tendré en cuenta —musitó, visiblemente incómodo.

Ella se sirvió té con aire triunfal. Mientras removía con la cucharilla, le dedicó una mirada vencedora.

—Tranquilo. No tiene que pasar tiempo con nosotras si no quiere. A las mujeres nos gusta conversar de asuntos que a los hombres les aburren.

—Y sin embargo —dijo él, apoyándose en el respaldo de su silla con gesto resignado— me muero de ganas de saber sobre esos asuntos suyos.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo es usted un mártir voluntario?

—Desde que firmé el acta de matrimonio.

Se miraron un instante. Clara alzó su taza en un brindis irónico.

—Por muchos desayunos como este, señor Lane.

Él inclinó la cabeza.

—Y por ese silencio que tanto le incomoda, señora Lane.

Clara estaba sentada en el pequeño escritorio de la biblioteca, con la cabeza ladeada y el ceño fruncido mientras escribía a toda velocidad con una caligrafía que su madre tardaría horas en descifrar.

Querida madre:

Sé que la boda ha sido tan precipitada como inesperada, pero confío en que aquí encontrarás la paz que tanto necesitas. Mayfair es encantadora y la casa, aunque un poco exagerada, tiene…

Estaba todavía por terminarla, después agregar una posdata con algo insolente… cuando escuchó los pasos inconfundibles de Sebastian detrás de ella. No eran pasos sigilosos. Eran… deliberadamente molestos. Como si pisara fuerte a propósito.

—¿Y si mejor no…? —dijo su voz justo sobre su hombro.

Clara dio un respingo, y sin dignarse a volverse, alzó el mentón como una mujer ofendida.

—¿A qué se refiere exactamente con *y si mejor no…*?

—A qué tal vez, solo tal vez, no sea la mejor idea invitar a su madre a instalarse aquí… justo ahora. Ya sabe. Recién casados. Tiempo a solas. Intimidad, o algo parecido.

Clara giró lentamente la cabeza, como si temiera que al hacerlo demasiado rápido lo decapitara con la mirada.

—¿Está insinuando que mi madre es una molestia?

—Dios me libre —respondió él, alzando las manos—. Solo digo que tener visitas familiares, especialmente maternas, podría... interferir en nuestra relación.

—¿Interferir con qué? —preguntó ella, cruzando los brazos y clavándole la mirada como si él fuera un insecto particularmente desagradable—. ¿Con su rutina de leer el *Times* a las siete y dormir a las diez en punto?

—Interferir con nosotros. Con esto. Lo que sea que esto sea —respondió él, agitando una mano entre ambos.

Clara dejó la pluma con lentitud sobre el escritorio. Muy, muy despacio. Después se levantó con la dignidad de una duquesa en pleno duelo.

—No sabía que había condiciones sobre a quién puedo invitar a mi casa.

—Nuestra casa —corrigió él con una sonrisa encantadora que debería estar penada por la ley.

—¡Exacto! Nuestra casa. Así que no tiene derecho a vetar mis visitas.

—No la estoy vetando. Estoy sugiriendo.

—¡Lo ha dicho como una orden!

—Lo he dicho con amabilidad. Para ser yo, eso ya es un esfuerzo notable.

Ella resopló. Literalmente resopló. Y él tuvo que llevarse una mano a la boca para no soltar una carcajada. Pero fracasó.

—¿Se está riendo de mí?

—De ninguna manera.

—Pues me ha parecido que lo hacía.

—Un poco, sí.

—¡No me haga perder los nervios!

—Demasiado tarde, ¿no cree? —dijo él, sonriendo.

Ella retrocedió un paso, alzó una ceja y lo miró como quien decide lanzar una bomba y quedarse a ver el espectáculo.

—Muy bien, señor Lane. Usted no quiere a mi madre aquí. Bien. ¡Pero sepa que desde ahora esto es una guerra!

—¿Una qué?

—Una guerra. A muerte. Decoración, horarios, disposición de los cojines, gestión del ama de llaves. Todo. ¡Estoy dispuesta a pelear cada centímetro de esta casa!

—¿Por cojines?

—¡Por principios!

Sebastian se llevó una mano al pecho.

—Siempre me ha atraído una mujer con convicciones.

—Y yo detesto a los hombres que se creen encantadores solo porque sonríen de lado.

—¿Así que le molesta que sonría de este lado? —preguntó él, girando el rostro justo lo suficiente para mostrarle la mejilla izquierda, justo donde tenía situada la peca.

—¡Exactamente ese!

Ella se dio la vuelta de golpe, el cabello entero se agitó de forma brusca ondeando en el viento malhumorada, y salió de la biblioteca dejando la carta inacabada y la pluma sobre el escritorio.

Sebastian se quedó allí un momento, solo, observando el vacío donde segundos antes había una tempestad con forma de mujer.

Sonrió de nuevo. Y esta vez, más para sí mismo, murmuró:

—Me encanta el matrimonio.

Sebastian Thorne era un hombre metódico.

A las seis de la mañana despertaba, sin necesidad de reloj, cuando la luz del alba apenas dibujaba un contorno dorado en los cristales helados de su ventana.

A las seis y diez ya estaba vestido —no con rapidez, sino con eficiencia— y descendía las escaleras con el mismo ritmo silencioso con el que lo hacía todo: sin llamar la atención, sin hacer ruido, sin alterar el delicado equilibrio de su mundo privado.

A las seis y media tomaba café. Negro. Solo. Amargo, sin leche.

A las siete, abría su cuaderno de campo.

Y después... el silencio. El bendito y preciado silencio. Ese silencio que tanto le incomodaba a su esposa.

Así eran sus días. Predecibles. Tranquilos. Eficaces.

Y aburridos, claro.

Sebastian jamás lo admitiría. Ni siquiera ante sí mismo. Era feliz con su soledad. O al menos eso había repetido tanto que empezaba a parecer verdad.

Hasta ahora.

Ahora había ruido.

Ruido en el pasillo. Ruido en las habitaciones. Ruido en su cabeza.

Todo tenía un mismo nombre: Clara.

La mujer que no caminaba, irrumpía. Que no hablaba, declaraba. Que no miraba, atravesaba. Y cuya existencia, aunque técnicamente ya era su esposa, se le presentaba como un estudio antropológico que ningún libro había preparado para él.

Y, sin embargo… estaba fascinado.

Al principio, intentó resistirse. Dedicarse más intensamente a sus investigaciones, leer tratados de ornitología hasta quedarse dormido sobre las páginas, escribir informes con esa disciplina que le caracterizaba.

Pero ella seguía allí. Vibrante. Burlona. Imposible de ignorar.

Era como ese maldito *avefría crestada* que pasó tres años buscando en las costas de Norfolk. Una criatura esquiva, imprevisible, pero de una belleza tan singular que uno perdonaba el barro, el frío, las horas de espera inútiles.

Ese tipo de fascinación rara que empieza con irritación… y termina con *obsesión científica*.

Esa mañana, mientras intentaba leer un archivo sobre taxonomía en su escritorio, Sebastian se dio cuenta de algo desconcertante: llevaba cinco minutos con la vista clavada en la misma palabra.

"Plumaje".

No era una palabra nueva para él. Y, sin embargo, su mente había saltado del plumaje al moño desordenado de Clara, de ahí a la línea de su cuello y luego, sin previo aviso, al modo en que ella se mordía el labio inferior cuando escribía.

Un hábito irritante.

Un hábito *malditamente adorable*.

Gruñó, cerró el libro y lo dejó sobre la mesa con un golpe seco.

Y entonces sonrió.

—Estás perdiendo la cabeza, Lane —se dijo en voz baja.

Y por primera vez desde que había llegado a su nuevo hogar la idea no le pareció del todo terrible.

Aquella tarde, cuando la vio cruzar el pasillo con un rodete torcido, una cinta azul cayendo de la manga y un vaso de limonada en su manos haciendo equilibrios imposibles para mantenerlo recto, la mente de Sebastian no pensó en el deber, ni en la tranquilidad, ni en el escándalo que había sido su boda.

Pensó: ahí va la criatura más improbable que he conocido. Y está casada conmigo.

Y por alguna razón que desafiaba toda lógica, eso le dieron ganas de seguirla.

No lo hizo con prisas. Ni siquiera con interés romántico. Simplemente lo hizo, como un naturalista tras una pista. Con esa mezcla exacta de curiosidad y asombro.

Porque algo en él comenzaba a sospechar que, al igual que su ave más preciada, Clara tampoco pensaba quedarse en su jaula.

Capítulo 12

Clara no era tonta.

Había pasado diecinueve años observando el mundo desde un rincón estrecho, y a fuerza de mirar en silencio, había aprendido a distinguir lo esencial de lo accesorio.

Por eso no necesitaba que Sebastian Lane dijera nada para notar que algo había cambiado.

No era solo el modo en que la miraba —como si acabara de descubrir una planta exótica creciendo entre las rendijas de su estudio—. Ni siquiera el modo en que fingía no mirarla cuando se cruzaban en el pasillo, y luego chocaba casualmente con una mesita, con el mayordomo o consigo mismo.

Era el interés. La atención sostenida en el tiempo que antes no existía entre ellos. Como si estuviera estudiándola.

Y lo más desconcertante no era eso.

Lo desconcertante era que… a Clara no le molestaba en absoluto.

De hecho, el primer día que notó esa mirada suya —ese gesto distraído que se volvía alerta cuando ella se reía por lo bajo o le lanzaba una pulla en plena cena— sintió un leve cosquilleo en la base del cuello. Como cuando iba descalza sobre el césped mojado en los jardines.

Inquietante.

Fresco.

Levemente peligroso.

Aun así, Clara no pensaba rendirse. Ni un paso atrás iba a dar.

La negativa de Sebastian a permitir que su madre la visitara, recién casada y desterrada a una casa enorme donde el silencio

parecía pesar más que los candelabros, había sido un acto de tiranía.

Y Clara detestaba a los tiranos. Especialmente si tenían buen porte y pestañas larguísimas, cuello ancho, cabellos brillantes, piel gruesa, ojos inquietantes…

Así que, desde aquella discusión —que ella prefería llamar declaración de hostilidades domésticas—, se dedicó a responder con lo único que se le daba realmente bien: resistencia pasivo-agresiva.

Colocó floreros donde él dejaba libros.

Abrió ventanas donde él pedía silencio.

Pidió música en el desayuno.

Y sin embargo… él seguía mirándola ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Con una expresión que no lograba descifrar.

—¿Está todo en orden? —preguntó el mayordomo esa mañana cuando la vio girar sobre sus talones en la entrada.

Ella lo miró.

¿En orden?

No. Todo estaba cambiando. Y lo peor era que empezaba a gustarle.

Una carta llegó con el primer correo.

Un sobre con bordes dorados, lacrado con un blasón familiar.

Clara lo abrió con entusiasmo. Sus dedos se movían ligeros, acostumbrados a deshacer ataduras. El contenido era claro: Lord y Lady Fambert invitaban al reciente matrimonio Lane a una velada en su residencia, con baile, recepción y una cena formal.

Una noche perfecta para… todo. Para ver. Ser vista. Respirar aire con música, conversaciones amables y gente que no tuviera plumas de ave en la solapa.

Clara levantó la vista.

—¡Nos han invitado a un baile! —anunció, con una sonrisa auténtica.

Sebastian, que en ese momento ordenaba sus plumas de faisán por longitud, apenas alzó la vista.

—No iremos.

—¿Perdón, qué has dicho?

—No asistiremos.

Ella parpadeó.

—¿Tienes otra recepción pendiente ese día?

—Tengo la paz. Y pienso conservarla.

Clara frunció el ceño. Luego, con aire tranquilo, dejó la invitación sobre su escritorio.

—Entonces me temo que iré sola.

Él alzó una ceja, interesado.

—¿Sola?

—Bueno… con un escote escandaloso y un color rojo satánico, claro está. No voy a desperdiciar semejante oportunidad de humillarme con estilo.

Él soltó una risa breve. Clara se irguió, desafiante.

—Puedes reír, pero no vas a detenerme. Después de todo, en este matrimonio no dijiste que me guardarías encerrada, ¿o sí y no lo recuerdo?

Sebastian se acercó, con esa expresión tranquila que no anticipaba las tormentas.

—No. Pero tampoco prometí facilitar tu destrucción social. Y mucho menos la mía.

—¡Oh, vamos! —exclamó, con fingida desesperación—. ¿Una noche de música y vino te parece el apocalipsis?

—No —respondió él, cruzando los brazos mientras la observaba con una mezcla de exasperación y diversión—. El apocalipsis sería… verme bailando. O rodeado de gente que lo hace, o degustando un vino rancio.

Clara lo miró de arriba abajo.

—Exageras.

—Créeme, no lo hago. Y además de que no quiero verme en esa situación, tampoco permitiré que mi esposa deje mi apellido en un lugar bochornoso asistiendo.

—Eso ya lo veremos —dijo ella saliendo de la estancia.

Pero mientras Clara salía de la estancia con paso firme y la cabeza en alto, no pudo evitar sentirlo:

la estaba mirando otra vez.

Capítulo 13

Sebastian Lane no solía mirar el reloj muy a menudo.
Lo consideraba una pérdida de tiempo. Pero ese día, había consultado el maldito péndulo de la biblioteca cada tres minutos.

Y todo porque su esposa —su nueva, impredecible, encantadoramente insoportable esposa— había anunciado que asistiría sola al baile de los Fambert.

"Con escote escandaloso y un rojo satánico", había dicho la muy atrevida. Y Sebastian había soltado una risa mordaz. Porque ella estaba bromeando. ¿Verdad?

No. No estaba bromeando.

Lo supo en cuanto escuchó el traqueteo de tacones en la escalinata de mármol.

Desde el umbral de su estudio, la vio descender.

Primero apareció el dobladillo del vestido. Verde oliva. Un tono cálido, casi indecente sobre su piel. Luego sus piernas —o mejor dicho, el sutil vaivén de su figura al bajar con elegancia felina. Luego sus hombros, su cuello, su perfil.

Y después, el rostro.

Irradiaba decisión. Desafío. Libertad.

Sebastian no dijo nada. No podía. Sus palabras parecían haberse desvanecido entre los pliegues de ese vestido y el moño perfectamente deshecho de Clara Ponzoña, aunque ahora Lane, en esa ocasión era más Ponzoña que nunca.

Ella lo vio desde el rellano y sonrió con disimulo. No fue un gesto dulce ni amable. Fue una sonrisa de advertencia. Una advertencia con perfume en exceso y labios pintados con esmero.

—¿Vas a desearme buena suerte? —preguntó con tono ligero, sujetando los guantes entre los dedos antes de colocárselos.

Sebastian la miró. La devoró con la mirada, en realidad. Y cuando por fin abrió la boca, solo consiguió decir:

—¿Ese vestido no es demasiado atrevido para ir sola?

—Oh, no. Este no es el rojo, si quieres me lo cambio y así verás lo que es ir atrevida —respondió, bajando el último escalón—. Este es el de: esta mujer es mía y aún no lo sabe.

Y entonces, sin más, le dio la espalda y salió. El mayordomo abrió la puerta. El carruaje aguardaba en la puerta.

Clara subió, el faldón del vestido, ondeó un segundo al viento, y luego la puerta se cerró con un sonoro *clac*.

Sebastian se quedó de pie en mitad del vestíbulo.

En silencio.

Un silencio que, por cierto, ella había definido como *sobrevalorado*.

Diez segundos. Veinte.

Al minuto exacto, giró sobre los talones y alzó la voz:

—¡David!

Su ayudante de cámara apareció de inmediato, abrochándose la chaqueta por la mitad.

—¿Sí, señor?

Sebastian se pasó la mano por el cabello, exasperado. Luego soltó un suspiro que estaba a medio camino entre el hastío y el pánico.

—Necesito un atuendo. De gala. Algo negro. O azul. O lo que maldita sea se use para ir a un baile *ridículo* que va a arruinarme lo que queda de cordura.

David Mullins parpadeó.

—¿Va usted a asistir a un evento social, señor?

—Lo haré si quiere conservar su empleo —gruñó Sebastian mientras subía las escaleras a zancadas.

—¿Y qué tono quiere que transmita su atuendo, si me permite la pregunta?

Sebastian se detuvo un instante antes de entrar en su alcoba.

—Quiero que parezca que estoy por encima de esto. Que tengo cosas más importantes en la vida. Que la ornitología me da más placer que una pista de baile.

—Entiendo —dijo Mullins, sin entender nada.

—Y también… —añadió Sebastian, bajando la voz mientras se apoyaba en el marco de la puerta— quiero que me vea. Y que se arrepienta. Mucho.

Mullins asintió con gravedad.

—Entonces será mejor que lleve el chaleco de terciopelo italiano, señor.

—Y el reloj de bolsillo.

—Con cadena de oro o con el grabado de su padre…

—El más arrogante y excesivo.

—Perfecto. Escojo el de la serpiente.

Y mientras el criado corría escaleras arriba para preparar el atuendo, Sebastian miró su reflejo en el cristal de la puerta. Luego sonrió, sin alegría.

—Esto va a acabar mal —murmuró.

Capítulo 14

La recepción Fambert era, en pocas palabras, una exhibición de excesos.

Exceso de encajes, de perfumes empalagosos que hacían que respirar fuera casi imposible, de plumas sobre las cabezas de algunas señoras que amenazaban con atacar a los transeúntes… y de sonrisas que, bajo la luz de las arañas de cristal, relucían más como enemigas que amistosas.

Clara Lane cruzó el umbral de la sala de baile como si acostumbrase a hacerlo a menudo, y en realidad no distaba mucho de la realidad, porque su madre la había instruido para ello desde hacía casi tres años cuando tuvieron que viajar a Inglaterra.

Y apenas dio tres pasos sobre la alfombra, se le acercó la señora Fambert —una mujer con forma de jarrón de porcelana y voz de flauta mojada— con una sonrisa que podría haber sido amable, si no hubiera apestado a desdén.

—¡Lady Lane! ¡Qué honor tenerla esta noche! —exclamó, tomando su mano con una fuerza que no concordaba con su edad—. Pero… ¿y su esposo? ¿Lord Lane no la acompaña?

Clara sonrió como lo haría en medio de un escándalo.

—Lamentablemente, está indispuesto.

—¿Indispuesto? —repitió la anfitriona, alzando las cejas.

Clara detectó el tono inquisitivo al instante. Era el mismo que usaban las cotillas cuando olían sangre.

—Una leve jaqueca —respondió, con la voz más dulce que poseía—. Pero me insistió en que viniera. *"Sal, socializa, diviértete"*, me dijo. No quise contrariarlo.

La señora Fambert frunció los labios.

Oh, claramente no se lo creía. Pero como no había forma de comprobarlo, tuvo que contentarse con una risita.

—Qué considerado. Aunque si mi esposo se encontrase indispuesto, yo jamás lo dejaría solo.

Clara inclinó la cabeza con falsa modestia.

—No todas las mujeres tenemos su fortaleza, señora Fambert. Yo, si me quedo a su lado cuando está de mal humor… probablemente termine peor que él.

La mujer no supo si era una broma o un reproche, así que solo rio de nuevo. Y Clara aprovechó el desconcierto para escapar entre los invitados.

Fue entonces cuando las vio.

Tres mujeres sentadas en una esquina del salón, como aves de rapiña observando el cielo antes de lanzarse al festín. Llevaban trajes oscuros pero elegantísimos, y sus joyas centelleaban con el tipo de arrogancia que solo se adquiere con muchos años de matrimonio… o de libertad.

Clara no necesitó presentación: aquellas eran las mujeres de las que todo el mundo hablaba.

La primera era la viuda Mordaunt, alta, flaca como un látigo y con labios siempre rojos. Aseguraban que había enterrado a su marido con una sonrisa, y con el testamento en la otra mano porque con lo que le había costado encontrarlo, temía que alguien lo hiciera desaparecer.

La segunda era, lady Pevensie, tenía rizos blancos como el azúcar y un abanico que usaba como arma de destrucción masiva. Su risa aguda podía escucharse desde la mesa del ponche.

Y la tercera, la señora de Langham, era más joven, quizás con apenas treinta y pocos años. Tenía unos ojos color ámbar y una expresión de: te estoy analizando, que intimidaría incluso a un duque.

Las tres cuchicheaban con deleite mientras miraban a una jovencita vestida de rosa pastel cuya madre la empujaba hacia un

coronel viudo con seis hijos.

Clara observó.

Pensó.

Después decidió.

Si no podía evitar ser tema de conversación esa noche, al menos elegiría con quién.

Con paso decidido, se acercó.

—Espero que no les moleste que me una a ustedes —dijo, con la sonrisa justa—. Me resulta más interesante una conversación inteligente que una pista de baile congestionada.

Las tres la miraron. Primero sorprendidas. Luego divertidas.

La viuda Mordaunt dio un golpecito con su copa.

—Sentido común. Qué refrescante.

—¿Quién eres tú, criatura? —preguntó lady Pevensie sin cortarse un pelo.

—Clara Ponzoña. Esposa de —hizo una pausa—, bueno, eso no es lo importante. Soy Clara, y estoy encantada de estar aquí esta noche.

La señora de Langham alzó una ceja.

—Me parece muy inteligente por tu parte no presentarte como la mujer de nadie, tú eres valiosa por ti misma. No por ser la mujer de un caballero que quizá no sepa hacerse el nudo del corbatín sin ayuda.

—Eso mismo —respondió Clara, sin pestañear.

Hubo un silencio corto, y luego una carcajada sincronizada.

—Bienvenida al rincón de la verdad —anunció la señora de Langham, mientras le señalaba un sillón—. Aquí nos sentamos las mujeres que ya no tenemos que fingir que los hombres son interesantes.

—Ni competentes —añadió Mordaunt.

—Ni siquiera necesarios —remató Pevensie.

Clara se acomodó con elegancia.

—He soñado con este momento desde que tenía trece años y leí la carta de una mujer que viajaba sola por Francia sin marido ni

dama de compañía.

—¿Y qué hiciste entonces? —preguntó Mordaunt.

—Me prometí que si algún día me casaba, procuraría enviudar con prisa.

Las tres alzaron sus copas en señal de brindis.

Y mientras los violines seguían tocando, Clara se dio cuenta de que ese salón lleno de hipocresía era también un campo fértil de libertad femenina.

Lo que no sabía… era que en ese preciso instante, su esposo había llegado. Y la buscaba con una intensidad que no presagiaba nada aburrido.

Capítulo 15

El gran salón de los Fambert vibraba con música, risas y ese tipo de falsa alegría que solo puede sostenerse con una cantidad indecente de champán. Las damas danzaban, los caballeros fingían interés, y las señoras mayores —desde sus tronos tapizados junto a las paredes— dirigían el teatro social con solo mover sus abanicos.

Y fue precisamente cuando el violín subió una nota aguda que ocurrió.

Las puertas del salón se abrieron.

Y todo se detuvo. O más bien, se ralentizó. Como si el tiempo recordara de pronto cómo dramatizar una entrada.

Sebastian Lane, enfundado en un impecable traje de noche negro, con chaleco de seda color azul noche y la expresión glacial de quien preferiría estar examinando un cráneo de halcón, cruzó el umbral. Con paso firme, decidido y absolutamente ajeno a la revolución hormonal que su aparición acababa de provocar.

Las mujeres —todas— se giraron.

Las casaderas susurraron. Las casadas parpadearon. Incluso dos matronas viudas suspiraron con discreción.

—Es él —musitó lady Pevensie, bajando el abanico hasta su pecho como si necesitara aire—. Lord Lane acaba de aparecer. Hace años que no se le ve.

—Por fin ha salido de su cueva de pájaros y murciélagos —añadió la viuda Mordaunt con voz golosa, como si hablara de un pastel prohibido.

—Una pena —intervino la señora de Langham, en tono teatral—. Con lo guapo que es, se va a convertir en momia sin saber lo que es el buen sexo.

Clara, que hasta ese momento reía discretamente con su copa en la mano, frunció los labios para no atragantarse.

—¿Y con quién se habrá casado, digo yo? —continuó Mordaunt—. A saber… probablemente una niña tonta que no sepa lo que hace.

—O peor —siseó Pevensie, mientras seguía mirando en dirección a la puerta—. Tal vez le interesen los insectos. Como al joven Lane.

Clara giró en redondo.

Lo hizo sin pensar. Como si las palabras de las viudas la hubieran empujado. Como si una cuerda invisible la arrastrara por la cintura y le obligara a mirar.

Y entonces reparó en él.

Allí estaba. En el centro del salón. Iluminado por el candelabro, con el cabello negro perfectamente peinado, la mandíbula tensa y los ojos buscando algo.

Y ese algo era ella.

No es que sus miradas se cruzaran. Es que chocaron.
Se encontraron en el aire como dos espadas que se reconocen por haber batallado antes.

Sebastian no sonrió. Pero su gesto cambió.
Como si algo se aflojara dentro de él. Como si la viera por primera vez de verdad.

Clara, por su parte, sintió que su espalda se enderezaba automáticamente, que el escote de su vestido parecía apretarle más de lo normal, y que, de pronto, tenía calor.

—Oh, por todos los santos —dijo Langham, con una sonrisa torcida—. Esa es su esposa.

—¿Ella? —Pevenise se inclinó hacia adelante—. Pues no parece una niña tonta.

—Ni una amante de insectos —murmuró Mordaunt—. Aunque... con ese vestido verde oliva, yo también saldría de mi cueva para protegerla.

Clara se volvió lentamente hacia sus nuevas amigas, todavía con el corazón golpeando como un tambor en el pecho.

—¿Queréis que os lo presente?

Las tres viudas abrieron los ojos, sorprendidas.

Y entonces se echaron a reír con una sincronía encantadora.

—Solo si prometes prestárnoslo para un vals —dijo Pevensie.

Clara cogió su copa y se encaminó hacia el centro del salón.

Porque si su esposo iba a entrar como un hombre dispuesto a interrumpir su noche, entonces ella iba a recibirlo como la mujer que era.

Y Sebastian... Sebastian no estaba preparado para lo que venía.

Clara no dudó ni un instante. En cuanto sus ojos lo encontraron entre la multitud, se separó del pequeño grupo de viudas —que ahora cuchicheaban con entusiasmo— y avanzó entre los invitados con la frente en alto y una sonrisa encantadora.

Él había venido. Y, contra todo pronóstico, estaba allí por ella.

—Has venido —dijo al llegar frente a él, con un brillo en los ojos.

—Parece que sí —respondió Sebastian, un tanto incómodo bajo tantas miradas, pero incapaz de apartar la vista de su esposa.

—Me alegro —añadió Clara, sin disimulo—. Mucho.

Por unos segundos, todo pareció sencillo.

El murmullo del salón, las luces centelleaban sobre los espejos, y ella lo guiaba hacia el centro del salón para bailar. Él, torpemente, la siguió. Y por primera vez, Clara pensó que podía llegar a gustarle estar casada con Sebastian Lane.

Pero la ilusión se quebró al cabo de unos minutos.

—Debo regresar a casa —dijo él, cuando la música acabó.

—¿Qué? ¿Ahora? —su gesto cambió—. ¡Pero si apenas llevas aquí una hora!

—Hay documentos importantes que no pueden esperar. Trabajo atrasado.

—¿Trabajo? —repitió ella, atónita—. ¿Y qué pasa con esto? ¿Conmigo? ¡Nos lo estamos pasando bien!

—Clara… —él bajó la voz, intentando contenerse—. Este no es mi lugar. No debí venir.

Ella dio un paso atrás, como si sus palabras le hubieran caído encima.

—No debiste venir… —susurró—. Lo dices como si esto fuera un error. Como si yo lo fuera.

—No es eso —dijo él, aunque no supo cómo corregirse—. Solo que… no pertenezco a este mundo, y tú tampoco deberías tratar de encajar en él de este modo. Vas a arruinar el apellido de mi familia si sigues así.

Clara lo miró, herida, indignada.

—¿Y tú no te das cuenta de que lo único que estás arruinando es mi vida?

Él frunció el ceño, dolido. Dio un paso hacia ella.

—Vámonos —murmuró.

—No. Me quedo —respondió firme, con la barbilla en alto.

Y entonces Sebastian hizo algo inesperado. La tomó de la mano. No lo hizo con demasiada fuerza.
Tampoco lo hizo con violencia. Pero con la osadía de un hombre que no sabe cómo lidiar con la intensidad de lo que sentía.

Tiró de ella con disimulo, entre las columnas de mármol, hasta salir por una puerta lateral.

Nada más salir al jardín. El aire fresco golpeó sus rostros.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Clara, forcejeando—.¡Suelta mi mano!

—No vas a convertir esto en un espectáculo —gruñó él—. Ya lo has hecho lo suficiente. Además esto no lo necesitas, no necesitas un baile para ser feliz.

—¡¿Y tú qué sabes lo que yo necesito?! —gritó ella, liberando por fin su mano—. ¿Sabes lo que eres, Sebastian? Una jaula. Fría. Silenciosa. Lujosa, sí, pero igual de vacía. Me estás asfixiando.

—¡Y tú vas a hundir mi apellido! —replicó él—. ¿Lo entiendes ahora? Con tus caprichos, tus vestidos llamativos, tus risas con viudas, tus juegos sociales. ¡No tienes ni idea de lo que implica ser la señora Lane!

—¡Y tú no tienes ni idea de lo que implica ser una mujer como yo, casada con un hombre como tú!

Y entonces lo hizo. Cerró los puños y los alzó con rabia para golpearle el pecho.

Pero él la detuvo.

Sus manos interceptaron las de ella con una rapidez que no parecía suya. Las sostuvo, inmóviles, en el aire.

Y por un segundo, ni uno ni el otro se movió.

Clara respiraba agitada. Sus mejillas ardían.

Sebastian la miraba fijamente, y su agarre, aunque firme, no era duro.

Los ojos de ella descendieron. Hasta su peca. Justo situada sobre el labio. Tan diminuta y absurda como todo lo que no podía evitar mirar.

Él, en cambio, bajó la vista a sus labios. Luego a sus ojos. Luego otra vez a su boca.

Y entonces ocurrió.

La besó.

No como un hombre que impone.

Ni como quien reclama lo que es suyo.

La besó como si ella fuera una criatura delicada, única, y estuviera al borde de desaparecer de la tierra.

Como si, con un solo movimiento brusco, pudiera hacerla desvanecerse.

Los labios de Clara permanecieron quietos al principio. Luego, poco a poco, su cuerpo se relajó.

Y entonces respondió.

Lo besó de vuelta. Con una mezcla de sorpresa y deseo inesperado. Con una dulzura increíble y una rendición que no sabía que guardaba.

Cuando se separaron, el mundo entero parecía haber cambiado de lugar.

Pero ninguno de los dos dijo una palabra de aquello.

—Me marcho —anunció él, sin dramatismos, tras el beso que los había dejado con más preguntas que respuestas.

Clara lo miró, aún algo aturdida, pero ya con la compostura de vuelta.

—Iré contigo.

Él asintió con un leve movimiento de cabeza, como si no se atreviera a mirarla demasiado.

Caminaron juntos hacia la salida, sin prisa, rodeando los setos del jardín que ahora se iluminaban con la luz tenue de las farolas de gas. El bullicio del salón se apagaba a sus espaldas. La noche, en cambio, les envolvía.

Y justo al girar hacia la zona de carruajes, ahí estaban. Las viudas.

Las tres, aún con copas de vino en las manos, cuchicheaban entre sí con disimulo mal disimulado.

Clara frenó en seco.

Sebastian frunció el ceño.

—¿Pasa algo?

—Un momento —dijo ella, girándose sobre sus talones y acercándose hasta ellas.

Se acercó al grupo luciendo una gran sonrisa y un brillo en sus ojos empequeñecidos.

Las tres mujeres enmudecieron al verla.

—No es un bicho raro —declaró con una dulzura que helaba la sangre—. Es mi esposo. Las tres parpadearon, sorprendidas—. Y no, no investiga murciélagos. Y tampoco a mí me gustan los insectos, por si os interesa.

Clara dio un paso más, casi en confidencia.

—Tened cuidado la próxima vez que cotilleéis. Nunca se sabe quién puede estar escuchándoos.

Las viudas, lejos de ofenderse, sonrieron.

Una de ellas —la del cabello gris humo y abanico de encaje— alzó la copa y susurró con una risita:

—Brava, querida. Brava.

Clara se giró elegantemente sobre sus talones y volvió al lado de Sebastian.

Él la miraba de reojo, entre divertido y sorprendido.

—Eso ha sido... inesperado —murmuró.

Ella se encogió de hombros, satisfecha.

—No me gusta que hablen mal de nadie a quien conozco. Al menos no cuando yo estoy delante.

—Gracias —dijo él, con una sinceridad suave que no solía mostrar—. Por defenderme.

Caminaron un par de pasos más y, justo cuando el cochero los vio acercarse y bajó del estribo, Sebastian añadió, con una media sonrisa en los labios:

—Por cierto…

—¿Sí?

—Durante un tiempo, sí investigué murciélagos.

—¿Ah, sí? —preguntó Clara, alzando una ceja.

—No son aves, pero me fascinaba que una rata pudiera volar.

Ella se echó a reír. No pudo evitarlo.

Él la miró entonces, como si ese fuese el momento en el que empezase a descubrir a la mujer con la que se había casado.

Y sin más palabras, subieron juntos al carruaje.

La noche no prometía explicaciones, pero sí compañía.

Y, por ahora, eso era más de lo que cualquiera de los dos se atrevía a pedir.

El silencio entre ellos era espeso como la niebla que cubría las farolas de gas a lo lejos. Sebastian no había soltado su mano desde que ella volvió junto a él tras despedirse de las viudas, y Clara no se lo había impedido. Aún sentía el latido acelerado de su corazón en la yema de los dedos, el mismo que la recorrió entera cuando él

la besó en los jardines, como si el aire de la noche no hubiese bastado para apagar el fuego que habían desatado.

El carruaje avanzaba lento entre las calles de Mayfair, mecido por el ritmo acompasado de los caballos. Dentro, la penumbra era apenas rota por las luces intermitentes del exterior. Sebastian seguía sin hablar. La miraba de vez en cuando, como si midiera cada uno de sus gestos, como si intentara retenerla para siempre en la memoria.

—Clara —susurró su nombre como si fuera un descubrimiento. Como si en él se encerrase el misterio que le faltaba por descifrar.

Ella sintió cómo se le aceleraba el pulso al instante.

Y entonces la besó de nuevo.

No como en los jardines, no con esa vacilación de quien teme ir demasiado lejos. Esta vez la besó como un hombre que ha estado conteniéndose durante horas, como un hombre al borde del abismo. Su boca buscó la de ella con más intensidad, y Clara se aferró a sus solapas, tirando de él, sin oponer resistencia. La lengua de Sebastian encontró la suya y fue como si algo estallara entre ellos.

Las manos de él bajaron por su cintura, explorando con torpeza y urgencia, hasta que una de ellas alcanzó la parte baja de su muslo. A través de la tela del vestido, la acarició. Y Clara gimió. Su cuerpo entero pareció tensarse y al mismo tiempo rendirse.

—Dios mío… —susurró, aferrándose más a él, temblando de puro deseo.

La mano de Sebastian, segura y suave, subió un poco más, bordeando el muslo interno con una ternura peligrosa. Clara jadeó. Le ardían las mejillas. Nunca había sentido algo igual. Ni siquiera había imaginado que pudiera sentirse así con un hombre. Pero él no era cualquier hombre. Él era su esposo. Su esposo, maldita sea.

Sebastian la atrajo hacia él, y con un movimiento hábil la acomodó sobre su regazo. Clara no protestó. Se acomodó a horcajadas sobre él, levantando sus faldas recogidas en sus manos con torpeza. Sus pechos rozaban su pecho. La respiración de ambos

se entrecortaba, jadeante. Los labios seguían buscándose, con una ansiedad que crecía.

Y entonces lo sintió.

El cuerpo de Sebastian, duro bajo ella. Su erección, tensa y poderosa, que palpitaba bajo el pantalón y contra su centro. Clara abrió los ojos de par en par, boquiabierta. No por miedo, más por sorpresa. Y porque nunca, en toda su vida, había deseado algo tanto como en ese instante.

Sebastian, por su parte, cerró los ojos, a punto de perder la cordura. Alcanzó a quitarse las gafas con una mano, despacio, como si hacerlo fuera el preludio de una entrega sin límites.

Y justo cuando la pasión se volvía incontenible, justo cuando parecía que ya nada podría detenerlos…

—Milord, milady… —anunció el cochero desde el exterior—. Hemos llegado.

El mundo se detuvo.

Ambos quedaron inmóviles. Ella aún sobre él. Él aun temblando por dentro.

Sebastian dejó caer la frente sobre el pecho de Clara y soltó una carcajada baja, grave, cargada de desesperación.

—Perfecto —murmuró contra su piel—. Maldito tiempo perfecto.

Clara le acarició el cabello con una sonrisa traviesa.

—Y tú decías que los bailes eran aburridos…

La puerta de la mansión se cerró tras ellos con un chasquido sordo. Afuera, el sonido de los cascos de los caballos se alejaba por la calle. Adentro, el silencio era tan espeso como la tensión que flotaba entre ambos.

Clara aún sentía su cuerpo vibrando, el calor del carruaje impregnado en su piel, en sus labios, en sus muslos. Todo en ella estaba revuelto, desordenado, emocionado. Se volvió hacia Sebastian con una sonrisa suave, íntima, lista para alargar ese instante de conexión… y extendió la mano para coger la suya, como una niña que quiere seguir jugando.

Pero él no se la dio.

Capítulo 16

Sebastian evitó el contacto con una sutileza que dolía más que un portazo. Bajó ligeramente la mirada y deslizó sus manos hacia el interior de su abrigo, como si el simple gesto de recoger sus guantes fuera más urgente que tocarla.

El gesto fue pequeño, pero el golpe fue enorme.

Clara se quedó quieta, con el pie en el primer escalón. Su sonrisa se borró, sus dedos se cerraron con rabia sobre el aire vacío. Entonces subió las escaleras de golpe, con pasos más rápidos de lo necesario, y adelantándolo con clara intención. Sabía que él la veía. Quería que la viera. Que notara que estaba enfadada. Que supiera que su desdén había dolido.

Al llegar al pasillo, giró sobre sus talones y cerró la puerta de su habitación con un sonoro ¡PUM! que retumbó por toda la casa.

Sebastian estaba sentado al borde de la cama, aún vestido, con los codos apoyados en las rodillas y las manos cubriéndose la frente. Su pelo se veía revuelto, como si se lo hubiera despeinado él mismo en un ataque de desesperación silenciosa.

—Maldita sea… —murmuró—. Maldita la hora en la que acepté ir a ese baile.

Se incorporó de golpe, caminó unos pasos y luego volvió a sentarse con más fuerza que antes. Se frotó el rostro como si quisiera arrancarse el recuerdo de los labios de Clara, de su cuerpo tibio sobre él, de sus jadeos suaves en el oído.

—Esto no está bien —gruñó—. No está bien. ¡Todo se está descontrolando!

Se puso de pie otra vez, agitado como un loco en bata de laboratorio. Abrió un cajón, lo cerró. Se detuvo delante del escritorio. Miró sus papeles como si pudieran rescatarlo de sus pensamientos.

—Yo tenía un plan. Una vida organizada. Estabilidad, método, lógica. Iba a dedicarme por completo al estudio de las migraciones de las aves cavernícolas, ¡al registro de colonias murciélagas aisladas! Iba a descubrir especies nuevas, iba a escribir tratados científicos que desafiaran el pensamiento moderno… y ahora…

Se llevó ambas manos al pecho.

—¡Ahora estoy casado con una mujer que me arrastra a bailes y que se pone a horcajadas sobre mí en carruajes como si fuéramos dos personas totalmente diferentes a lo que debemos ser!

Comenzó a pasearse de un lado a otro, gesticulando con frustración.

—¿Y qué será lo siguiente, eh? ¿Un picnic? ¡Claro! Seguro querrá que la lleve al campo con una cesta llena de pastelillos y jugo de frutas para mirar ovejas! Y después… después vendrán los viajes. ¡Oh, vamos a Roma, Sebastián! ¡Vamos a París, Sebastián! Y luego… ¡luego vendrán los hijos!

Se volvió hacia la ventana como si el horror lo persiguiera.

—¡Niños! Pequeñas criaturas chillonas que correrán por mi despacho, que tocarán mis especímenes, que derramarán mermelada sobre mis apuntes. ¡No! ¡No! ¡Eso no puede pasar!

Se desplomó en el sillón como un mártir trágico.

—La paz, el orden, el silencio… todo desaparecerá. ¿Y qué quedará? ¿El amor? ¿El sexo? ¿Una sonrisa después del desayuno? ¡Bah! Tonterías. ¡Superficies resbaladizas! ¡Caminos al desastre!

Suspiró tan fuerte que hizo temblar una hoja de papel.

—No puedo dejarme arrastrar por ella. No puedo. Clara es… es caos. Es deseo. Es complicación.

Y aun así, bajó la mirada a sus manos, a los dedos que la habían tocado. Y su voz se volvió más baja, suave como un hilo.

—Y sin embargo… no recuerdo haberme sentido tan vivo jamás.

Capítulo 17

El sol se filtraba entre las cortinas polvorientas del despacho de Sebastian, iluminando montones de papeles y frascos etiquetados con una caligrafía obsesivamente perfecta. Todo estaba en su lugar. Ni un vaso fuera de sitio. Ni un ruido. Ni una pluma. Ni rastro de ese perfume dulzón que se olía por el pasillo.

Clara no estaba.

Y, en teoría, eso debería ser una bendición.

Sebastian se inclinó sobre el microscopio. Ajustó la lente con lentitud y se dispuso a retomar el análisis de una muestra recogida semanas atrás de una rara especie de polilla cavernícola que solo salía al anochecer.

Pasaron diez segundos.

Veinte.

Un minuto.

Bufó. Se enderezó quitándose las gafas.

—Esto es ridículo —masculló.

Caminó hasta la ventana y la abrió. El jardín estaba desierto. Ni rastro del vestido color lavanda. Ni del peinado que siempre parecía estar a punto de deshacerse.

La casa parecía… abandonada.

Y lo peor era que había desayunado ya con esa inquietud en él.

Se volvió con un suspiro.

—Finalmente, silencio —se dijo en voz alta, como queriendo convencerse—. Calma. Paz. Orden.

Pero su ceño seguía fruncido. Y había dejado la tostada a medio comer.

Diez minutos más tarde, dos de las criadas más jóvenes, Meg y Fanny, estaban frente a él, entre temerosas y divertidas.

—¿Quiere que salgamos al mercado, señor? —preguntó Meg con una sonrisa—. ¿Por el pan que ya se trajo esta mañana?

—O prefiere que vayamos a por cualquier otra cosa que necesite —añadió Fanny, algo más avispada.

Sebastian se ajustó los puños con fingida indiferencia.

—Sí. Vayan al mercado. Compren pan. Mantequilla. Lo que sea que se compre cuando van a la compra —dijo, haciendo un gesto vago—. Pero… escuchen. Si por casualidad… muy casualmente… se encuentran con mi esposa —aclaró, fingiendo que no le importaba lo más mínimo—, procuren saber a dónde ha ido. No pregunten directamente. Observen. Disimuladamente. Como si fueran... mirlos curiosos.

Meg frunció el ceño.

—¿Mirlos, señor?

—Es una metáfora —gruñó él.

Fanny asintió como si lo hubiera entendido todo.

—Entonces, si la vemos, ¿le decimos que usted está preocupado?

—¿Preocupado? —repitió Sebastian, ofendido—. No. Solo… solo quiero asegurarme de que no ha desaparecido.

Meg soltó una risita ahogada.

—Muy bien, señor.

—Y que vuelva para la hora del té. O no —añadió, ya hablando más para sí mismo que para ellas—. Tal vez esté bien que se quede fuera el día entero. Así podré trabajar. Podré concentrarme. Podré… ¡finalizar el maldito artículo sobre la colonia de quirópteros sin interrupciones!

Las criadas hicieron una torpe reverencia antes de salir.

Sebastian se quedó solo en su despacho, con el microscopio frente a él.

—Silencio absoluto —repitió.

Pero tras otro minuto, volvió a mirar la puerta.

Y frunció el ceño cuando comprobó que no se abría.

Capítulo 18

Residencia de Agatha Plimbonte
Marylebone, cerca de Mayfair

—Estoy completamente loca —declaró Clara, sin preámbulos, dejando caer su cuerpo sobre el sofá de terciopelo granate.

Agatha alzó una ceja desde su sillón, rodeada de bordados, una tetera humeante y un gato viejo que, por algún motivo, parecía no gustarle desde el primer momento que la vio aparecer en casa de su dueña. Pues no le quitaba la mirada de encima.

—Eso ya lo sabíamos, querida. La pregunta es: ¿qué has hecho ahora?

—Voy a pedirle el divorcio.

Agatha escupió el té.

—¿Discúlpame?

—¡Lo has oído bien! —repitió Clara, irguiéndose con un fulgor vengativo en los ojos—. No puedo seguir casada con un hombre que se ofende cuando intento cogerle la mano para subir las escaleras. ¡Las escaleras, Agatha! No estaba intentando desnudarlo en plena calle.

Agatha la observó con detenimiento, luego se echó hacia atrás y estalló en carcajadas.

—Oh, Clara, Clara... Eres tan joven, tan estúpida y tan encantadoramente impulsiva.

—¡Estoy hablando en serio! Esta mañana salí sin despedirme, no quise tomar el desayuno con un hombre que anoche parecía que iba a devorarme viva en el carruaje… Y después… ¡nada! Silencio glacial. Como si me hubiese inventado el momento entero.

—¿Y tú crees que va a darte el divorcio así porque sí? —dijo Agatha mientras le servía una taza de té—. Te mira como si fueses un fenómeno digno de su colección. No va a abrir la puertecita de la jaula tan fácilmente.

Clara parpadeó.

—¿Qué jaula?

—Tú eres el pajarillo. Él es el científico. Y ahora que te tiene encerrada, va a estudiarte con la paciencia de un loco. No va a soltarte. Aún no. Aún no has chirriado lo suficiente.

—¿Estás diciendo que debería cantar?

Agatha la miró con cara de querer estamparle la tetera en la cabeza.

—No, estúpida. Es una metáfora. Quiero decir que tienes que volverle loco.

—¿Más de lo que ya parece estar?

—Exactamente. Si quieres salir de la jaula, tendrás que picotear los barrotes. Gritar a las cinco de la mañana. Volar en círculos. Llenarle la casa de plumas. Hacer deposiciones para que lo tenga que limpiar todo.

—¿Quieres que actúe como si estuviese loca? No voy a soltar mis deposiciones por ningún sitio. La que te has vuelto loca eres tú.

—No. Quiero que te comportes como una mujer histérica —dijo Agatha, con una sonrisa astuta—. Pero si eso incluye parecer una lunática, bienvenida sea la locura.

Clara tomó el té con ambas manos, y los ojos encendidos.

—Entonces… lo que me sugieres es…

—Haz que se arrepienta de cada maldito segundo que no te dedicó. O que se arrepienta de haber pronunciado ese sí quiero.

—Me gusta. Me gusta mucho —dijo Clara, y se levantó de un salto, con una renovada actitud.

—Solo una cosa más —añadió Agatha mientras Clara ya buscaba su abrigo—. Que no se te olvide: en el fondo, ese científico lunático está absolutamente fascinado contigo. Así que... cuidado. No despiertes a la fiera si no estás dispuesta a acariciarla después.

Clara se detuvo un segundo. Y sonrió.
—Veremos quién estudia a quién.
Y salió de allí como un vendaval.

Capítulo 19

Clara dejó los guantes en la bandeja que sostenía uno de los criados.

—Gracias —murmuró sin mirarlo.

Avanzó unos pasos por el recibidor, se detuvo y miró en dirección a la escalera. Después suspiró.

Esa casa era preciosa. Incluso con el aire frío que parecía haberse instalado desde su llegada. Iba a echar de menos los ventanales, la luz entrando por las cristaleras del pasillo, el sonido del reloj del vestíbulo. Qué lástima. Qué desperdicio.

Se obligó a subir los escalones con decisión, uno a uno, como si cada peldaño la acercara a su propósito.

Frente a la puerta del despacho, se detuvo. Dudó en si golpear la madera de la puerta o no, y de forma inmediata agitó la cabeza empujó la puerta.

—Pasa —dijo la voz de Sebastian al verla dentro.

Clara lo miró.

Él no levantó la vista de los papeles que tenía delante.

—¿Necesitas algo?

—Sí. Hablar contigo. Solo será un momento.

—Habla.

—Quiero que esto termine —dijo sin rodeos.

Ahora sí que había captado toda su atención, él la estaba mirando.

—¿Esto? —repitió.

—El matrimonio. Tú y yo. Esto que sea que hay entre nosotros no está funcionando.

—¿No funciona? ¿Después de cuántos días sabes que no funciona? Me temo que es pronto para saberlo —dijo con una media sonrisa cansada.

—No nos entendemos. Apenas hablamos. No compartimos nada. Te molesto, y tú a mí. No hemos consumado el matrimonio. Así que, si tú estás de acuerdo, creo que deberíamos…

Sebastian se levantó, despacio.

—¿Divorciarnos?

Clara asintió.

—Es lo más sensato. No estoy enfadada. Solo quiero seguir con mi vida. Y que tú sigas con la tuya. No tiene sentido alargar este calvario.

Él la observó unos segundos sin decir nada. Luego se dio la vuelta, caminó hacia la puerta y la abrió.

—No tengo tiempo para tonterías.

Y salió.

La puerta se cerró detrás de él con un portazo seco.

Clara se quedó allí, sola. Con el corazón golpeándole las costillas, y las palabras todavía calientes en la boca.

No había gritado. No lo había insultado aunque le habían entrado ganas de hacerlo, pero se había contenido para parecer más civilizada de lo que era en realidad.

Solo había pedido libertad.

Y él la había dejado hablando sola.

Asi es que no le quedó otra que hacer lo que cualquiera en su lugar hubiese pensado hacer, escribirle una carta que no podría ignorar y que seguramente después de leer entendería completamente.

Para el señor Lane, su esposo, en lo legal, su desconocido, en lo esencial:

He decidido ahorrarnos una conversación incómoda y escribirte. No porque no tenga agallas para hablar, sino porque tú has demostrado que solo escuchas al silencio. Así que aquí va, negro sobre blanco:

Quiero el divorcio.

Sé que no te interesa mucho lo que quiero (lo dejaste claro cuando saliste de la habitación como si yo fuera un mueble), pero si algo tenemos en común tú y yo es el deseo de estar solos. Tú, con tus papeles, tus bichos, tus murmullos. Yo, con mi cordura aún intacta (milagrosamente y que cada día a tu lado amenaza con desaparecer).

No hemos consumado el matrimonio. Algo que, entre nosotros, dudo que vayas a lamentar demasiado. Lo cual facilita las cosas para que ambos retomemos nuestras respectivas existencias. Tú podrás seguir amando tus experimentos en paz, sin la amenaza constante de una esposa que quiere hablar, respirar o, peor aún, compartir una cena contigo. Y yo podré evitar convertir esta casa en un mausoleo emocional.

Puedes tomar esto como una oportunidad científica: el estudio de un vínculo humano que no prosperó por absoluta incompatibilidad de especies.

A la espera de tu confirmación, sigo siendo, por poco tiempo, tu esposa según la ley, y tu molestia según tu rostro.

Clara

Y después de que Clara se sintiera más ignorada que nunca, se armó de valor y decidió que aquella carta que había escrito no podía esperar a ser entregada. Bajó las escaleras sin pensarlo dos veces, cruzó el pasillo como si le ardieran los pies y salió al jardín donde se encontraba su esposo después de haber salido de su despacho como un cobarde minutos antes.

Sebastian alzó la vista apenas un segundo desde sus anotaciones, con la pluma todavía en el aire, congelada sobre el papel. Parecía que observaba la copa de un árbol con más atención que la que nunca le había mostrado a ella. Bueno si era sincera con ella misma, sí que le había mostrado atención en dos ocasiones…

—¿Necesitas algo? —preguntó, como si fuera un ama de llaves que lo buscaba por dudas sobre el inventario del sótano.

Clara cruzó el jardín sin responder. Le temblaban las manos, pero el gesto fue limpio y directo: dejó la carta sobre el banco donde él estaba sentado, encima justo de una libreta de notas.

—Solo esto —dijo, mirándolo a los ojos.

Sebastian frunció el ceño al ver el sobre cerrado con lacre.

—¿Qué es?

—Algo que no se puede discutir en medio de la cena ni entre silencios. Léela cuando termines de jugar con tus pajaritos.

Y se marchó. Así, sin una palabra más.

Sebastian bajó lentamente la mirada hacia el sobre. No lo abrió de inmediato. Lo observó, como si sospechara que podía explotar o, peor aún, que contenía una verdad que prefería no escuchar.

Y por primera vez en días, su trabajo quedó olvidado.

Capítulo 20

Sebastian leyó la carta una vez. Luego otra por si se había dejado algo. Y una tercera, por si acaso Clara había decidido esconder alguna palabra secreta entre las líneas para hacerlo más fácil.

No. Nada, no había nada suave en aquellas palabras.

Solo esa declaración directa, cínica y perfectamente clara: quería el divorcio.

—Fantástico —masculló, dejando caer el papel sobre el escritorio como si quemara entre sus dedos.

Su primer pensamiento fue simple: mi madre me decapita si esto ocurriera.

No figuradamente. Literalmente. Con algún cuchillo carnicero. En el desayuno y con testigos.

Porque aceptar ese divorcio no era solo una catástrofe sentimental (aunque tampoco era como si tuviera sentimientos), sino una tragedia financiera.

El testamento de su padre era más rígido que una tabla de mármol. Si perdía a Clara, perdía todo. La casa. Las tierras. El dinero. Hasta la financiación de su investigación. Sus experimentos quedarían reducidos a una pila de papeles cubiertos de polvo en el mejor de los casos, si no es que sus primas terminaban quemándolos para prender la chimenea. Ellos heredarían el patrimonio familiar con sus escandalosos atuendos y sus risitas agudas.

Pero lo peor —lo peor— no era la bancarrota. Ni su madre. Ni los primos. Era Clara.

Sí, porque aunque le había costado reconocerlo, Clara era lo que perdía y era imposible de reemplazar, con sus guantes blancos y sus silencios llenos de enfado.

La Clara que caminaba por los pasillos como si cada baldosa le molestase pisar y por eso golpease el suelo con rabia. Clara, que no podía estarse quieta ni un segundo y que cambiaba de humor con la misma facilidad con la que él cambiaba de microscopio a lupa.

Y, demonios, era tan hermosa. Tan absurdamente hermosa que dolía mirarla. Y lo había hecho. Muchas veces. Con descaro. Con atención. Como quien

estudia una especie alada recién descubierta. Una criatura de otra galaxia. Tan impredecible como una tormenta. Tan fascinante como peligrosa.

Y ahora, estaba dispuesto a perderla.

¿Perderla?

¿No verla más pasear por la galería como si el mundo girase en torno a ella? ¿No escuchar más su forma tan Clara de decir "Sebastian" como si le insultara en otro idioma?

Absurdo.

Estúpido.

Imposible.

—Maldita sea —susurró, dejándose caer en la silla. Se cubrió la cara con las manos, como si así pudiera esconderse de la realidad.

El divorcio no solo significaba ruina.

Significaba ausencia. Y por algún motivo que no quería analizar, eso era infinitamente peor.

La cena no llevaba ni un minuto cuando Clara, alisándose la servilleta sobre el regazo, preguntó con toda la elegancia del mundo:

—¿Has tenido tiempo de leer la carta que te entregué esta tarde?

Sebastian ni alzó la vista del estofado.

—¿Qué carta?

Ella entrecerró los ojos.

Él suspiró y dejó los cubiertos con una calma que ya presagiaba desencadenar la gran tormenta.

—Ah, claro. La carta donde me pedías amablemente que nos divorciáramos —dijo con esa voz suya, gélida y burlona al mismo tiempo.

Clara asintió con la cabeza, tensa, decidida.

Y entonces, él dijo:

—No.

Seco. Sonoro. Inamovible.

Clara parpadeó.

—¿Perdona?

—He dicho que no. —Sebastian levantó una ceja—. Clara, un *Lane* jamás se retracta de sus decisiones. Me casé contigo. Y, te guste o no, eso es lo que hay. Apréndelo. Asúmelo. Vive con lo que te ha tocado.

—¿Así? ¿Como si esto fuera una condena perpetua? —espetó ella, incrédula.

—No exageres. Nadie te ha encadenado a la silla.

—¡Claro que no! —exclamó, perdiendo por fin la compostura—. ¡Tú prefieres jaulas! Eres de esos que creen que pueden meter a una mujer en una jaula, darle alpiste tres veces al día y esperar que cante a tu antojo.

Él se echó hacia atrás, atónito.

—¿Eso piensas? ¿Que te tengo encerrada?

—¿Acaso no es lo que estás haciendo? —bufó Clara—. Me niegas una salida, me ignoras todo el día y ahora me exiges que aprenda a vivir así. Como si eso fuera amor. O respeto. O algo remotamente parecido a un matrimonio.

—¡Clara! —la voz de Sebastian se alzó, más firme que furiosa—. Eres la criatura más escandalosamente libre que he conocido. No hay jaula que te contenga. Paseas por mi casa como si fuera tuya, interrumpes mis jornadas de estudio como si te pagaran por ello, hablas, opinas, gritas, corres, invades cada espacio que ocupo y aún tienes la osadía de decir que estás presa.

—¡Porque lo estoy! —respondió ella, roja de ira—. Porque tú me ves como una molestia que debes soportar y no como una esposa. No quiero ser tolerada, Sebastian. Quiero ser libre.

Él apretó la mandíbula. No había forma de hacerla entrar en razón. Ni una rendija de entendimiento.

Sebastian se levantó con la silla rechinando bajo su peso.

—Esto es absurdo. Buenas noches.

Clara lo siguió con la mirada mientras se alejaba. Sus puños se cerraron. Su pecho subía y bajaba con peligro.

Y entonces lo vio. Miró a la mesa y allí estaba. El mendrugo de pan.

Lo cogió con absoluta decisión. Lo sostuvo como un arma.

—¡Sebastian Lane! —le gritó.

Él se giró justo a tiempo para recibir el impacto certero en la nuca.

—¡A la próxima discúlpate con algo más que tu silencio! —rugió ella.

Él se volvió despacio, más sorprendido que herido, y por primera vez en la noche, no supo qué decir.

Y Clara… se sirvió un poco más de vino. Porque las damas civilizadas siempre brindaban por su puntería.

El pedazo de pan golpeó justo en la base de su cráneo y cayó al suelo sin más, pero con toda la carga simbólica del universo.

Sebastian Lane se quedó quieto. Respiró. Una vez. Dos.

Giró sobre sus talones muy despacio y la miró.

Ella lo observaba desafiante, con los labios tensos y los ojos brillando como dos dagas de acero esperando para ser clavadas en su próximo movimiento.

—¿Has terminado? —preguntó él, con voz grave y pausada.

Clara no respondió. Lo retó en silencio, como si se negara a concederle siquiera el triunfo de un sí.

Él bajó la mirada un segundo hacia el mendrugo en el suelo, luego volvió a alzarla hacia ella. Su ceja izquierda se arqueó con una mezcla de rabia, incredulidad… y un asomo de algo muy peligroso: curiosidad.

Jamás habría pensado que alguien como ella —tan llena de gracia, tan ridículamente bella, tan perfectamente frustrante— tuviera el valor de lanzarle algo a la cabeza dos veces. Pero lo había hecho. Oh, sí. Y con puntería.

—Increíble… —murmuró para sí, y se giró.

No gritó, ni respondió, no recogió el pan.

Simplemente salió del comedor con paso lento y silencioso, y se encerró en su despacho dando un portazo seco.

En su interior, hervía. No por la humillación. Ni por el impacto del pan. Sino porque, maldita sea, acababa de descubrir que su esposa no solo era indomable… sino fascinantemente peligrosa. Impredecible. Y eso lo irritaba casi tanto como lo excitaba.

Capítulo 21

En el comedor, Clara se quedó plantada junto a la silla, con las mejillas encendidas y el corazón disparado por el momento tan increíble que acababa de experimentar.

No sabía si reír, llorar… o prender fuego a las cortinas de la casa con él dentro.

—¡Insufrible! —gritó de pronto, y la única respuesta fue el eco de su propio alarido—. ¡Insoportable! ¡Orgulloso, frío, intransigente!

Arrojó la servilleta al plato, pateó una silla, y se dirigió a su habitación como un torbellino.

Pero no tardó ni diez minutos en calzarse de nuevo, vestirse y colocarse una capa oscura sobre los hombros, y abandonar la residencia para dirigirse, una vez más, a la única persona que parecía tener sentido en su vida: Agatha.

Mientras caminaba con paso decidido bajo la tenue luz de los faroles, Clara murmuraba con los dientes apretados:

—No quiere divorciarse… Pues que se prepare para una guerra. Porque no soy un ruiseñor que cante enjaulado para él. Soy un cuervo. Y tengo muchas cosas que graznar.

Cuando el mayordomo de Agatha abrió la puerta y vio a Clara atravesar la entrada supo en ese momento que se avecinaba tormenta. Tanta que se atrevió a solicitar a las doncellas que les sirvieran brandy en el salón.

—¡Te juro que si me vuelve a hablar como lo hizo esta noche, lo mato! ¡Con mis propias manos, mamá! ¡Lo juro por lo más sagrado!

La madre de Clara estaba allí, sentada con una copa de vino entre los dedos. Ella lejos de alarmarse sonrió con dulzura, como si su hija acabara de confesarle que estaba enamorada por primera vez.

—Ay, cariño —dijo, rodeándola con los brazos en un abrazo cálido—. Hablas como una mujer casada de verdad. ¡Qué bonito suena eso!

—¡No es bonito, es una pesadilla! —bufó Clara, dejando caer la cabeza sobre el hombro de su madre—. Tiene la capacidad de convertir una cena en un fusilamiento con solo una palabra. ¡Una! ¡Y ni siquiera fue una palabra! ¡Fue un "no"! ¡Un miserable "no"!

—¿Qué palabra querías oír? —preguntó la voz seca y perfectamente sincronizada de Agatha desde el fondo del salón.

Clara se giró, alzando la vista justo a tiempo para ver a su amiga de pie, con los brazos cruzados, una ceja en alto y una expresión que gritaba: "Lo sabía".

Agatha esperó. No habló hasta que Clara se separó de su madre, recogió su copa de agua que le acababan de servir para que se tranquilizara, y la miró directamente.

Entonces habló:

—Te lo advertí. Ese hombre no es de los fáciles. No vas a desmontarlo con una cartita y una súplica tuya. Vas a tener que irritarlo, Clara. Hasta el punto en que él mismo quiera mandarse a prisión con tal de no tenerte cerca.

Clara parpadeó.

—¿Quieres que acabe en la cárcel?

—No seas tan literal —resopló Agatha, tomando asiento y metiéndose a la boca un pastelito de la bandeja—. Lo que quiero decir es que tienes que ser lo suficientemente insoportable como para que él desee desaparecer. Las cartas no sirven. Rogar no sirve. Llorar... aún menos.

—¡No he llorado!

—Te creo. Pero lo estás considerando, y eso ya es preocupante.

—¡No estoy considerando nada! Estoy furiosa. Estoy harta. Estoy al borde de la locura. ¡Y tú me estás diciendo que la solución es volverme aún más loca!

—Exactamente —dijo Agatha, masticando con una serenidad pasmosa—. Dale una cucharada de su propia medicina. Vuelve su rutina insoportable. Hazle perder el control. En resumen: conviértete en la pesadilla que él dice que eres.

Clara miró a su madre como buscando una voz más cuerda.

Pero su madre solo asintió lentamente mientras se servía otra copa de vino.

—Agatha tiene razón, querida. Nadie se deshace de una esposa bonita, inteligente y refinada solo porque le lanza un mendrugo de pan. Vas a tener que esforzarte más.

—Perfecto —dijo Clara, dejando la copa con un golpe seco sobre la mesa —. Me estáis animando a volverme completamente inestable.

—No. Solo estamos diciendo —respondió Agatha, alzando su copa—, que si vas a luchar por tu libertad… al menos que sea con buenas armas.

Capítulo 22

Clara besó la frente de su madre con un suspiro cansado y le dedicó a Agatha una mirada que decía me llevaré esto al infierno conmigo.

—Gracias por nada, como siempre —murmuró con una sonrisa torcida.

—Y sin embargo, siempre vuelves, querida —replicó Agatha, alzando su copa en señal de despedida.

Clara salió de la casa envuelta en su abrigo, con la cabeza llena de demasiada información todavía nada clara. Porque sí, ya sabía que tenía que hacerlo todo incómodo a su alrededor, pero la pregunta era cómo.

Y fue mientras avanzaba por las calles oscuras de Londres que tuvo su primera gran idea.

¿Qué es lo más irritante del mundo?

No lo pensó mucho.

No dejarle dormir.

Por supuesto. El silencio nocturno debía de ser sagrado para un hombre como él. Disciplinado. Ordenado. Rutinario. Frío.

Pues bien. Hoy dormiría como lo hace un búho, pensó. ¿No le gustan tanto los pájaros?

El plan se dibujó solo en su mente, como una travesura infantil. Sonrió para sí misma mientras se acomodaba en el asiento y miraba por la ventanilla empañada. Esta vez no se iba a sentar a escribir cartas. Esta vez... actuaría.

Cuando llegó a la residencia, el mayordomo le abrió la puerta sin decir palabra. Clara subió las escaleras con paso ligero y fue directa a sus aposentos para cambiarse de ropa. Nada cómodo. Nada discreto. Se puso una bata de seda, fina como el papel y tan brillante como el pecado, y caminó descalza hasta el dormitorio de su esposo.

La puerta estaba entornada.

Perfecto.

Entró con sigilo. Él ya estaba acostado, con el rostro sereno, la lámpara de aceite apagada y la respiración acompasada. Parecía casi humano cuando dormía.

Clara cruzó la habitación y se sentó en el borde de la cama.

—Sebastian —susurró.

Nada.

—Sebastian —repitió, un poco más fuerte.

Él se removió.

—¿Qué demonios...?

—¿Estás dormido?

—Estaba —dijo con voz rasposa, sin abrir los ojos—. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí —dijo Clara, muy seria—. Me he dado cuenta de que mi cama cruje más del lado izquierdo. ¿Lo habías notado?

Él abrió un ojo.

—¿Clara?

—También pensé que podríamos hablar sobre la carta. No sobre lo que ocurrió en la cena. Solo de la carta de esta tarde. Sigo sintiendo que quedó mucho por decir.

—Clara… son las dos de la mañana.

—Justo, la hora perfecta para los matrimonios disfuncionales. Además —dijo, tumbándose a su lado con teatralidad—, he decidido que quiero dormir a tu lado. Esta noche, y todas las siguientes. Hasta que lo nuestro… funcione. Sí solo me vas a dejar esa opción, creo que sería algo sensato.

Sebastian se irguió sobre el colchón, mirándola con auténtico pavor.

—¿Qué estás tramando?

Clara le sonrió dulcemente.

—Nada. Solo estoy aprendiendo a vivir así, como tú me sugeriste.

Y entonces, empezó a tararear. Una cancioncilla absurda. Algo entre una nana infantil y el canto agudo de un pájaro enloquecido.

Sebastian cerró los ojos con fuerza.

Estaba empezando la guerra. Y ella, por supuesto, tenía toda la ventaja.

—Clara, por el amor de Dios —gruñó Sebastian, medio girado en la cama, con la voz cargada de sueño y frustración—. ¿Puedes callarte de una maldita vez? Mañana tengo un día complicado.

Ella se quedó quieta, fingiendo sorpresa.

—¿Ah, sí?

—Sí. Un investigador de Eton llega temprano. Viene a interesarse por mi proyecto, y necesito estar fresco. Preparado. Mentalmente equilibrado.

—Oh, claro. Equilibrado. —Se llevó una mano al pecho con expresión compungida—. No permitiré que mi presencia desequilibre tu intelecto.

—Gracias —murmuró él, cerrando los ojos, aliviado.

Clara sonrió. Contó hasta veinte.

Y entonces, con voz serena y devota, empezó:

—Dios mío, dame toda tu sabiduría para poder hacer feliz a este hombre. No deseo salud para mí, la deseo para él, para que pueda cuidarme en caso de enfermedad.

Sebastian abrió un ojo.

Ella continuó, con tono aún más sentido:

—O no. Mejor escucha mi oración y si decides enfermarnos a uno, hazlo también con el otro y llévanos a tu enorme cielo… juntos… para siempre.

—No —susurró Sebastian, derrotado.

Se giró con un bufido, apartó los almohadones que tenía a los lados de la cabeza y los apiló sobre sí mismo, ocultando el rostro como si el acolchado pudiese aislarlo del tormento que había traído al lecho.

Clara volvió a esperar unos minutos.

Pacífica. Inocente. Respetuosa.

Y entonces… empezó a cantar.

No muy alto, claro. Solo lo justo para que su esposo creyese que una troupe de ángeles desafinados acababa de tomar su dormitorio como ensayo celestial.

—¡Basta! —gritó él, incorporándose en la cama con los cabellos despeinados y el rostro de alguien al borde del colapso—. ¿Qué demonios estás pretendiendo?

Clara parpadeó con fingida ternura.

—Ser la mujer que soy, sin hacer esfuerzos. Es un ejercicio espiritual. Además —añadió mientras se acomodaba en los cojines con aire soñador—, he decidido que la pastilla que el doctor Martin me recetó de niña es hora de abandonarla.

—¿Pastilla? —repitió Sebastian, helado—. ¿Qué pastilla?

—Oh, una muy bonita. Azul celeste. Me la daban para… tranquilizarme. Decían que era intensa. Pero creo que ha llegado el momento de liberarme de ese yugo. ¡A fin de cuentas, soy una mujer casada!

Sebastian se quedó mirándola sin parpadear.

—¿Te estás diciendo a ti misma que eres una mujer mentalmente desequilibrada… que ha dejado de medicarse?

Clara le sonrió. Dulce. Inquietante. Maravillosamente ambigua.

—Exactamente.

Y con eso, apagó la lámpara de la mesilla con una palmada teatral y se dio la vuelta para dormir… dejando a Sebastian sentado en la cama, con el corazón latiendo como si hubiese estallado una guerra en el centro de su cerebro.

¿Y si me he casado con una loca?

¿Una loca preciosa, brillante e imprevisible… que ha dejado la medicación?

Todas las alarmas en su cabeza se encendieron.

Al mismo tiempo.

Sebastian no supo en qué momento exacto cayó rendido. Solo recordaba la voz de Clara cantando con dramatismo de teatro barato y, después, un abismo de oscuridad. Se había dormido. Milagrosamente. Milagrosamente y *tarde*.

Cuando abrió los ojos, un rayo de sol lo golpeó con saña. Parpadeó. Se incorporó de golpe.

—¡Dios mío, qué hora es! —gruñó, buscando el reloj a tientas.

Eran más de las nueve.

—¡No, no, no! ¡El investigador! —se echó el cabello hacia atrás con desesperación y saltó de la cama como si le hubieran puesto brasas en los pies—. ¡¿Dónde están mis zapatos?!

Corrió escaleras abajo aún en pijama, con el batín colgando de un brazo, con un calcetín puesto y el otro arrastrándose a medio camino.

Cuando llegó al salón, Clara estaba tomando el desayuno con una taza de té en la mano y una sonrisa tan tranquila que le encendió aún más los nervios.

—¡Clara! ¿Dónde está el investigador? ¡Llegaba a las ocho y media!

Ella lo miró con toda la inocencia del mundo.

—Oh, sí, vino. Muy puntual, por cierto. A las ocho y veinticinco ya estaba llamando a la puerta.

—¿Y no subiste a avisarme? —espetó él, con los ojos como platos.

—Claro que no —dijo ella, dando un sorbo al té con elegancia —. Estabas durmiendo.

—¡Pero tenía una reunión!

—Y necesitabas descansar. Le expliqué que últimamente no duermes nada, que pareces estar perdiendo la cabeza por culpa de esos malditos pájaros, como tú los llamas.

Sebastian la miró en silencio, paralizado.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad —respondió ella, como si fuera evidente—. Que últimamente te despiertas sobresaltado, que hablas solo, y que en plena madrugada gritaste algo sobre un jilguero desobediente que no te deja vivir.

—¡¿QUÉ?!

—Y que era nuestra primera noche compartiendo cama. Supuse que entendería que el descanso conyugal era importante.

Sebastian se llevó ambas manos a la cabeza.

—¡Clara, por todos los cielos! Ese hombre puede informar al comité académico, puede vetar mi proyecto, puede decir que estoy mentalmente inestable, ¡puede arruinar mi carrera!

—Pues salió bastante rápido. Parecía... conmovido.

—¿Conmovido?

—O... traumatizado, más bien. No estoy segura.

Sebastian profirió un gruñido que casi no sonó humano.

—¿En qué dirección se fue?

—¿Perdón?

—¡¿EN QUÉ DIRECCIÓN SE FUE?!

—¡Por el sendero de los castaños, creo!

No esperó más. Salió disparado por la puerta, con el batín mal cerrado, el pelo enloquecido y aún sin un zapato. Mientras lo veía correr, Clara tomó otra tostada con toda la parsimonia del mundo y suspiró, satisfecha.

—Qué hombre más nervioso, por Dios.

Una doncella que pasaba por allí la miró de reojo.

—¿Va todo bien, señora?

Clara sonrió con dulzura.

—Perfectamente. Sólo que mi esposo está… digamos… ligeramente agotado.

La criada asintió como quien no quiere meterse en líos, mientras Clara volvía a pensar en su lista mental de *formas irritantes de castigar a un marido testarudo*.

Y aquello apenas era el principio.

Sebastian regresó a casa hecho una furia. Cerró la puerta de un portazo y entró en el salón sin mirar a nadie. Clara, sentada en el diván con un cojín en el regazo y una galleta a medio morder, alzó las cejas con toda la calma del mundo.

—¿Tuviste suerte? —preguntó con una dulzura que habría sonado sincera… de no ser Clara.

Sebastian lanzó una carcajada breve, seca, mientras se pasaba una mano por el rostro.

—Oh, sí. Lo encontré.

—¿Y?

—Y no logré convencerlo de que no estoy loco, lo cual, en su defensa, me parece bastante razonable. —Se giró hacia ella con los ojos encendidos—. Porque no todos los días ve uno a un investigador de Eton toparse con un científico medio descalzo, en pijama y batín, corriendo como alma que lleva el diablo por una calle de Londres.

Clara ladeó la cabeza.

—¿Y se lo explicaste?

—¡Claro que sí! Pero parece que no comprendió *por qué* estaba yo en la calle en pijama. —Sebastian dio un paso más hacia ella—. Tal vez porque es igual de absurdo que *tú* aparecieses anoche en mi alcoba con la estúpida excusa de que querías que esto funcionase, pero te empeñaras en no dejarme dormir ni cinco minutos.

—¡Sebastian!

—No, no, no —levantó una mano, deteniéndola antes de que siguiera—. Tiene perfecto sentido. Querías arruinarme el día. Deliberadamente. Estás jugando a ser un demonio adorable, pero sigues siendo un demonio.

Clara lo miró con la boca entreabierta, indignada.

—¿¡Cómo puedes pensar eso de tu esposa!?

Y de pronto, con teatralidad absoluta, giró la cabeza hacia su derecha, donde no había nadie, y preguntó con tono ofendido:

—¿Tú crees que yo podría hacer algo así?

Sebastian parpadeó.

—¿Estás hablándole al sofá?

—¡Estoy hablando con alguien que me entienda! —replicó ella, ofendida—. Porque, al parecer, a mi esposo le ha dado un ataque de paranoia científica. ¡Por amor de Dios, Sebastian! Sólo quise… que hablásemos, que conectáramos como pareja. Y si no duermes por una noche, tampoco se acaba el mundo.

—No dormir *por una noche* no es el problema —gruñó él, llevándose una mano a la sien—. El problema es que *contaste que era nuestra primera noche compartiendo cama* a un académico de Eton. *A un académico*. ¡¿Te das cuenta de lo que eso implica?!

—¿Que eres un hombre casado y formal? ¿Respetuoso de las normas conyugales?

—¡Que se va a pensar que soy un indecente! ¡O peor aún, que he sido atrapado por una mujer con tendencias... místicas!

—¿¡Místicas!?

—¡Hablabas con Dios! ¡Recitaste oraciones para unir nuestras almas en el cielo!

—Oh, ahora resulta que rezar es de brujas. ¿Vas a denunciarme a la Inquisición también?

—¡No sé qué voy a hacer contigo, Clara!

—¡Yo tampoco, Sebastian! Pero si sigues gritándome, puede que decida volver a cantarte esta noche... y también puede que hasta me atreva con un instrumento de cuerda. A ver si el susto te deja sin voz y sin sueño.

Él se quedó quieto. La miró. Frunció el ceño.

—Tú eres... peligrosa.

—Gracias —sonrió ella, encantadora—. Pero aún no has visto nada.

Sebastian ya estaba a punto de salir de la estancia cuando la escuchó de nuevo.

—¿Tú también crees que soy peligrosa?

Se detuvo en seco. Giró lentamente sobre sus talones y la miró. Clara estaba sentada en el diván, otra vez mirando hacia su derecha con aire muy serio, como si estuviese esperando una respuesta de lo que, a todas luces, era… nada.

—¿Con quién demonios estás hablando ahora?

Clara ni siquiera se inmutó.

—¿Tú y tus pájaros en la cabeza otra vez? —replicó, sin mirarlo—. ¿Acaso no ves la planta?

Lo señaló con el dedo. Una maceta modesta con una higuera enana.

Sebastian parpadeó.

—¿La planta?

—Sí —asintió con solemnidad—. Es un ser vivo. No lo olvides. Tiene raíces, alma y sentido del oído. Me escucha. Y estoy convencida de que algún día podrá hablarnos.

Sebastian se echó las manos a la cabeza con un quejido ahogado.

—Lo que me faltaba.

—Cariño —le sonrió ella con toda la dulzura del mundo—. Si vas a vivir conmigo, tendrás que aceptar a todas las personas importantes de mi vida. Incluso a las que no se mueven.

Él no respondió. Salió directamente por la puerta.

Clara esperó a oír el portazo, suspiró satisfecha… y se volvió hacia la planta.

—No está tan mal, ¿verdad? Solo hay que presionarlo un poco más y acabará por suplicarme el divorcio.

Y como si aquello hubiese sido una conversación completamente real, se levantó y se fue a preparar el desayuno.

Capítulo 23

Residencia de Lady Eleanor Lane

Sebastian entró con paso rápido, desaliñado, todavía con la bufanda mal anudada y el gesto torcido. Su madre estaba sentada junto a la ventana, bordando con la precisión de una cirujana y la paciencia de una santa.

—Madre —dijo sin saludar, sin besarle la mano, sin siquiera mirarla del todo—. Lo he decidido. No puedo más. Voy a divorciarme de Clara.

Lady Eleanor no levantó la vista del bastidor.

—Oh, qué alivio.

—¿Cómo dice?

—Pensé que tardarías más en decirlo. Estaba a punto de preparar mi vestido. Ese que tengo preparado para cuando me entierren.

Sebastian frunció el ceño, confuso.

—¿Entierren?

—Claro, mi vida, debes saber que si te divorcias, moriré, de hambre, como tú. O no. Creo que antes morirás tú, porque yo misma seré la que termine matándote. Porque si crees que puedes librarte de esa muchacha tan encantadora, tan valiente y tan claramente enviada por los cielos para ponerte en tu sitio… entonces sí, me veré obligada a matarte.

Sebastian dejó caer el abrigo sobre el respaldo de un sillón con desesperación.

—¡No la soporto, madre! ¡No duerme, habla sola, canta, reza oraciones absurdas en mitad de la noche, lanza pan durante la cena, conversa con plantas… y cree que son seres vivos con conciencia!

¡Se inventa conversaciones y me hace quedar como un lunático ante hombres influyentes de Eton!

—Ajá —dijo Eleanor, con la misma voz que habría usado para decir *"necesito más hilo azul"*.

—¡Me está volviendo loco!

—Eso es el matrimonio, querido.

—¡No! Esto es la guerra.

Lady Eleanor alzó la mirada por fin, y sus ojos azules, gélidos y elegantes, lo observaron con toda la autoridad de una madre que había criado a un hijo, dos perros y un esposo imposible.

—Escúchame con atención, Sebastian Lane. Si osas divorciarte de esa muchacha, si siquiera lo piensas una vez más, te juro por mi difunto suegro que te haré desear haber nacido en una familia de molineros y no de aristócratas. Ella es la única mujer en kilómetros a la redonda que tiene el carácter, la paciencia y el valor de convivir contigo. Si la dejas ir, lo único que te quedará es una casa silenciosa, fría… y vacía.

—Lo prefiero —gruñó él.

—¿De verdad?

—¡Sí!

Lady Eleanor volvió al bordado.

—Entonces prepárate para compartir esa casa vacía con tus primos los Forester. Porque como tú bien sabes, el testamento de tu padre es claro: si no en algún momento se te ocurriera divorciarte, todo les será transferido.

Sebastian palideció.

—¿Y si la abandono?

—¿Acaso no crees que tu padre ya había pensado en eso? No sé qué demonios tienes dentro de esa cabecita…—soltó una risita—. Me temo que siempre has subestimado a tu padre, nunca fue fácil de engañar.

Sebastian se desplomó en el sillón como si le hubieran disparado con una flecha. Sentía frustración.

—¿Entonces qué hago?

—La aguantas. Como hizo tu padre conmigo. Y si eres listo, terminas por enamorarte. Porque te aseguro, Sebastian, que si no lo

haces… ella te va a volver loco. Pero si lo haces… también.

—¡Madre!

—Ah, calla ya. ¿Quieres un té?

—Sí —murmuró él, completamente vencido.

Y Lady Eleanor sonrió por primera vez en la tarde.

Sebastian regresó a su casa tres horas más tarde.

Abrió la puerta con un suspiro contenido. Había tenido un día infernal. Se moría por un poco de paz, un sillón cómodo y tal vez un whisky doble. Y hasta incluso se permitiera cerrar los ojos un poco.

Pero lo primero que notó fue el salón.

O más bien, lo que *quedaba* del salón.

—¿Qué…? —murmuró, mirando alrededor con creciente incredulidad.

Los retratos familiares ya no estaban alineados sobre la chimenea. Ahora, lord Alfred miraba melancólicamente desde una esquina, mientras la tía Marguerite parecía estar aislada en el extremo opuesto del salón, como castigada.

—¿Dónde demonios está el retrato del abuelo Frederick?

—Arriba, en el pasillo del ala este —respondió Clara, que apareció por detrás como un hada demasiado entusiasta—. Se peleaban mucho con tía Marguerite. No podía seguir permitiendo que se mirasen con ese rencor. Necesitaban… distancia emocional.

Sebastian se giró muy despacio hacia ella.

—¿Estás diciendo que los separaste porque los retratos *no se llevaban bien*?

—Exacto. Hay una tensión insoportable entre ellos.

Antes de que pudiera contestar, escuchó algo.

Un sonido. Un gorgoteo… ¿un murmullo?

Frunció el ceño y se acercó al baño del piso inferior. Abrió la puerta… y allí estaba el retrato de su tía abuela Ernestina. Sentada. Mirándolo fijamente.

—¡Por todos los cielos! —gritó, cerrando la puerta de golpe.

—¡No puedes poner a mi tía Ernestina en el baño! ¡Está muerta!

Clara asomó la cabeza con expresión ofendida.

—Es solo su retrato a tamaño real. No es como si fuera ella.

—¡Me sentiré que me mira mientras micciono!

—Ay, Sebastian, qué que poco familiar eres. Es tu tía.

Él se llevó una mano a la frente.

—Por el amor de Dios, Clara… ¿qué has hecho?

Clara bajó la cabeza, como si de pronto se sintiera culpable.

—Solo intentaba que esta casa se sintiera como un hogar para los dos…

Sebastian suspiró. Le costaba mantenerse firme cuando ella ponía ese tono de niña arrepentida.

—Está bien… está bien. Deja los cambios por el momento. No más retratos movidos. No más tías muertas en el baño.

—Gracias —murmuró ella con dulzura.

Pero la paz duró exactamente lo que tardó en llegar a su despacho.

Abrió la puerta. Y se detuvo.

Cojines rosas. Docenas de ellos. Encajes. Cortinas nuevas en un tono rosado pastel con brillos. Y en el centro del escritorio… un ramo de flores multicolor con una tarjeta que decía: "Para animarte mientras trabajas".

Sebastian salió de la habitación como un toro a punto de embestir.

—¡CLARA!

La encontró en el pasillo. Dando vueltas. Literalmente. Sobre sí misma. Con los brazos extendidos como una bailarina ebria.

—¡¿Qué estás haciendo ahora?!

—Estoy probando el equilibrio de mi eje central. Creo que si doy diecisiete vueltas exactas y me detengo justo cuando lo diga mi cuerpo…

—¡CLARA!

Ella no llegó a responder. Dio una última vuelta más… y tropezó.

Sebastian reaccionó por instinto. La atrapó justo antes de que su cuerpo impactara contra el suelo.

Quedaron así, inmóviles. Ella con la cabeza en su pecho, él con el corazón desbocado, preguntándose por qué, a pesar de todo, su primer impulso había sido salvarla.

Clara, sin abrir los ojos, susurró:

—¿Ves? Sabía que me atraparías.

—Estoy empezando a pensar que todo esto es parte de un plan. Para volverme completamente loco.

Ella sonrió, ya con los ojos cerrados.

—¿Y si lo es?

Él no respondió. Solo la sostuvo un segundo más… y luego murmuró:

—No más cojines rosas, por favor.

—Pero los lilas… —dijo ella, débilmente.

Sebastian cerró los ojos. Iba a necesitar más whisky del que había imaginado.

Ya para el final de la tarde, la casa estaba, por fin, en silencio. Un silencio tan inesperado como bienvenido.

Clara se había refugiado en la biblioteca desde hacía más de una hora. Leía —o fingía leer— sentada junto a la ventana, con el cabello recogidos en un moño flojo y el vestido ligeramente arrugado, como si hasta su ropa compartiera el agotamiento.

Sebastian apareció en la puerta, un poco más aliviado que esa mañana. Al verla tan tranquila, tan… normal, algo en su interior se relajó.

—Me atrevería a decir que has recuperado la razón —comentó, cruzando los brazos.

Clara alzó la vista sin sonreír. Solo asintió con la cabeza. No tenía fuerzas para mentir en voz alta.

—Me alegra. —Él se acercó un poco más—. Porque esta noche vienen a cenar el señor Taylor y su esposa Justine. Lo he conseguido por fin. Fue mi compañero en Eton, es investigador de reputación sólida. Necesito su ayuda para que el caballero que salió asustado de aquí retome mi proyecto.

Clara cerró el libro lentamente, sin decir una palabra.

—¿Has entendido lo que he dicho?

—Sí —respondió con voz neutra.

—Perfecto. —Sebastian sonrió, satisfecho—. Será una velada tranquila. Necesito que estés… lo más normal posible.

Clara volvió a asentir.

Y eso debió haber sido suficiente. Pero no lo fue.

La cena estaba servida. El mayordomo había acomodado a los invitados con pulcritud, y los criados se movían con eficiencia.

El señor Taylor, un hombre de bigote extravagante y expresión inquisitiva, observaba el mobiliario mientras su esposa, una dama delgada y nerviosa, se sentaba con el porte rígido de quien teme mancharse con el mundo.

—Un lugar encantador —dijo Justine, forzando una sonrisa.

Sebastian estaba a punto de responder cuando, de repente, un grito desgarrador rompió el ambiente:

—¡Cogedlo! ¡Ayudadme, se me ha escapado!

Clara irrumpió en el salón como una ráfaga de viento trastornado. Iba descalza, con la falda recogida en una mano y la otra extendida como si tratara de atrapar un rayo invisible.

—¡Ahhhhhhhh! —gritó Justine, trepando a la silla más cercana como una ardilla espantada—. ¿Qué es eso? ¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ocurre, señora Lane? —preguntó el señor Taylor, retrocediendo con el ceño fruncido.

Clara se detuvo bruscamente frente a la chimenea, jadeando.

—¿¡Cómo que qué ocurre!? ¡¿Es que no lo ven?! ¡Ahí! ¡A la izquierda de la silla! ¡Ese cerdo está mordiendo la pata! ¡Agárrelo! ¡Agárrelo fuerte!

Justine chilló como si el mismísimo diablo se hubiera materializado bajo su vestido. Sebastian, en la esquina del salón, se cubrió la cara con ambas manos.

—No puede ser real —murmuró—. No puede estar haciendo esto…

Taylor se acercó un paso, luego se detuvo. Miró al espacio vacío que Clara señalaba con tanta vehemencia. No había nada. Ni un rastro de cerdo. Ni un chillido. Ni una huella de barro.

Solo el vacío más absoluto.

—¿Está segura, señora Lane? —preguntó con una mezcla de incredulidad y preocupación.

—¡Claro que estoy segura! ¡Mírelo! ¡Tiene ojos pequeños y crueles! ¡Me está desafiando!

Taylor se volvió lentamente hacia Sebastian.

—Mi querido amigo… ¿cuánto hace que… esto… sucede?

Sebastian, que parecía a punto de evaporarse, murmuró:

—Desde que nos casamos. Hace pocos días.

Taylor asintió, grave. Luego, sin más palabras, ayudó a su esposa a bajarse de la silla, se dirigió a la entrada y se despidió con cortesía gélida.

—Mi recomendación —dijo en tono profesional—: busque ayuda médica. Lo antes posible. Psiquiatra, boticario, exorcista… lo que sea más eficaz.

—Gracias —murmuró Sebastian, sin fuerzas para detenerlos.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Sebastian se giró lentamente hacia Clara, que en ese momento estaba tranquilamente enderezando los cojines del sofá, como si nada hubiera pasado.

—¿Un cerdo, Clara? ¿Un cerdo mordiendo la pata de una silla?

—Lo he visto, estaba ahí mismo. Pero desapareció.

Sebastian caminó hacia el mueble-bar, sirvió dos dedos de whisky y los bebió de un solo trago. Luego la miró con la mirada perdida.

—Esto no es vida. Esto es un infierno.

Clara sonrió dulcemente.

—¿Ves? Ahora no vendrán más invitados. Te hice un favor. Puedes entrar en tu despacho y trabajar sin molestias.

Él se dejó caer en el sofá.

—Estoy casado con una lunática.

—Ya veo el respeto que me tienes. Yo no estoy loca —corrigió ella—. Además, si tanto odias estar casado conmigo… siempre

puedes divorciarte de mí.

Capítulo 24

A la mañana siguiente de la aparición del cerdo.

Sebastian no había pegado ojo. Su esposa era una criatura infernal disfrazada de flor silvestre. Pero no más. No más.

Sentado en su despacho, con un café en la mano y el ceño tan fruncido que podría usarse como abrelatas, escribió una nota breve y urgentemente la hizo llegar a su destino.

Doctor Aldridge, solicito su visita inmediata. Mi esposa ha perdido el juicio. Es grave.

S. Lane.

Horas más tarde… en la casa Lane.

—Doctor Aldridge, bienvenido —dijo Sebastian abriendo la puerta con urgencia poco disimulada—. Gracias por venir tan rápido.

—Por supuesto, señor Lane. ¿Dónde está la paciente?

—En el salón. Pero… le advierto que es posible que intente disimular.

—¿Delirios de persecución? —preguntó el médico, sacando ya su cuaderno.

—Delirios, histeria, alucinaciones y lo que usted quiera añadirle. Anoche vio como un cerdo invisible atacó una silla, y gritó como si estuviera en una ópera.

—Interesante…

Ambos cruzaron el recibidor y se dirigieron al salón.

Allí estaba Clara.

Sentada con una taza de té entre las manos, leyendo un libro de poesía con la compostura de una institutriz suiza.

Llevaba un vestido azul claro, modesto, el cabello trenzado con delicadeza, y una expresión de calma bendita.

—Querido —dijo al verlo—. ¿No vas a presentarme a tu amigo?

Sebastian parpadeó. Dos veces.

—Este es el Doctor Aldridge. Ha venido a… verte.

—¿Verme? ¿Estoy enferma? —Clara frunció el ceño con preocupación y miró al doctor—. ¿Qué ha dicho mi esposo sobre mí, doctor?

—Que anoche usted... tuvo una experiencia confusa con un animal.

Clara soltó una risa suave, encantadora.

—¡Oh, querido mío! —dijo, dirigiéndose a Sebastian—. ¿Todavía con eso? Sabes que hablaba de un juguete. Mi primita dejó un cerdito de peluche. Pero claro, como tú siempre estás tan alterado…

El doctor levantó una ceja.

—¿Alterado, dice usted?

Clara suspiró con aire resignado y se inclinó hacia el doctor.

—Doctor, ¿podría hablar con usted a solas? Si es posible.

—Por supuesto.

—¡¿Cómo que a solas?! —protestó Sebastian—. ¡La enferma es ella!

—Solo serán unos minutos, señor Lane —dijo el doctor con firmeza.

Sebastian salió del salón refunfuñando.

En cuanto la puerta se cerró, Clara se volvió al doctor con seriedad en su rostro.

—Doctor Aldridge. Lamento mucho que lo hayan hecho venir. Pero aprovechando que ya está en casa, le diré que, la verdad es… que estoy profundamente preocupada por mi esposo.

El médico parpadeó.

—¿Por su esposo?

—Sí. Desde hace días dice cosas incoherentes. Se queja de que los cuadros de su familia "le miran mal", habla solo en su despacho… anoche, sin ir más lejos, él creyó que yo estaba persiguiendo un cerdo. Se inventa cosas extrañas.

—Pero su marido me dijo que fue usted…

—¿Y usted le creyó? —preguntó Clara, ladeando un poco la cabeza—. ¿No ha notado que no para de parpadear? ¿Ese tic en el ojo derecho? ¿Su lenguaje corporal tenso? Claros signos de estrés crónico con posibles episodios de... no recuerdo como lo llaman.

El doctor empezó a tomar notas.

—Ajá… histeria.

—También ha desarrollado manías. Me ha prohibido hablar con las plantas.

—¿Con las plantas?

—Dicen que es una tontería. Pero las plantas son seres vivos. Y si se les habla bien, florecen. Él… simplemente no lo comprende. Ha perdido la capacidad de conectar.

—¿Y ha mostrado agresividad?

Clara bajó la mirada.

—No físicamente… pero me grita por los cojines. Los cojines, doctor. ¿Le parece normal?

—Desde luego no suena sano…

En ese momento, Sebastian irrumpió en el salón.

—¿Ya ha terminado? Porque quiero decirle al doctor que te pasaste dando vueltas sobre ti misma hasta casi caer al suelo.

—¡Ejercicio, doctor! El cuerpo entero se relaja en movimiento. La señora Lovett me lo recomendó. Él simplemente no entiende mi necesidad de canalizar la energía.

—¡Estás loca! —gritó Sebastian—. ¡Loca!

El doctor lo miró con preocupación.

—Señor Lane, ¿con qué frecuencia se siente usted fuera de control?

—¡Yo no estoy fuera de control! ¡Ella es la que...!

—¿Se siente amenazado?

—¡POR ELLA Y SUS COJINES! —gritó Sebastian, fuera de sí —. ¡¡LLENA MI DESPACHO DE COJINES ROSAS!!

Clara dio un saltito en el sillón, asustada, y empezó a llorar silenciosamente. Evidentemente era puro teatro.

El doctor se levantó de inmediato.

—Señor Lane, creo que necesitamos tener una conversación más profunda… usted y yo.

—¿Qué? —Sebastian estaba pálido—. ¿Yo?

—Sí. Usted está manifestando síntomas que no debemos pasar por alto. Le recomendaré un par de sesiones para hacer un diagnóstico completo. Y… un poco de descanso. Le vendría bien.

Clara asintió tímidamente.

—Sí, doctor. A veces lo escucho hablar en sueños. Con los retratos familiares. Discute con su bisabuelo. Me preocupa…

—¡Eso no es cierto!

—Lo tengo anotado —dijo Clara, sacando una libreta diminuta del bolsillo.

Sebastian se dejó caer en un sillón, abatido.

Clara alzó la mirada hacia el doctor.

—Muchas gracias por venir, doctor. Ha sido de gran ayuda.

El doctor se inclinó hacia ella con una sonrisa afable.

—Y usted, señora Lane, que es una mujer excepcionalmente sensata, cuídelo.

Clara sonrió. Triunfal.

Cuando el médico se marchó, Sebastian seguía en el sillón, inmóvil.

—Acabas… de convencer al doctor de que yo soy el enfermo.

—Lo eres, cariño. Pero yo te cuidaré. Hasta que mejores. No te preocupes. O hasta que mueras —dijo con una seriedad impostada que hizo que Sebastián sintiera un escalofrío por todo su cuerpo.

Y salió del salón flotando sobre sus pies, como si no pesara más que una hoja en primavera.

La señora Lane nunca llegaba sin anunciarse. Pero ese día, una intuición maternal la llevó hasta la casa de su hijo sin previo aviso.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la propiedad, Clara ya estaba en la puerta, impecable y serena, como si la esperara desde hacía horas.

—¡Madre Lane! —exclamó con una sonrisa cálida—. Qué alegría verla. Pase, por favor.

La señora Lane parpadeó. *¿Clara la había llamado "madre"?*

—Yo… pensé sorprenderos. No esperaba que estuvieras tan… arreglada, querida.

—Oh, es mi costumbre. El hogar se sostiene sobre pequeños rituales, ¿sabe? El té de las cinco, una mesa bien puesta, el aroma de lavanda en los cojines…

La señora Lane entró en el vestíbulo oliendo precisamente a lavanda. Todo estaba pulcro, ordenado, casi *demasiado* perfecto.

Clara la condujo al salón.

—¿Puedo ofrecerle un té de jazmín? Es muy relajante. Aunque si prefiere algo más fuerte, también tengo coñac del bueno —le guiñó un ojo—. Sebastián lo guarda para visitas importantes.

—Té está bien, querida. —La señora Lane la observaba con creciente confusión.

Clara sirvió el té con la elegancia de una anfitriona entrenada en la corte. Sonriente, atenta, conversadora.

—¿Y cómo está su salud? ¿Las jaquecas? —preguntó Clara con dulzura—. Leí que las infusiones de melisa ayudan mucho.

—Muy amable por preguntar. Estoy bien. Pero dime tú… ¿cómo estás?

—Feliz. Aunque preocupada por Sebastián. Trabaja tanto, día y noche, encerrado con sus manuscritos, sus pájaros disecados y esas extrañas cartas. Apenas tiene tiempo para respirar.

—¿No os dedicáis tiempo el uno al otro?

Clara bajó la mirada con tristeza muy bien calculada.

—Lo intento. Incluso he pensado en formar una familia. Ya sabe… tener hijos. Pero no sé si él desea lo mismo. A veces lo escucho murmurar que los niños hacen demasiado ruido.

La señora Lane dejó la taza de té en el platillo.

—¿Hijos? ¿Habéis hablado de eso?

—Lo insinué. Él gruñó. Pero quizá fue un gruñido de entusiasmo. —Clara rio bajito—. Ya sabe cómo es.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe. Sebastian entró con el pelo revuelto y la mirada paranoica.

—¡Madre! ¿Qué haces aquí?

—Tu esposa me ha recibido con la mayor dulzura del mundo —respondió la señora Lane—. Y estoy preocupada por ti, hijo. Me han dicho que pasas horas obsesionado con tus investigaciones. Clara está aquí sola, esperándote todo el día.

Sebastian giró el cuello lentamente hacia Clara. Ella le sonrió. Ángel y demonio en un mismo rostro.

—¿Tú… tú le has dicho eso?

—Le he dicho la verdad —respondió ella con voz melosa—. Que estás muy entregado a tu trabajo, nada más.

—¡Madre, no la escuches! ¡Te está engañando! Es una lunática. ¡No me deja dormir por las noches, canta melodías enteras mientras se baña, persigue animales imaginarios por el salón, hace que mis visitas salgan huyendo! ¡Habla con las plantas y ha colgado los cuadros al revés!

La señora Lane se lo quedó mirando, entre escandalizada y desconcertada. Volvió la vista a los cuadros que había en el salón, y no vio nada extraño en ellos.

—Sebastian…

—¡Y si no me crees, ven conmigo! ¡Ven a ver lo que ha hecho con mi despacho!

La tomó de la mano y la arrastró pasillo abajo.

—Te lo mostraré, serán tus propios ojos quien lo vea. Vas a ver los cojines rosas, el florero amarillo, el retrato de mi tatarabuelo Lane en una pared ridículamente colocado hacia abajo…

Empujó la puerta.

El despacho estaba... impecable.

Los libros perfectamente ordenados. Las cortinas originales, oscuras y sobrias. Ni rastro de colores estridentes, ni flores, ni cojines. Solo el despacho de un caballero inglés respetable.

Sebastian parpadeó. Tres veces.

—Pero… ¡aquí había… ! ¡Y un jarrón chino con plumas de pavo real! ¡Madre, te juro que…!

—Sebastian —dijo su madre, bajando la voz—. Escúchame bien: esta mujer se desvive por ti, quiere hijos, y tú te estás quejando por todo. ¿No te das cuenta de lo que estás haciendo? Deberías descansar.

Clara apareció detrás con cara de preocupación.

—¿Todo bien?

Sebastian se volvió hacia ella como un lobo acorralado.

—¿Dónde están los cojines?

—¿Qué cojines, querido?

—Los del despacho.

—¿Estás seguro de que estaban aquí?

La señora Lane suspiró con firmeza y le dio una palmadita al hijo en el hombro.

—Hijo mío… estás agotado. Lo mejor será que te tomes un descanso. Un día entero sin libros, sin aves disecadas, sin... alucinaciones.

Sebastian apretó los puños.

Clara solo sonrió.

—¿Te preparo un baño, querido?

Sebastian cerró los ojos. Respiró hondo.

Y supo que estaba atrapado.

Capítulo 25

—¡Cierra la puerta! —ordenó Sebastian con voz baja.

David, su ayuda de cámara, obedeció al instante. Entró en el despacho, donde Sebastian caminaba de un lado a otro como un animal acorralado.

—David, necesito saber la verdad. Toda. Sin filtros.

—Sí, señor —asintió David, tensando los hombros.

—¿Dónde están los malditos cojines rosas que cubrían este despacho ayer por la mañana?

David tragó saliva.

—Yo… eh… los he llevado al desván, señor.

—¡Lo sabía! —Sebastian señaló con dramatismo la estantería —. ¿Y las flores? ¿Y la figurita de porcelana rosa?

—Eh… también al desván. Me lo pidió la señora Lane.

Sebastian se llevó las manos al pelo.

—¡Lo ves! ¡Te lo dije! ¡Está manipulando la realidad, David! ¡Manipulándome a mí! Ha convertido esta casa en una obra de teatro donde solo ella conoce el guion. ¡Y todos caen rendidos ante su actuación!

David parpadeó con torpeza.

—Yo… no sabría decir, señor.

—¡Vamos, David! Me conoces desde la universidad. Compartimos cinco meses de malaria en Sicilia. ¿De verdad crees que estoy loco? ¿No ves que es ella que quiere pretender que lo parezca?

David dudó. Lo dudó durante demasiado tiempo.

—Eh… no completamente, señor.

—¡No completamente! ¡Perfecto! —Sebastian comenzó a reírse, pero no era una risa sana.

David se acercó con cautela.

—Señor… con todo respeto… la señora Lane es muy convincente. Y... encantadora. El personal la adora.

—¡Porque les compra galletas y les pregunta por el nombre de sus familiares!

—Bueno, eso sí es cierto. A mí me preguntó por mi tortuga Basilio.

—¡Porque sabe cómo ganar terreno! Me ha robado la casa, me ha robado a mi madre… ¡y ahora te está robando a ti!

David carraspeó.

—Señor… ¿no sería más fácil simplemente hablar con ella?

—¡¿Hablar con ella?! ¿Tú has intentado razonar con un vendaval disfrazado de mujer? Cada vez que abro la boca, ella ya ha tejido una nueva versión de la realidad. ¡Y yo parezco un lunático frente a todo el mundo!

—Quizá… —dijo David en voz baja, con cierto temor— quizá lo que quiere es eso. Que usted pierda los estribos, para que nadie le crea.

Sebastian se detuvo en seco.

—¿Lo ves? ¡Tú lo entiendes! —Le agarró de los hombros—. ¡Eres mi única esperanza, David! Necesito pruebas. Necesito que alguien más la vea. Que vea lo que hace cuando cree que nadie la mira. ¡Tienes que vigilarla!

David tragó saliva con incomodidad.

—¿Vigilar a su esposa, señor?

—¡Sí! Pero con astucia. Nada de espiar detrás de las cortinas como un idiota. Gánate su confianza. Finge estar de su parte. Ella confía en ti, ¿verdad?

—Bueno… la señora me ofreció enseñarme a preparar pastel de zanahoria con nueces. Dijo que yo "tenía manos de repostero".

Sebastian lo fulminó con la mirada.

—Ya está en tu cabeza.

—Un poco, señor.

Sebastian respiró hondo.

—Escucha bien: quiero que tomes nota de todo. Todo lo que diga, haga, cante o decore. Quiero fechas, horas y colores de los

cojines. Si vuelve a colocar ese jarrón con plumas, lo documentas. Si vuelve a liberar un animal imaginario en el comedor, lo dibujas.

—¿Lo dibujo, señor?

—¡Sí! ¡Haz bocetos si hace falta! Y si un día llego a casa con la sensación de que todo es normal… ¡tú serás mi prueba de que no lo es!

David asintió despacio, como quien acepta una misión.

—Muy bien, señor. Haré mi mejor esfuerzo. Pero… si me ofrece galletas, ¿puedo aceptar una?

—*No más de una*. Y que sepas que con cada una te intenta manipular.

—Anotado, señor.

Sebastian lo miró con determinación.

—Empieza hoy mismo. Que no se te escape *nada*. Ni una sonrisa, ni una mirada dulce, ni un comentario fuera de lugar.

David se tensó.

—¿Y qué hay del tema de los niños, señor?

—Dios santo, David. ¿Ahora también quiere tener hijos?

David abrió mucho los ojos.

—Ya tiene nombres pensados

—¡No sé qué va a ser de mí! ¡Pero si un día la escuchas hablarle a una pared como si fuera su hijo… entonces corre a avisarme!

David asintió solemnemente, aunque por dentro empezaba a preguntarse si en efecto el problema estaba en la señora Lane... o en el señor.

—Sí, señor.

—Bien. Puedes retirarte. Y recuerda: si te pregunta de qué lado estás…

—Diré que me encantan los cojines rosas, señor.

—Exactamente.

David caminaba con paso natural por el pasillo de la planta baja, llevaba una libretita de notas escondida en el interior de su chaqueta. Llevaba apuntadas tres cosas: Anotar las horas en las que

quita o pone los cojines en el despacho. Cuando recolecta las flores. Estar atento a sus canciones por si usaba metáforas escondidas.

Cuando llegó frente al salón, respiró hondo. Estaba solo. O eso creía.

—¿Buscas algo, David?

La voz surgió de la nada.

David dio un salto y casi se le sale la libretita del bolsillo. Clara estaba allí, sentada con total naturalidad en el respaldo del sofá, como si fuera lo más lógico del mundo.

—¡Ah! Señora Lane… yo… no, solo estaba… eh… supervisando las alfombras.

—¿Supervisándolas? —Clara alzó una ceja mientras descendía del sofá con elegancia—. ¿Esperan alguna inspección real de alfombras y no me han avisado?

—No, claro que no, señora. Sería… inapropiado. Quiero decir… no es una inspección. Es solo… rutina.

Clara lo miró fijamente unos segundos. David sintió que sudaba. Y se echó la mano al bolsillo para sacar un pañuelo y secar su frente. Y sin darse cuenta la libreta asomó por su bolsillo.

—¿Llevas un cuadernillo ahí dentro?

—¿Cuadernillo? ¿Yo? No… bueno… sí, pero es para mis… anotaciones personales.

Clara sonrió con toda la dulzura del mundo.

—¿Puedo verlo?

—Preferiría que no, señora.

—¿Y por qué no?

—Porque son… dibujos. Horribles dibujos. Me daría vergüenza.

—Oh, por favor. Me encantan los dibujos horribles.

David se rindió. Sacó el bloc y se lo tendió con resignación.

Clara hojeó las notas mientras murmuraba:

—"La señora Lane tararea mientras ordena servilletas"… "Ha colocado las cucharillas en orden inverso"… "Sonrió con aire sospechoso cuando el señor apareció en el salón"… —Levantó la vista y le dedicó una mirada divertida—. David… ¿Sebastian te pidió que me espiaras?

David tragó saliva. Mucha.

—Señora Lane… le ruego que no se lo tome a mal. Solo quiere saber qué ocurre realmente. Dice que usted está intentando volverlo loco.

Clara fingió espanto.

—¿Yo? ¡Qué barbaridad! ¿Quién en su sano juicio querría eso? —Se llevó una mano al pecho—. ¿Y tú lo crees, David?

David se sintió como un ratón ante una leona. Una leona con perfume floral y sonrisa desarmante.

—Yo… no lo sé, señora. Usted parece encantadora. Aunque… el cerdo invisible fue un poco alarmante.

Clara se rio suavemente.

—Oh, eso. No vi nada, solo me pareció divertido y ya está. Esas personas que habían llegado eran demasiado serias y aburridas.

—Ah, claro.

Ella se acercó un paso más.

—Escúchame bien, querido David. A veces las personas muy inteligentes como tu señor Sebastian… se creen tan racionales que se olvidan de vivir. Yo solo estoy ayudándolo. ¿Entiendes?

David asintió, sin entender absolutamente nada.

—Muy bien —dijo Clara, devolviéndole su libreta—. Puedes seguir apuntando… pero te propongo algo.

—¿Qué, señora?

—A partir de hoy, tú me informarás también de él. Qué hace, qué dice, si vuelve a mover los cuadros o a poner libros de aves en mi mesita de noche. No me fío ni un pelo de sus planes.

—¿Informarle… a usted?

—Exacto. Serás un espía doble. Es mucho más divertido. Y te prometo pastel de nuez y zanahoria cada viernes.

David pestañeó. Eso sí que era una oferta tentadora.

—¿Y… si él me pregunta?

—Le dices que estás ganándome la confianza. Como hizo Judas, ¿no?

—¿Señora Lane?

—¡Es una broma, David! —le guiñó un ojo—. Aunque no del todo.

David suspiró.

—¿Tengo opción a negarme?

—Ninguna —dijo ella, radiante.

En ese momento, desde el piso de arriba se escuchó la voz de Sebastian:

—¡David! ¿Dónde estás?

David miró a Clara, luego al techo, y luego al cuadernillo que apretaba entre los dedos.

—En el salón, señor —dijo en voz alta—. Supervisando… las alfombras.

Y Clara, mientras él se alejaba, silbó bajito.

Capítulo 26

Sebastián irrumpió en el salón con paso firme, con la expresión de quien está harto hasta el último hilo del chaleco. No respiró siquiera antes de hablar. Clara, sentada sobre el sofá como una musa griega —una con túnica de lino blanco y una diadema de flores falsas que brillaban al sol— lo miró alzando un poco las cejas.

—Muy buenas tardes, esposo —dijo, cruzando las piernas con delicadeza felina.

Sebastián no perdió tiempo.

—Sé lo que pretendes —dijo él con la voz tensa—. No soy idiota, Clara. Así que no te confundas: estoy preparado para cualquier cosa que intentes. Todo.

Ella parpadeó con lentitud, como si le costara comprender sus palabras. Luego se llevó una mano al pecho, ofendida.

—¿Qué estás insinuando, amor mío?

—Que me quieres desquiciar —resopló—. Que estás llevando a cabo una campaña sistemática para empujarme al borde de la locura y así conseguir lo que quieres.

—¿Y qué es lo que quiero, según tú?

—El divorcio —espetó, sin dudar.

Clara ahogó un suspiro dramático y se levantó como si el peso de su decepción fuese demasiado para sostenerlo sentada.

—¡Sebastián Lane! ¿Cómo puedes pensar algo tan bajo de mí? —exclamó—. ¡Yo estoy entregada a este matrimonio! ¿Acaso no lo ves? ¿No ves todo lo que me esfuerzo? ¿No ves cómo intento adaptarme a tu… peculiar estilo de vida? Yo, que no sabía distinguir un cuervo de un halcón, ¡y ahora comparto techo con tus aves disecadas!

—Todas mis aves no están disecadas, Clara —gruñó él—. Algunas están vivas.

—¡Eso mismo! ¡Y aun así me esfuerzo! ¡Mira cuánto he cedido!

—¿Has cedido? —repitió él, alzando una ceja—. ¿Eso fue ceder? ¿Gritar por un cerdo inexistente? ¿Cambiar de lugar los cuadros del salón porque, según tú, "no se llevaban bien entre ellos"? ¿Hacer que el doctor pensara que *yo* era el que necesitaba tratamiento?

—Yo sólo conté lo que veía. No tengo la culpa si tú… bueno, si tú estás un poquito tenso últimamente.

Sebastián inspiró hondo, cerrando los ojos por un segundo.

—Te advierto, Clara. Estoy aguantando. Estoy resistiendo más de lo que cualquier hombre sensato debería. Pero si crees que voy a darte el divorcio, estás equivocada. No pienso rendirme tan fácilmente.

Ella lo observó unos segundos, con una expresión indescifrable. Luego se encogió de hombros, sonriente, como si el asunto no le quitara el sueño.

—Oh, querido, te confundes si crees que quiero separarme de ti.

—No me hagas perder más tiempo.

—Entonces no lo pierdas —replicó con suavidad, volviendo a sentarse—. Pero si necesitas gritar un poco más, aquí estaré. Puedo fingir estar ofendida otra vez, si te ayuda a liberar tensión.

Él giró sobre sus talones, conteniéndose por los pelos de estampar la puerta.

Mientras se alejaba por el pasillo, con los nudillos blancos de apretar los puños, Clara se recostó de lado, se cubrió con un chal fino de seda y dijo para sí misma:

—Primera batalla: empate.

Y se quedó allí, sonriendo como una esfinge satisfecha.

Capítulo 27

Sebastián pensaba que nada podía sorprenderlo ya. Llevaba días sobreviviendo a la locura orquestada por su esposa, quien parecía empeñada en convertir su vida en un circo. Pero esa mañana, mientras desayunaba en su estudio con la vaga esperanza de paz, David irrumpió pálido como un papel.

—Señor... hay una situación que creo que debería de ver, en el jardín delantero.

—¿Continúa hablando con las plantas?

—No, señor. Esta vez... ha convocado a la *S*ociedad para la Conservación Histórica de Mayfair. Creí que estaba al tanto.

Sebastián se quedó helado.

—¿Clara ha organizado una reunión con la sociedad... en mi casa?

—Y ha montado un... espectáculo.

Sebastián se levantó de un salto y corrió al ventanal.

Allí estaban: una decena de damas y caballeros distinguidos, elegantemente vestidos, sentados en un semicírculo sobre cojines en el césped. Y en el centro, Clara, vestida con una capa azul celeste cubierta de lentejuelas, girando lentamente con los brazos abiertos mientras cantaba algo parecido a una ópera italiana. Detrás de ella, cuatro gallinas y una oca vestidas con tul la perseguían.

—¿Pero qué...?

—Señorita Lane —dijo lady Marchant, confundida—, ¿esta es la pieza con la que desea abrir la temporada benéfica?

—¡Así es! —gritó Clara, emocionada—. Esta interpretación simboliza la liberación de la mujer de las jaulas sociales. ¡Fíjense en la oca! Ella representa la represión patriarcal. ¡Vamos, Matilde! ¡Vuelo libre!

La oca, evidentemente alterada por el lazo fucsia que le rodeaba el cuello, salió corriendo... directamente hacia lady Durham, que lanzó un chillido y cayó de espaldas sobre los canapés.

Sebastián llegó justo cuando el caos reinaba: gallinas picoteaban los zapatos de un coronel, una criada perseguía a la oca con un paraguas, y Clara, extasiada, alzaba los brazos al cielo.

—¡Es arte, señoras y señores! ¡Arte en estado puro! —gritaba Clara.

Sebastián no lo soportó más. Caminó hacia Clara, la tomó suavemente del brazo —por fuera— y le susurró:

—Clara. Termina esto. Ahora.

—¿Pero no ves que están disfrutando?

En ese preciso instante, la señora Atherton gritó:

—¡Mi sombrero! ¡Una de sus gallinas se ha llevado mi sombrero de encaje!

Sebastián giró sobre sus talones, se enfrentó al grupo de invitados, que ya comenzaban a levantarse incómodos, y se disculpó con una sonrisa rígida:

—Mi esposa se ha equivocado. Ella… digamos que necesita una medicación y lleva días sin tomarla.

Un murmullo de escándalo recorrió el jardín.

—¡Sebastián! —exclamó Clara con teatral indignación—. ¿Estás insinuando que estoy loca? ¿¡Por querer escenificar a las mujeres y sus ataduras sociales!?

Él se dio media vuelta, entró en la casa, subió las escaleras, cerró la puerta de su despacho, y con voz ronca y definitiva gritó:

—¡YA NO PUEDO MÁS!

Capítulo 28

Sebastián apoyó los codos sobre su escritorio —recién liberado de los cojines rosas y los arreglos florales con aroma a lavanda artificial —, y se frotó el rostro con ambas manos. Era medianoche. El único sonido que rompía el silencio era el leve tic-tac del reloj de péndulo y, de vez en cuando, la risa de Clara en algún rincón oscuro de la casa. Reía sola. O con alguien que no existía.

Sacó una hoja de papel de su gaveta, abrió el tintero con la resignación de quien firma su sentencia, y escribió sin detenerse, como si la pluma pesara menos que sus pensamientos:

A mi esposa,

Después de semanas de profunda reflexión, y de que hayas intentado, por tercera vez, redecorar mi despacho con cojines rosas, he llegado a la inevitable conclusión de que debemos poner fin a nuestro matrimonio.

Estoy convencido de que serás infinitamente más feliz sin mis hábitos meticulosamente ordenados ni mi evidente falta de entusiasmo por asistir a eventos sociales en los que no se sirva vino decente.

Te deseo una vida plena y satisfactoria. Idealmente con alguien que no te corrija la gramática ni critique tu risa… aunque eso, admitámoslo, es pedir bastante.

Con sincera consideración,

Lord Lane

La leyó una vez. Luego otra. Le parecía una despedida digna, incluso elegante. No era cruel, ni amarga, pero tampoco hipócrita. Era una verdad envuelta en ironía.

Dejó la carta sobre la mesa, y se reclinó en su sillón.

—Bien, esto está hecho —murmuró.

Pero el alivio no llegó. En su lugar, un zumbido de preocupación empezó a ocupar el espacio que había dejado la decisión. Porque divorciarse de Clara significaba libertad, sí. Pero también:

La furia de su madre. Lady Lane no era precisamente conocida por su comprensión. Si ella llegaba a enterarse de que su hijo había dejado a una esposa "tan dulce, tan encantadora, tan entregada", como la propia Clara se había esmerado en parecer ante ella… Sebastián acabaría encerrado en una casa de campo, o muerto. Ahogada bajo las manos de su madre apretando su cuello, con la promesa de su padre de heredar absolutamente nada.

La bancarrota. Sí, eso sí que era peligroso.

El matrimonio con Clara había sido, ante todo, un acuerdo económico. La familia de ella seguro que tenía recursos más que suficientes para sobre vivir a la separación. Romper el vínculo sería como firmar un cheque en blanco que lo llevaría a la pobreza.

Luego también estaba el escándalo**.** Tras la escena del cerdo imaginario, la señora Justine aún no le dirigía la palabra. El señor Taylor había recomendado a todos los miembros del club científico de Eton evitar la residencia Lane a toda costa. Otro rumor más y se vería forzado a exiliarse en Escocia, rodeado de ovejas y whisky barato.

Suspiró.

Se levantó con la carta en la mano y se acercó a la chimenea, tentado de arrojarla a las llamas. Quizá aún había tiempo para aguantar un mes más. Tal vez dos. O tal vez... toda una vida.

Un estallido de carcajadas subió desde la escalera.

—¡Oh no! ¡La planta se ha dormido y ha comenzado a roncar! —gritó Clara, entre risas.

Sebastián cerró los ojos con fuerza.

No. No había mes que soportar. Ni día. Ni siquiera una hora más.

Miró la carta. Y, con una determinación renovada, la metió en un sobre, lo selló con mucho entusiasmo y murmuró:

—Si muero de hambre o a manos de mi madre… al menos lo haré en silencio.

Y colocó la carta sobre su escritorio, a sabiendas que en pocas horas Clara no se resistiría a abrirla cuando entrase de nuevo a su despacho con la intención de redecorarlo, pero antes de salir de allí, dio media vuelta y la tomó en sus manos para entregársela al mayordomo y que se la hiciera llegar, porque ya no podía vivir así ni un segundo más.

Clara estaba desayunando en el jardín trasero, como hacía cada mañana desde que descubrió que los rayos del sol iluminaban justo el sillón donde más le gustaba leer *La guía espiritual de las begonias*. Llevaba un sombrero ridículamente grande, una bata de seda con flamencos y estaba dando migas de galleta a las hormigas del camino de piedras cuando el mayordomo, visiblemente incómodo, se le acercó con un sobre.

—Milady… una carta. De Lord Lane.

Clara lo tomó con expresión grave, como si no esperase aquello. Pero en cuanto el mayordomo se retiró, rasgó el sello con manos temblorosas debido a la emoción y leyó rápidamente.

A mi esposa,

Después de semanas de profunda reflexión…

Clara se llevó una mano al pecho y contuvo el aliento. A medida que leía, sus ojos se agrandaban, y al llegar al "idealmente con alguien que no te corrija la gramática…", soltó una carcajada sonora que hizo volar a los gorriones cercanos.

Saltó del asiento, lanzó la carta al aire como si fueran confetis de boda y comenzó a girar sobre sí misma en el césped, riendo a carcajadas.

—¡Lo he conseguido! —gritó, abrazando a un rosal sin quejarse de las espinas—. ¡Por todos los absurdos fieles creyentes del matrimonio, lo he conseguido!

Entró corriendo a la casa, subió a su habitación, se dejó caer sobre el diván entre cojines de terciopelo azul —los únicos que Sebastián no había logrado tirar—, y buscó su elegante papel de

correspondencia. El que tenía bordes dorados y el encabezado en tinta lavanda: Sra. Clara Lane, para correspondencia íntima.

Tomó la pluma y comenzó a escribir sin respirar, con una sonrisa que no se borró ni un segundo:

¡He triunfado, Agatha!

Tus consejos han dado resultado, aunque tuve que llevar la farsa un poco más lejos de lo previsto. Pero créeme: ha valido la pena cada segundo dedicado.

Esta mañana, por fin, recibí su misiva. Tan solemne, tan seria, tan deliciosamente masculina en su razonamiento de que es mejor separarnos. ¡Casi lloro de la risa al leerla!

Estoy convencida de que ahora mismo debe de estar paseándose por la biblioteca, tirándose del cabello y preguntándose qué más puede hacer para librarse de esta esposa delirante que habla con los retratos y afirma que las plantas tienen opinión.

Querida, lo he conseguido. Se lo ha creído todo.
En menos de un mes estaré libre.

Con todo mi cariño, Clara.

Clara no podía dejar de sonreír mientras observaba la carta de Sebastián sobre la mesita. La había leído ya tres veces y aún no se cansaba de saborearla, frase por frase, palabra por palabra. *"Después de semanas de profunda reflexión…"* ¡Oh, qué adorablemente trágico! Y ese final… *"aunque eso, admitámoslo, es pedir bastante".* Casi se había sentido halagada.

Con manos entusiastas, escribió su respuesta triunfal a Agatha en su papel de bordes dorados. Cuando terminó, la dejó sobre el escritorio y se levantó, alzando los brazos al cielo como una actriz que acaba de terminar su escena más ovacionada.

—¡Libre en menos de un mes! —exclamó, dando vueltas por la biblioteca.

En ese momento, una voz femenina retumbó desde el pasillo:

—¡Milady! ¿Qué desea para el almuerzo? ¿El pastel de carne o volvemos a intentar el risotto?

—¡Pastel de carne! —respondió Clara al vuelo, aún en su estado de exaltación.

—¿Con o sin salsa?

—¡Con! ¡Pero no demasiada! ¡Y sin cebolla esta vez, Mildred! Hoy ya he tenido demasiadas emociones.

—¿Disculpe?

—¡Nada, nada! ¡Voy!

Clara tomó apresuradamente uno de los sobres del escritorio —había dos iguales, claro, su papel de correspondencia no era nada si no era uniforme y elegante, como el de su esposo—, lo cerró sin revisar, y fue a buscar a uno de los sirvientes que le haría de mensajero. Al primero que encontró le dio el sobre.

—¿Dónde desea que lleve esta carta, señora?

—No te llevará mucho, está tan solo a cuatro manzanas de aquí, debes entregársela a Lady Agatha Wesley, no se demore por favor, es urgente —dijo Clara, extendiéndole el sobre sin mirar—. ¡Con cuidado, no me la pierda!

El chico asintió y desapareció tan rápido como pudo.

Y Clara, tan feliz como exaltada, corrió hacia la cocina para asegurar personalmente la ausencia total de cebolla. No volvió a pensar en la carta. No vio que, sobre el escritorio, aún reposaba la carta que sí iba dirigida a Agatha, con su tinta olor a lavanda fresca y su tono de victoria desbordante.

La carta que acababa de salir rumbo a casa de Lady Wesley… era la de Sebastián. Formal. Seria. Y tan cortante como un cuchillo bien afilado.

En la biblioteca quedó la verdadera joya: la carta en la que Clara confesaba con alegría cada detalle de su farsa. A la vista. A merced de cualquier mirada curiosa.

Una hora después, Sebastián Lane entró en la biblioteca con el ceño fruncido y el corazón tenso como un nudo de marinero.

No había recibido respuesta. Ningún portazo. Ningún grito de indignación. Ni siquiera una escena dramática con lágrimas falsas.

Nada. Y eso, viniendo de su esposa, era más alarmante que cualquier escándalo público.

«Quizá no entendió el tono», pensó, cruzando la estancia con pasos largos y decididos. «Quizá fui demasiado sutil. ¿Y si cree que es otra advertencia y no una decisión final?» Pensó.

Frunció más el ceño. Sobre el escritorio, una hoja de papel doblada, abandonada con descuido, captó su atención. Reconoció el sobre —su sobre— y el papel —su papel—. El mismo que usó para escribir la carta de ruptura esa misma mañana.

«No puede ser», pensó, sintiendo cómo una gota de sudor se deslizaba lentamente por su espalda. «¿Ni siquiera la ha leído? ¿La ha dejado aquí tirada? ¿Es tan insensible como para ignorarla por completo?»

Inspiró hondo, se pasó una mano por el cabello y tomó la carta. Rompió el sello sin delicadeza, preparado para releer su misiva por cuarta vez, esta vez con mirada crítica. Buscando algún falló en su entendimiento.

Pero las primeras líneas no le resultaron familiares.

¡He triunfado, Agatha!

Tus consejos han dado resultado, aunque tuve que llevar la farsa un poco más lejos de lo previsto…

—¿Qué…?

Su mirada bajó a trompicones por el papel. Sus cejas se alzaron. Su mandíbula se tensó. La sangre le rugía en las sienes.

…esta mañana, por fin, recibí su misiva. Tan solemne, tan seria, tan deliciosamente masculina en su razonamiento de que es mejor separarnos. ¡Casi lloro de la risa al leerla!

Estoy convencida de que ahora mismo debe de estar paseándose por la biblioteca, tirándose del cabello y preguntándose qué más puede hacer para librarse de esta esposa delirante…

—No puede ser —murmuró, con voz ahogada.

Querida, lo he conseguido. Se lo ha creído todo.

En menos de un mes estaré libre.

Con todo mi cariño, Clara.

Sebastián dejó caer la carta con los dedos paralizados, como si el papel quemara.

Su rostro pasó del asombro al estupor. Y del estupor a una furia helada y digna, que comenzaba a hervirle en el estómago.

—¡Clara! —bramó, pero la biblioteca estaba vacía.

Por supuesto. Porque Clara estaba siempre un paso por delante. Fingiendo debilidad. Jugando a la locura. Manipulando a todo el mundo con una sonrisa dulce y la inocencia de una cabritilla en primavera saltando por los montes.

Pero ahora, ahora la tenía.

Una sonrisa afilada apareció lentamente en su rostro mientras apretaba los dientes.

—Querida esposa —murmuró, recogiendo cuidadosamente la carta y plegándola de nuevo—. Has cometido tu primer error.

Y lord Lane jamás desaprovechaba una ventaja.

Capítulo 29

Clara cerró la puerta del dormitorio con una sonrisa satisfecha. Había sido un día glorioso: no solo había recibido la carta que ansiaba, sino que además había logrado mantener la compostura todo el día sin estallar en carcajadas. ¡Agatha iba a morirse de la risa cuando la leyera.

Aunque claro… ahora tenía que dirigirse a su esposo en una carta, o hablar con él directamente. Pero eso podía esperar.

Suspiró con aire teatral, se soltó la trenza del cabello y se deslizó entre las sábanas. Por una vez deseó que Sebastián estuviese allí, en un rincón del dormitorio, con su bata de terciopelo azul y su gesto agrio. Silencio. Paz.

Entonces cerró los ojos, la puerta se abrió de inmediato y después se oyó un estruendo metálico.

—¿Qué…?

En el centro del dormitorio, Sebastián, completamente vestido, con guantes y gafas de protección, arrastraba una jaula enorme.

—¿Es eso… un pájaro? —preguntó Clara, incorporándose como un resorte.

—Un loro. Habla. O grita. Depende de su estado de ánimo. Se llama Sócrates. —Sonrió con una amabilidad forzada—. Pensé que te gustaría tener compañía.

—¿En medio del dormitorio?

—¿No es aquí donde sueles tener tus ratoncitos de mentira y las plantas parlantes?

El loro chilló con estrépito:

—¡¡¡CLARA ES UNA FARSANTE!!! ¡CLARA ES UNA FARSANTE!!!

—¿Le enseñaste eso? —jadeó Clara, horrorizada.

—Solo repite lo que oye. Es muy observador.

Ella se sentó en la cama, pasmada.

—¿Y cuánto tiempo va a quedarse Sócrates?

—¡Oh! No lo sé… —fingió pensar—. Quizás hasta que firme tu carta de libertad.

Clara apretó los dientes.

Pero eso no fue todo.

Apenas pasaron veinte minutos cuando Sebastián regresó con un atril, una flauta de madera y una pila de partituras.

—¿Vas a tocar la flauta? —preguntó, en un hilo de voz Clara.

—En las noches largas me relaja. —Se sentó con total solemnidad—. Como tú dices, es importante encontrar una actividad que reconforte el alma.

Clara lo miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿No dijiste que odiabas la música?

—Eso fue antes de convivir con alguien que habla con un ficus. Las prioridades cambian.

Y empezó a tocar.

Mal.

Terriblemente mal.

Notas agudas, chirriantes, y repeticiones absurdas que no tenían fin.

Clara se tapó los oídos con la almohada.

El loro volvió a gritar:

—¡¡¡CLARA HUELE A MENTA Y A MENTIRAS!!!

Sebastián sonrió para sí.

«Una noche. Solo una noche, querida esposa. Y esto es solo el principio.»

Clara se despertó (si a eso se le puede llamar dormir) con el ojo derecho temblando y el cabello como un nido de cuervos. El loro había chillado toda la noche. Sebastián, por supuesto, dormía a pierna suelta… en el sofá del vestidor, con tapones en los oídos.

Pero al salir al pasillo, se topó con algo peor.

Todo el mobiliario de la casa estaba cambiado.

Las sillas que ella había movido al invernadero, ahora estaban nuevamente en el salón. Las alfombras que eligió con tanto esmero habían sido enrolladas y reemplazadas por las originales, esas feas con estampados geométricos que Sebastián adoraba. Incluso los cojines rosas... habían desaparecido. En su lugar: cojines beige. Beige.

—¿Qué…?

David, el ayuda de cámara, pasó a su lado con una bandeja.

—El señor Lane pidió que restauráramos la armonía original. Dijo que "el caos era insano".

¿Insano, eh?

Cuando entró al comedor, se encontró con una mesa de desayuno desbordante: arenques ahumados, hígado encebollado, pudding de riñones, huevos demasiado pasados y una tetera con olor sospechoso.

—¿Dónde están mis bollitos de lavanda?

—He dado nuevas instrucciones a la cocinera —respondió Sebastián, sentado con el periódico—. Dice que el cambio le hace bien a su creatividad.

—¿Creatividad? ¿Qué hay de mi estómago?

—Supuse que después de hablar con los cuadros, no habría nada que te revolviera más.

Capítulo 30

Tres días habían pasado ya desde que Clara recibió la carta de su esposo, pero todavía no había tenido ocasión de hablar sobre ello. Había estado demasiado ocupada haciendo callar al loro, e intentando no volverse loca.

Clara pensó que al menos tendría paz en la tarde. ¡Error! A eso de las cinco, entró una corriente de aire que anunciaba el apocalipsis social: Lady Mildred —la tía favorita de Sebastián— y tres damas mayores más, todas rigurosamente vestidas de gris y con cierto olor a arenques.

—¡Mi adorado sobrino nos ha invitado a pasar la tarde con su encantadora esposa!

Clara sonrió, rígida como una tabla.

—Qué… sorpresivo.

Las visitas no se iban. Hablaron durante dos horas de lo inapropiado que era pintar paredes de azul cielo (mirada directa a Clara), de lo horrendas que eran las modas modernas (segundo vistazo a Clara), y de lo terriblemente impropio que era usar medias color coral.

Clara apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Pero no terminó ahí.

Sebastián comenzó a preguntar por todos aquellos rostros que adornaban las paredes de la casa Lane. Pensó que tal vez de esa manera, si conocía un poco de la historia de aquellas personas, a su mujer se le haría más incómodo volver a cambiarlos de sitio.

Durante el cuarto día de infierno, ocurrió también algo inexplicable.

Voces en la noche y una visita del médico… para ella

A las tres de la madrugada, Clara se despertó de un sobresalto.

—¡Claraaaaaa…!

—¿Quién…? —se levantó de un salto.

No había nadie. Pero las luces titilaban. El espejo tenía… ¿vaho?

—¿¡Sebastián!?

Nada ni una respuesta.

A las pocas horas, llegó el médico.

—El señor Lane me ha pedido una revisión completa —dijo el doctor, muy serio—. Ha notado que últimamente usted parece tener alucinaciones, insomnio, altibajos de humor...

—¿Disculpe?

—No se preocupe. He traído hierbas relajantes.

Clara estaba tan estupefacta que dejó que aquel doctor le suministrara todo tipo de relajantes, pensó que al menos por un día podría tener el descanso que necesitaba.

—¡SEBASTIÁN!

La puerta del estudio se abrió de golpe y Clara irrumpió como una tormenta en pleno agosto. Su cabello iba recogido de cualquier manera, tenía una media caída y una pluma (¿de faisán?) colgando aún de la manga. Parecía una heroína que había pasado por una batalla.

Sebastián levantó la vista del periódico sin inmutarse.

—Buenos días, Clara. ¿Dormiste bien?

—¡No! —gritó, sin ningún intento de disimulo—. ¡No dormí! ¡No he dormido desde que empezaste con esta… con esta guerra!

—¿Guerra? —Sebastián dejó el periódico con calma felina—. Qué palabra tan fuerte para lo que ha sido una encantadora convivencia marital.

Clara cerró los puños a los costados, visiblemente temblorosa.

—¡Reemplacé los cojines de la biblioteca, no invadí Francia!

—Has hablado con retratos, afirmado que las plantas opinan y reeducado al servicio en la pronunciación de la palabra té.

—¡No es té, sino *tí*! —Clara lanzó un bufido desesperado y luego respiró hondo—. Basta. Solo... basta.

Avanzó hasta quedar frente a su marido, con una expresión tan seria que Sebastián, por primera vez en días, alzó las cejas.

—Hace cuatro días recibí una carta. TU carta. Muy seria, muy masculina, muy digna. En ella me pedías el divorcio. Que pusiéramos fin a esta locura. Que me desearías una vida feliz sin ti corrigiendo mi gramática, ni juzgando mi risa…

Sebastián se acomodó en su sillón.

—Lo recuerdo. Una de mis mejores composiciones.

—¡Y ahora me haces esto! —gritó ella, con los brazos en alto —. Me devuelves la casa a su horrorosa simetría, me quitas los bollitos de lavanda, me obligas a conversar con tu tía Mildred sobre tapicería durante tres horas y… y… ¡trajiste al médico para mí! ¿¡A MÍ!?

—Te veía algo pálida.

—¡Tenía una hoja de lechuga en la cara porque estuve hablando con las begonias para vengarme de ti!

—¿Entonces quieres decirme que no hablas con ellas porque las escuchas? —murmuró, sin perder la compostura—. Creí que estabas convencida de que ellas te hablaban.

Clara se llevó ambas manos al rostro y soltó un gemido dramático.

—¡Claro que no oigo a las plantas hablar! Pero no me cambies de tema, he venido hasta aquí para hablar de otra cosa… ¡Porque tú querías el divorcio! ¡Yo sólo te ayudaba a llegar a esa conclusión! ¡¡TE LO HICE FÁCIL!!

Sebastián se puso de pie con una calma irritante.

—Y ahora que me explicas tu lógica y he hecho lo imposible para que tú te descubras… ¿vienes a pedir que yo termine con esto?

—¡SÍ! —exclamó ella—. ¡Termina de una vez! ¡Ya no puedo más!

Hubo un breve silencio.

Sebastián la miró con esa expresión de ironía soterrada que tanto exasperaba a Clara.

—No sabía que una mujer como tú podía rendirse tan pronto. Qué decepción.

—¡Sebastián!

—Está bien. —Dio un paso hacia ella, cruzándose de brazos —. Si eso deseas… esta misma tarde enviaré los papeles.

Clara lo miró por unos segundos… y entonces, para sorpresa de ambos, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias —dijo en un hilo de voz, y se giró para salir.

Pero justo cuando puso la mano en el picaporte, Sebastián habló de nuevo.

—Clara.

Ella se volvió lentamente.

—Sí… ¿qué?

—Es una pena. Justo ahora que empezaba a divertirme contigo.

Clara lo fulminó con la mirada, entre desconcertada y… ¿nerviosa?

Y luego salió, cerrando la puerta de un portazo.

Capítulo 31

La pluma se deslizaba con pulso firme sobre el pergamino.

Yo, Sebastian James Lane, solicito de manera oficial la disolución de mi vínculo matrimonial con la señora Clara Ponzoña, ahora Clara Lane…

Sebastián se detuvo.

El silencio en el despacho era absoluto. Ni el tic-tac del reloj se atrevía a interrumpirlo. Solo el leve crujido de su pluma al posar sobre el tintero, y el murmullo invisible de sus pensamientos.

Clara Ponzoña. Detestaba haber perdido su apellido… decía que era su identidad.

Suspiró.

Pasó una mano por la cara y volvió a inclinarse sobre el escritorio.

La convivencia se ha tornado incompatible…

Incompatible.

Como la vez en que ella convirtió el comedor formal en una "sala de desayuno de inspiración francesa", cubriendo la mesa de doce plazas con manteles de cuadritos y floreros con margaritas.

—«Si alguien menciona el término "*rustic-chic*" una vez más, juro que me arrojo por la ventana» —murmuró para sí, recordando sus propias palabras… y cómo ella se había reído, esa risa escandalosa que no encajaba con ninguna etiqueta.

Volvió a escribir.

Ambas partes reconocerán el fracaso del intento de vida compartida, y procederán con respeto mutuo a la división de bienes…

Se detuvo otra vez.

La tuvo encima. En ese carruaje. Con la lluvia cayendo como un diluvio sobre el techo y su vestido pegado a su piel. Esa noche en que discutieron y acabaron besándose como si fueran dos fugitivos del decoro. Su cabello enredado en sus dedos. Su voz ronca jadeando su nombre.

Sebastián se enderezó en la silla.

—No. No —se dijo en voz baja, y volvió a tomar la pluma como si fuera un soldado empuñando la espada—. Esto es necesario. Por mi cordura. Por mi salud. Por… por mi vida.

Pero aun así, mientras redactaba los términos legales, su mente saltaba de un recuerdo a otro:

El día que encontró su despacho invadido por cojines rosa.

La noche en que ella le gritó que su bodega olía a sarcófago.

El desayuno en el que le puso miel en el té a propósito, solo para ver si lo escupía.

Y luego… su rostro cuando dormía, esa expresión inusualmente tranquila. Las pecas en su nariz. La manía de abrazar los libros como si fueran gatos. El beso frente al retrato del abuelo de él. Los celos que fingía no tener. El cariño que nunca quiso admitir.

No puedes pensar en eso, Sebastian.

No puedes dudar ahora.

Volvió a mirar la hoja.

Sus dedos apretaron la pluma hasta que le dolieron las yemas.

Y siguió escribiendo, con la misma frialdad con la que uno cavaría su propia tumba.

Mientras tanto, la mansión Lane, recibía una visita inesperada.

La visita de lady Agatha nunca pasaba desapercibida, y menos aun cuando su carruaje, pintado en un tono burdeos escandaloso, se detuvo frente a la elegante pero algo desordenada propiedad de los Lane. Clara salió a recibirla con una sonrisa amplia, aunque con el alma aún agitada por la confusión de los últimos días.

—¡Agatha! —exclamó, tomándola de las manos—. ¿Qué sorpresa tan… inesperada.

—Querida, ¿esperabas que me quedara en casa cruzada de brazos después de recibir esa carta? —respondió Agatha con su típico tono alto.

Las dos mujeres se abrazaron con cariño, intercambiaron unas palabras con el mayordomo, saludaron con inclinación de cabeza a una doncella que pasó con un florero que se tambaleaba, y caminaron juntas hacia la terraza del jardín. Allí, entre buganvillas y olor a lavanda, finalmente Agatha le dirigió una mirada grave.

—No puedes divorciarte de él.

Clara se quedó quieta, a medio sentarse. Parpadeó.

—¿Has traído un médico contigo? Porque estoy empezando a preocuparme por tu salud mental. Fuiste tú quien me ayudó a diseñar *el plan*.

—Sí, sí —replicó Agatha, agitándole la mano como si espantara una mosca molesta—, pero eso fue *antes de leer tu carta*, su carta…

—Su carta? —Clara se llevó la mano al pecho—. Yo… ¡Oh, cielos!

Los ojos de Clara se abrieron como platos, su expresión pasó del desconcierto al horror en cuestión de segundos.

—Recibiste… ¿la suya? ¿*Su carta*?

Agatha asintió muy lentamente, cruzándose de brazos.

—Y supongo que él, en cambio, leyó *la tuya*. La carta en la que le contabas a tu amiga, con entusiasmo casi demencial, que lo habías conseguido. Que tu actuación de esposa lunática había funcionado. Que hablaste con retratos y diste discursos sobre plantas con alma. ¡Por Dios, Clara!

Clara se tapó la cara con ambas manos, gimió, y luego apoyó la frente sobre la mesa.

—Estoy condenada.

Agatha no perdió la oportunidad de servirse una taza de té.

—Él te ama —dijo, como quien anuncia la hora—. Y no digas que no. Lo vi en sus ojos, en cómo te sigue con la mirada cuando cree que no lo ves. He venido hasta aquí por eso: para mirarlo a los ojos y asegurarme. Y, querida… ese hombre se derrumbará si lo dejas.

Clara levantó la cabeza.

—Agatha, tú sabes cómo soy.

—Sí, por eso no entiendo por qué haces esto. ¿Te ha hecho daño? ¿Te ha sido infiel? ¿Ha dejado de respetarte?

—No —admitió ella, cruzándose de brazos y mirando al cielo —. Al contrario. Es el tipo de hombre que, si yo decidiera seguir casada, sería con él. Es apuesto, generoso, educado, comprensible… guapo. Atractivo. Tremendamente atractivo.

—Ajá.

—Pero yo no quiero ser esposa de nadie. No ahora. Quiero caminar por el mundo con mis propias botas, y sin que nadie me mire como "la señora de". Quiero leer lo que quiera, comer a la hora que me apetezca y viajar si me da la gana, sin permiso, sin protocolos.

Agatha la miró en silencio durante un largo momento.

—Entonces díselo —dijo, al fin—. Pero no lo pierdas solo porque tienes miedo de lo que podría significar amar a alguien.

Clara suspiró.

—Yo no tengo miedo.

—No, claro que no. Solo estás huyendo. Como siempre.

—No estoy huyendo. Estoy decidiendo.

—¿Y ya decidiste?

Clara miró hacia el jardín. El viento agitaba suavemente las cortinas. Desde la ventana del despacho, lo supo, Sebastián probablemente las estaba observando.

Y aun así, dijo:

—Sí. Quiero mi libertad.

Agatha se levantó con la dignidad de una emperatriz y dijo, sin dramatismo pero con firmeza:

—Entonces más te vale que valga la pena lo que vas a hacer.

Capítulo 32

La cena transcurrió en un inusual estado de calma. Clara no recordaba una velada más… civilizada. Sebastián parecía otro hombre, o quizás era ella quien había dejado de verlo como un enemigo. Conversaron sobre trivialidades, comentaron el estado del jardín, el clima, y hasta bromearon con soltura sobre el fiasco del flan de lavanda de la cocinera, que nadie tuvo el valor de repetir.

Fue entonces cuando él dejó la servilleta sobre el plato, se inclinó hacia ella con esa media sonrisa suya y le dijo:

—Sócrates ha regresado a su lugar de origen. Le he dado un hogar mejor. —Hizo una pausa—. Y quiero disculparme por haberlo colado en tu dormitorio. Fue una niñería. Quería incordiarte.

Clara lo miró. No como lo había hecho antes, no con la mirada cargada de recelo, ni con esa expresión de incredulidad que acostumbraba a tener en su rostro ultimamente. Lo miró de verdad. Vio al hombre que sabía pedir perdón, que era capaz de reírse de sí mismo. Vio a Sebastián Lane, su esposo… y por primera vez, su posible futuro algo.

Y entonces pensó que, si alguna vez quisiera construir algo con alguien, tal vez sería con él, pero no era el momento de hacerlo, se corrigió rápidamente.

El servicio observaba desde lejos con una mezcla de discreción forzada y asombro auténtico. Nadie entendía lo que estaba ocurriendo, pero todos lo sentían: el aire había cambiado.

Cuando se levantaron de la mesa y caminaron hacia la escalera, Clara ya se había prometido mantener la compostura. Pero Sebastián se detuvo justo al pie de los escalones y la miró con una expresión que le hizo olvidar todos sus planes.

—¿Ya no deseas dormir en mi habitación? —preguntó él, con voz suave.

Clara se sonrojó. Miró el suelo, luego a sus propios dedos entrelazados.

—Ya no sería lo conveniente —respondió con dificultad—. En pocas semanas… seremos personas ajenas a este matrimonio.

Sebastián bajó la mirada por un segundo. Cuando la alzó, ya no era el mismo. Había en su rostro algo distinto: ternura, deseo y una pizca de melancolía que intentaba ocultar.

Se acercó y con una sola mano le tomó la mejilla. Sus dedos eran cálidos, firmes. Ella no se apartó.

—Pues quedémonos juntos hasta que eso suceda —susurró él, con los labios peligrosamente cerca de los suyos—. Solo unas semanas más… sabiendo que todo terminará pronto.

Clara sintió un hormigueo agudo en el vientre, como si su cuerpo la traicionara con una verdad que su mente aún no aceptaba. No podía dejar de mirar esa peca sobre su labio superior, tan pequeña, tan encantadoramente suya.

Y sin decir nada más, asintió.

Comenzaron a subir los escalones en silencio, uno tras otro. Pero Clara apenas sentía los pies, ni el peso de su cuerpo. Solo pensaba que jamás había notado que hubiera tantos peldaños. El camino se le hacía interminable, como si cada paso prolongara la dulce tortura de saber lo que estaba a punto de suceder.

Cuando al fin cruzaron el umbral de la alcoba de Sebastián, y la madera de la puerta se cerró con un golpe seco contra el marco, Clara sintió un estremecimiento distinto.

Por primera vez en todo ese matrimonio, deseó quedarse. Y lo que era aún más desconcertante, deseó sentirlo.

Clara dio un paso hacia el centro de la alcoba, sintiendo el calor del fuego encendido en la chimenea, y también el que nacía lentamente desde su vientre, subiendo como una marea imparable.

Sebastián no se apresuró. Se mantuvo detrás de ella, contemplándola. El resplandor del fuego acariciaba su silueta con tonos ámbar, haciendo que su vestido blanco pareciera casi transparente. Lo había deseado muchas veces, lo había soñado incluso más… pero esta noche no sería un sueño.

Sería real.

—¿Estás segura? —murmuró él desde la sombra, con su voz más ronca que nunca.

Clara no respondió. Se giró despacio, con los labios entreabiertos, los ojos brillando con una emoción que ni ella comprendía del todo y caminó hacia él sin pensarlo, solo sintiéndolo. Como si en todo su cuerpo solo existiera una dirección: *él*.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, fue Sebastián quien levantó la mano para tocarle el rostro. La recorrió con los dedos como si leyera un mapa antiguo, una promesa escrita en su piel que debía descubrir. Luego bajó la mano por su cuello, sus clavículas, el borde de su hombro. Cada caricia era un leve escalofrío para ella. Un suspiro.

—Siempre has sido hermosa… —dijo—. Pero esta noche… me resultas insoportable.

Clara arqueó una ceja, confundida.

—¿Insoportable?

—Porque no sé cómo voy a dejarte ir después de esto —confesó él con un leve temblor en la voz, y entonces la besó.

El beso fue dulce al principio, un roce contenido. Pero en segundos ardió, creció, explotó. Sus manos bajaron por su espalda, atrayéndola contra su pecho. El contacto de sus cuerpos fue como un chispazo eléctrico. Clara entrelazó los dedos en su nuca, queriendo más. Más boca. Más lengua. Más de todo lo que él quisiera darle.

El vestido cayó al suelo con un suspiro después de que Sebastian lo desabrochara con maña por su espalda, dejando al descubierto su cuerpo, cálido, tembloroso, completamente entregado. Sebastián se detuvo un momento, solo para mirarla. Para guardar esa imagen. Y luego se deshizo lentamente de su propia ropa, como si cada botón fuera una prueba de autocontrol.

Cuando sus cuerpos se encontraron, piel contra piel, hubo un instante de absoluto silencio. Ninguna palabra era necesaria.

La tomó en brazos con facilidad, como si siempre hubiese querido hacerlo, y la llevó hasta la cama. La depositó sobre las sábanas con una reverencia tácita, con una dulzura feroz. Luego se tendió sobre ella, acariciándola con los labios, con las manos, con

todo su cuerpo. No buscaba solo placer. Buscaba memorizarla. Escribir en su cuerpo la historia de todo lo que no se habían dicho en aquella casa.

—Clara… —murmuró, justo antes de deslizarse dentro de ella con una lentitud deliciosa que la hizo gemir de placer.

Ella arqueó la espalda, tomándolo con todo su ser, y lo abrazó con las piernas, invitándolo a quedarse. A rendirse. A amarla.

Los movimientos fueron lentos al principio, intensos, casi reverentes. Y luego se volvieron más urgentes, más húmedos, más desesperados. Sus cuerpos se encontraron una y otra vez, con una precisión natural, como si hubieran sido hechos para encajar, para quemarse juntos.

Sebastián besó cada rincón de ella: su cuello, su pecho, el hueco de su vientre, la curva de su cintura. Murmuró su nombre entre jadeos, como un rezo. Y cuando llegaron juntos al final, cuando el mundo se volvió fuego y aire y luz, él se aferró a ella con fuerza y la besó con ternura, como si quisiera atarla a la tierra, como si no pudiera soportar que alguna vez se alejara de allí.

Clara lo abrazó con el mismo fervor. Con la piel aún palpitante, con el corazón demasiado acelerado como para pensar. Solo sintió la paz, el calor, la dulzura… y el miedo.

Porque todo había comenzado como una farsa.
Pero esa noche… esa noche había sido real.

Capítulo 33

El sol se filtraba a través de las cortinas de aquella habitación donde horas atrás se había amado. Dorando las sábanas arrugadas y el aire denso de la habitación. La luz, suave y cálida, acariciaba su piel desnuda como un recordatorio de lo que había ocurrido. Clara abrió los ojos lentamente, envuelta en el calor de la cama… pero no en el de su cuerpo.

Estaba sola.

Se incorporó con lentitud, su cabello estaba revuelto, el corazón le latía con calma, como si no quisiera despertarse del todo. Lo buscó con la mano en el otro lado del colchón, encontrando solo una sábana fría y arrugada. Su pecho se encogió sin aviso.

Miró alrededor. Su ropa seguía en el suelo. Las huellas de la noche aún estaban allí. Pero él… él no.

No había nota. No había sonido en la habitación. Ni siquiera un murmullo más allá del crepitar del fuego ya moribundo.

Clara se quedó unos minutos sentada en el borde de la cama, sintiendo cómo el aire cambiaba, cómo la magia de la noche anterior se esfumaba a cada segundo que él no regresaba. En ese silencio absoluto entendió lo que eso significaba.

Sebastián se había marchado. No quería hablar. No quería explicaciones que dieran entendimiento a lo que allí había ocurrido. No quería enfrentar lo que habían hecho.

Lo habíamos prometido… solo hasta que todo terminara.

Ella tragó saliva, apretando la sábana entre sus dedos.

Si él no estaba… tal vez quería evitar esa conversación. Tal vez solo se trató de una última noche de deseo. Una despedida silenciosa. Una fantasía.

Y si era así… no podía quedarse más tiempo. No podía dejar que las cosas se enredaran aún más.

Se levantó, recogió su ropa del suelo y se vistió con movimientos pausados, como si cada prenda que volvía a su cuerpo fuera una capa de distancia entre ella y lo que había sentido. Cuando bajó las escaleras, no buscó a nadie. No desayunó, ni miró atrás.

Ordenó que le prepararan el coche con su equipaje, ya listo desde hacía días. Subió con la frente en alto, aunque las manos le temblaban sobre el regazo.

Cuando las ruedas comenzaron a girar y la casa Lane se alejó entre la neblina de la mañana, Clara sintió un nudo apretarse en su garganta.

Pero se hizo la fuerte de nuevo, y no derramó una lágrima.

Pero jamás se sintió tan perdida como en ese instante en el que supo, sin ninguna duda, que acababa de alejarse del único hombre con el que habría querido quedarse… si tan solo él hubiese estado allí al despertar.

Clara descendió del carruaje con el corazón golpeándole el pecho. El aire de aquel barrio olía igual que siempre: a tierra húmeda, a hojas secas y a pan recién hecho de la panadería de la esquina. Pero algo no encajaba.

La puerta estaba cerrada. Las cortinas, recogidas. No había flores en la ventana. No había rastro de su madre.

Llamó dos veces. Nadie respondió.

Una doncella de la casa vecina salió del número tres con un cesto de ropa y, al verla, ladeó la cabeza con curiosidad.

—¿Busca usted a su madre? —preguntó, alzando una ceja.

—Sí —dijo Clara, con un nudo en la garganta—. ¿Está en casa?

—Hace semanas que se marchó —respondió la mujer—. Dijo que iba a instalarse en otro sitio. No dejó dirección.

Clara sintió cómo el suelo se aflojaba bajo sus pies. Su madre jamás se habría ido sin decirle una palabra. Jamás.

Horas después, tras una visita apurada y nerviosa, el ama de llaves de la casa de Agatha le anunció su llegada. Clara entró sin esperar que su amiga la recibiera y la encontró en el salón, junto a una taza de té y un libro abierto que ni siquiera fingió seguir leyendo al verla entrar.

—¿Dónde está mi madre?

Agatha, con su elegante compostura habitual, alzó una ceja.

—Está bien.

—¿Dónde?

—Clara… tu madre es una mujer adulta. Puede tomar sus propias decisiones. Quizás ha llegado el momento de que dejes de buscar respuestas en ella y empieces a construir tu propia vida.

Clara parpadeó, como si no estuviera entendiendo.

—¿Qué estás diciendo? Ella y yo siempre hemos estado juntas. Siempre. Desde que tengo uso de razón ha sido mi única familia, mi único refugio. Ella no se va así, sin más.

Agatha dejó la taza sobre el platillo con un pequeño *tac* que sonó como un aviso.

—No estás viendo las cosas con claridad. Ella… necesitaba alejarse. Estaba agotada, y tú también lo estas. Tal vez, sin esa cercanía constante, ambas podáis…

—¿Dónde? —repitió Clara, más firme, más fría, más enfadada.

Agatha desvió la mirada. Vaciló. Y entonces, suspiró.

—Whitechapel.

El nombre cayó como un cubo de agua helada sobre los hombros de Clara.

—No… —murmuró Clara—. Ella odia Whitechapel. Dijo que jamás volvería, que nunca… nunca hablaría de lo que pasó allí.

Un silencio denso se interpuso entre ambas. Agatha se levantó despacio, como si temiera romper algo invisible si lo hacía bruscamente.

—¿Por qué ha vuelto allí, Agatha?

—No lo sé —respondió con sinceridad, pero sus ojos decían otra cosa.

Clara se tambaleó un paso hacia atrás. El corazón le latía desbocado. Imágenes inconexas comenzaron a agolparse en su mente. Un cuarto oscuro. Una ventana empañada. Un olor agrio. Un rostro borroso. Unas manos ásperas. El miedo.

No recordaba detalles. Solo sensaciones. Una punzada de asco. Una angustia visceral que no lograba encajar con nada más de su infancia.

—Yo solo recuerdo… un hombre —susurró—. No su cara. Solo… su cuerpo. Lo que me hizo sentir. Después todo está borroso. Solo queda esa sensación, y una repulsión que nunca he logrado quitarme de encima con cada recuerdo de ese momento.

Agatha se acercó, fue hasta ella y la sostuvo por los brazos.

—No tienes que recordar nada, Clara. No si no estás preparada. Quizá tu madre ha vuelto allí porque necesita cerrar algo. O enfrentarse a lo que no pudo antes.

Clara negó con la cabeza. El dolor subía desde el estómago hasta los ojos.

—¿Y si ese algo también me pertenece? ¿Y si eso… es mío también?

Agatha le acarició el rostro.

—Entonces tendrás que decidir si quieres encontrarlo. Pero te advierto algo, Clara: el pasado, una vez desenterrado, nunca vuelve a quedarse quieto.

Capítulo 34

Whitechapel olía a desesperanza. A miseria, a mugre, a sexo barato. Clara se cubrió la nariz con un pañuelo empapado en lavanda, pero ni así logró evitar que el hedor se le metiera hasta el alma.

Las calles estrechas estaban salpicadas de casas en ruinas, de burdeles con cortinas raídas y risas forzadas que se apagaban tan rápido como empezaban. Las mujeres se apoyaban en los marcos de las puertas, con los labios rojos como sangre fresca y las miradas vacías.

Clara avanzó con pasos tensos. Nadie parecía mirarla, y sin embargo, todos sabían que no pertenecía a ese lugar. Su vestido, su porte, su voz educada al preguntar por su madre en cada esquina, la convertían en un bicho raro. Y eso, en Whitechapel, era sinónimo de peligro.

—¿Conoce a la señora Ponzoña? —preguntó por cuarta vez—. Vino aquí hace unas semanas. Alta, delgada, con el cabello entrecano…

Una mujer de rostro endurecido soltó una carcajada breve y sin gracia.

—Aquí todas se llaman por su nombre, cuando quieren esconderse no se les ocurre dar un apellido, querida. Si buscas a Beatriz está arriba.

Clara tragó saliva. Empezaba a arrepentirse de haber venido sola.

Entonces, lo sintió.

No fue una palabra. Ni siquiera un sonido. Fue la presión invisible de una presencia. El cambio en el aire.

Se giró.

Y lo vio.

El hombre que se aproximaba tenía la piel curtida por los años, los dientes amarillentos y una cicatriz que le cruzaba la frente como una firma del infierno. Iba vestido con un abrigo que apestaba a whisky, y sus ojos… sus ojos eran los mismos que la habían perseguido en sueños durante años.

Ella no lo recordaba con exactitud, pero su cuerpo sí. Sintió cómo el estómago se le encogía, cómo se le paralizaban las piernas.

Y entonces, como si alguien quitara el velo de su memoria, todo regresó.

Aquel cuarto oscuro.

El chirrido del somier oxidado.

Sus gritos, apagados por una mano sucia sobre su boca.

Su madre irrumpiendo en la habitación con una furia que no recordaba haberle visto jamás. Las palabras entrecortadas. El temblor. La sangre.

El viaje al amanecer, con solo una maleta y las lágrimas como compañía.

La niña que había sido quedó expuesta en su interior, desprotegida, vulnerable. Quiso gritar, pero no le salieron las palabras. Quiso correr, pero no logró mover un solo músculo.

El hombre sonrió.

—¿Nos conocemos, preciosura?

La voz era idéntica a la de su recuerdo. Ronca, sucia, viciada.

Clara retrocedió un paso, luego otro. La gente a su alrededor no se inmutaba. Nadie venía a salvarla. Nadie notaba que en ese instante estaba al borde del abismo.

—No —logró decir—. No me toques. No… te atrevas.

—¿Vienes a ver a alguien? —preguntó con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Ha preguntado por Beatriz, dice que es su madre.

—Vaya, vaya, pero si tenemos aquí a la sucia ratita que me cortó la cara. Qué alegría volverte a ver. ¿Vienes a pedir trabajo? Estoy loco por probarte yo primero…

—Si te atreves a tocarme, juro por Dios que estarás muerto antes de que te des cuenta. Dime donde está mi madre, ahora —gritó.

—Está arriba. Como en los viejos tiempos.

Clara sintió un vacío en el pecho. ¿Qué significaba eso? ¿Qué hacía su madre allí?

Se giró y echó a correr. No se detuvo hasta llegar al piso de arriba. Se apoyó en una pared, respirando como si le faltara el aire. Las manos le temblaban. El corazón le latía tan fuerte que dolía.

Tenía que encontrarla. Tenía que saber por qué. Por qué había vuelto su madre a ese infierno. Y, sobre todo, si seguía siendo la mujer que una vez la protegió con uñas y dientes… o si el pasado había terminado por devorarla también.

—¡¿Mamá?! —gritó Clara desde el primer tramo de escaleras, con la voz rota por el miedo y el estupor de lo que allí veían sus ojos —. ¡Beatriz Ponzoña!

Las paredes estrechas del burdel devolvieron el eco de su voz, como si quisieran devorarla. Pasos, risas, puertas que se cerraban, murmullos.

Y entonces, una puerta se entreabrió.

Del otro lado, asomó un rostro. Cansado, pálido, con arrugas que no estaban allí la última vez que Clara la había visto. Beatriz abrió por completo y se quedó helada al ver a su hija en aquel lugar.

—¿Qué haces aquí?

—¿Y tú? —replicó Clara con los ojos clavados en ella—. ¿Qué es lo que haces tú, mamá?

—Vengo a buscarme la vida, hija. El alquiler era imposible de mantener. Todo sube, menos la dignidad, como puedes ver.

—¿Por qué no me pediste ayuda? ¿Por qué no me dijiste nada?

—Bastante tenías tú con soportar a tu esposo —respondió Beatriz, desviando la mirada como si el suelo fuera más fácil de enfrentar que los ojos de su hija.

Clara sintió un nudo en el pecho.

—Madre, no puedes quedarte aquí. Tenemos que salir de este sitio.

Beatriz negó con la cabeza, pero le temblaba el labio inferior.

—Vete tú, este es mi sitio, hija. Ya no me queda otro.

—No me marcharé de aquí sin ti.

Se miraron por un largo instante. Clara se acercó despacio y la abrazó. Sintió lo delgada que estaba, lo frágil que se había vuelto, como si la tristeza se la hubiera ido comiendo por dentro.

Beatriz dejó caer la frente sobre el hombro de su hija. Por un segundo, pareció que todo estaba bien, que podrían huir y empezar de nuevo.

Pero entonces, un ruido tras ellas heló el aire.

Una sombra oscura apareció en el umbral. Era él. El mismo hombre que años atrás intentó robarle la infancia. El mismo que había marcado sus pesadillas con el hedor a alcohol rancio y aliento podrido.

—Mira lo que tenemos aquí —gruñó con una sonrisa torcida —. Una visita familiar.

Clara se giró de golpe. Su respiración se aceleró, y sus ojos buscaron algo, cualquier cosa.

Entonces lo vio.

Un viejo abrecartas, oxidado y torcido, descansaba sobre un mueble hinchado por la humedad. Lo tomó con firmeza.

—No te acerques —dijo con voz grave, sin saber cómo iba a usar aquello que tenía en su mano—. Te juro que te lo clavo.

El hombre rio. Esa risa rasposa que lo volvía aún más asqueroso.

—Ay, qué miedo… —se burló, dando un paso hacia ellas.

Clara dio dos pasos al frente, alzando la mano con el abrecartas. Estaba temblando por dentro, pero no podía mostrarlo. No podía. No esta vez.

—¡He dicho que no te acerques! —gritó con fuerza.

Él se detuvo, ladeando la cabeza. Por un instante, parecía sorprendido. Luego se encogió de hombros, como quien cede por pereza más que por miedo, y se hizo a un lado con una sonrisa de tiburón.

—Muy bien, muy bien… —murmuró.

Clara no bajó el arma. Miró a su madre.

—Baja delante. Corre, mamá. Yo iré detrás.

Beatriz asintió, nerviosa, y cruzó junto al hombre, que no apartó los ojos de ella. Justo cuando Clara estaba por seguirla, el

bastardo se lanzó como una víbora y le sujetó el brazo con fuerza.

—Tú no te vas, caramelito —susurró, apretándola—. Tú me puedes hacer ganar mucho dinero.

El asco se le subió a la garganta. Clara apretó los dientes, jadeando.

—Suéltame o te juro que te dejo sin mano —dijo entre dientes, alzando el abrecartas contra su cuello—. Esta vez no soy una niña. Esta vez no me vas a tocar.

El hombre dudó.

Y fue todo lo que Clara necesitó para escaparse de él.

Beatriz bajó por las escaleras como si tuviera fuego en los talones. Las manos le temblaban, los ojos se llenaban de lágrimas que no sabía si eran de miedo, de vergüenza o de alivio por haber escuchado, al fin, la voz de su hija llamándola. Atravesó la puerta del burdel y salió a la calle de Whitechapel, jadeando. El aire, espeso y sucio, le golpeó el rostro, pero era aire libre. Y eso era suficiente.

Entonces lo vio.

Un carruaje se había detenido justo frente al edificio. De él descendía un hombre alto, con el abrigo impoluto sobre su cuerpo, el cabello revuelto por el viento, y una expresión de absoluta determinación en el rostro.

—¿Beatriz?

Beatriz se quedó inmóvil. Sus labios se abrieron un segundo, sin emitir sonido.

—¿Dónde está Clara? —preguntó Sebastian Lane, acercándose a ella como un huracán—. ¿Está ahí dentro?

Beatriz apenas asintió, y en sus ojos se dibujó un temor que Sebastian comprendió de inmediato.

Él no necesitó saber nada más.

Sin decir palabra, echó a correr hacia la puerta de aquel edificio inmundo. Empujó con fuerza la hoja carcomida, que crujió como si llorara, y subió las escaleras de dos en dos, sin apartar la vista del pasillo. Entonces la vio.

Clara estaba forcejeando con aquel hombre repugnante, el que la había sujetado del brazo de nuevo. El abrecartas seguía en su

mano, pero ahora estaba alzada con desesperación, muy cerca del cuello del desgraciado.

—¡Suéltala! —rugió Sebastian con una furia tan profunda que pareció sacudir las paredes.

El hombre soltó a Clara de golpe, y retrocedió instintivamente. Clara giró la cabeza, todavía con el pecho subiendo y bajando sin control, y sus ojos se llenaron de algo más que sorpresa: fue como ver a un dios de mármol venir a rescatarla al mismísimo infierno.

Sebastian no se detuvo. Lo empujó con violencia contra la pared, y su puño impactó en el rostro con un ruido sordo y seco. El hombre cayó al suelo como un saco de huesos, y por un instante, solo se escuchó la respiración agitada de todos.

—¿Estás bien? —le dijo Sebastian a Clara, con una voz que intentaba no temblar.

Ella solo asintió, con la vista fija en él. Nunca antes lo había visto así. No tan salvaje. No tan humano.

—Vamos. No tenemos nada que hacer aquí.

Sebastian le tendió la mano.

Clara dudó por un segundo, aún con el abrecartas entre los dedos. Luego lo soltó dejándolo caer al suelo, y sus dedos buscaron los de él.

Cuando salieron al exterior, el sol se había ocultado, y la ciudad hervía en su miseria. Beatriz seguía allí, con el rostro mojado por las lágrimas y la vergüenza acumulándose en ella.

Sebastian le dijo, sin juicio ni reproche:

—Vámonos. Las dos.

Y por primera vez en mucho tiempo, Beatriz aceptó que alguien la salvara, a ella y a su hija, aquella mujer que jamás había aceptado nada de nadie.

Capítulo 35

La calesa avanzó por las calles de Londres mientras el silencio se instalaba entre los tres ocupantes. Beatriz no decía nada, con las manos entrelazadas sobre el regazo, como si aún no creyera que estaba lejos de ese lugar. Que había conseguido volver a alejarse de allí. Clara se mantenía quieta con la cabeza ligeramente ladeada hacia la ventanilla, pero sin ver realmente el exterior. Solo notaba el calor de la rodilla de Sebastian, rozando la suya.

Él no había dicho una palabra desde que salieron de Whitechapel.

Cuando llegaron a la residencia Lane, Sebastian fue el primero en bajar. Le ofreció la mano a Beatriz con una cortesía firme y sin condescendencia.

—Lane —susurró ella—. Gracias por todo.

—Se le asignará una estancia, señora Beatriz —dijo él con voz clara y sin mirar a Clara—. El servicio se ocupará de usted. Puede pedir lo que necesite. Esta casa le pertenece mientras desee estar aquí.

Beatriz bajó la cabeza, conmovida. Luego volvió la vista a su hija, le rozó la mejilla con los dedos y se alejó hacia la entrada. Un criado ya aguardaba en el zaguán.

Clara y Sebastian quedaron solos al pie de la escalinata.

El silencio fue largo. Tenso. Doloroso.

Ella fue la primera en hablar.

—Creo que te debo una explicación —dijo Clara en voz baja, apenas audible—. De por qué nos encontraste en ese lugar.

Sebastian bajó la vista, apretando los labios un segundo, y luego respondió con calma helada:

—No me debes nada.

Clara sintió el impacto de esas palabras como una bofetada emocional.

—Si no me equivoco —continuó él—, estabas huyendo. Porque cuando regresé esta mañana, ya no estabas. Te habías llevado todo contigo. Ni rastro de tu ropa. Ni una nota. Ni una palabra para mí, asi que comprendo que no es hablar lo que deseas ahora.

Ella tragó saliva y él volvió a hablar.

—Imaginé que ya se había terminado tu tiempo aquí —añadió, con un tono casi indiferente que no engañaba a nadie—. No tenía derecho a esperarte, ¿verdad?

Clara se cruzó de brazos, no por enfado, sino para sujetarse a sí misma.

—No me fui porque quisiera huir de ti —murmuró—. Me fui porque pensé que tú ya te habías marchado huyendo de mí.

—¿Creíste que me había ido, eso te pareció suficiente motivo para desaparecer sin decirme una sola palabra? —replicó, por fin mirándola—. ¿Después de lo que ocurrió la noche anterior?

Ella no contestó. El recuerdo de su cuerpo sobre el de él, de sus suspiros, del temblor en sus labios... la golpeó como una ola ardiente y dulce.

—Salí temprano para evitar una cosa, pero me fue imposible, y cuando regresé ya no estabas, te habías marchado, te busqué —continuó él, más bajo—. Fui a casa de tu madre. Luego a casa de Agatha. Y cuando supe lo de Whitechapel... te juro, Clara, que por un instante, sentí que el mundo se detenía. Que no llegaría a tiempo.

Las palabras se le rompieron un poco al final. Solo un poco.

Clara dio un paso hacia él, sin saber si quería abrazarlo o decirle que se callara.

—Sebastian... no supe qué hacer. Todo se derrumbaba a mi alrededor. Y pensé que tal vez... era más fácil marcharme antes de que lo hicieras tú. Como si pudiera protegerme de esa manera.

Él bajó la cabeza. Luego la alzó de nuevo, y en su mirada ya no había rabia. Solo cansancio. Y una ternura casi resignada.

—Y ahora... ¿qué vas a hacer?

Clara lo miró fijamente. El aire se cargó de algo denso, emocional. Y verdadero.

—No lo sé —dijo ella—. Pero por ahora, no pienso volver a huir.

Sebastian tragó saliva, se acercó, y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja con un gesto lento. Sus dedos rozaron su mejilla como si no pudiera evitarlo.

—Entonces entremos —susurró—. Antes de que decidas huir de nuevo.

Ella sonrió, pero todavía se le veía triste.

Y subieron juntos los escalones, sin decir más. Como si el silencio fuera el único pacto que pudieran mantener... al menos por ahora.

La casa estaba en silencio cuando Sebastian bajó al salón. Clara se había encerrado en su cuarto, y aunque él respetaba su necesidad de espacio, había algo dentro de él que no podía quedarse quieto. Esa imagen... Clara forcejeando con aquel hombre, el miedo en su rostro, su cuerpo temblando. Necesitaba entender. No para juzgarla solo para saber. Solo por ella.

La señora Beatriz estaba en el salón, sentada junto a la ventana, con una taza entre las manos. Parecía tranquila, pero no relajada. Había algo tenso en sus hombros, como si llevara demasiado tiempo sosteniendo el mundo sola.

Sebastian carraspeó suavemente, y ella giró la cabeza.

—¿Lord Lane? —dijo con cortesía.

Él dio un paso hacia ella, luego otro. Dudó un momento y habló con firmeza, pero sin dureza en su voz.

—Necesito hacerle una pregunta, señora Beatriz. Pero si cree que no puede responderme con la verdad… le pido, por favor, que me lo diga. Un "no" bastará. No necesito que me mienta.

Beatriz parpadeó. Luego asintió, bajando lentamente la taza sobre la mesita.

—Pregunte.

—¿Por qué estaban ustedes allí? —Sebastian la miró a los ojos—. ¿Por qué en Whitechapel? Y sobre todo… ¿por qué ese hombre sujetaba así a Clara?

Beatriz se quedó quieta. Solo su pecho subía y bajaba con una agitación que trataba de contener con mucho esfuerzo, pero sin resultados. Un momento después, sus labios temblaron y rompió a llorar. No con escándalo, sino con ese llanto roto de quien lleva demasiados años aguantando. Ocultando algo que ya es imposible de esconder.

Sebastian se acercó de inmediato, le ofreció un pañuelo y se sentó junto a ella.

—Lo siento —murmuró Beatriz, tapándose el rostro con las manos—. Lo siento tanto...

—No tiene por qué disculparse —respondió él en voz baja—. Solo quiero comprender.

Beatriz tardó un poco en serenarse. Pero cuando por fin levantó la vista, ya había algo diferente en su mirada. Esta era la mirada de una mujer que ha visto cosas horribles… y que ha decidido no callarlas más.

—Ese hombre... —empezó— es el hermano de mi difunto esposo. El tío de Clara.

Sebastian frunció el ceño, sin decir nada.

—Cuando mi marido murió en España, quedamos sin nada. Sin hogar, sin recursos, sin familia cercana. Solo quedaba él, ese hombre. Durante años, nos mandó cartas insistiendo en que viniéramos a Londres. Decía que nos cuidaría, que viviríamos bien con él. "Bajo mi techo jamás les faltará nada", escribió. Y le creímos.

Beatriz tragó saliva.

—Fuimos a Whitechapel creyendo que nos esperaba una casa. Pero lo que encontramos fue... una trampa. Un prostíbulo disfrazado de refugio. Las primeras semanas sobrevivimos como pudimos. Él no paraba de insistir en que yo trabajara allí, "como las otras". Decía que le debía el pan, el techo, las comidas. Pero yo me negué. Nunca acepté vender mi cuerpo. No mientras tuviera fuerza para decir que no.

Sebastian sentía la sangre hirviéndole. Pero no la interrumpió.

—Una mañana salí a buscar trabajo como criada en alguna casa del este. Apenas estuve fuera unas horas. Y cuando regresé... los gritos de las muchachas me alertaron. Subí corriendo. Entré en la habitación de mi cuñado y...

Se cubrió la boca con una mano. Sus ojos se llenaron de lágrimas frescas de nuevo.

—Lo vi sobre Clara. Mi hija. Diez años. Era solo una niña. Ese monstruo... —cerró los ojos con fuerza—. Me lancé sobre él. Alguien, no sé quién, me puso en la mano un trozo de cristal. Se lo clavé en la espalda. Y entonces el cristal cayó. Y Clara… ella lo cogió. Le abrió la frente con él.

Sebastian contuvo el aliento. Su garganta se tensó.

—Salimos esa misma noche. Con lo puesto. Nunca volvimos. Nunca hablamos de ello. Fue… fue demasiado. Clara no recuerda todo con claridad, pero siente el horror. Lo lleva dentro. Por eso jamás entendí por qué volvió allí. Supongo que sintió que me perdía. Que ya no podía más. Que tenía que entender por sí misma algo que nunca se atrevió a preguntar y que yo preferí que olvidase sin mencionarlo.

Beatriz bajó la cabeza.

—Y ahora usted lo sabe, lord Lane. Y si después de esto decide alejarnos de su casa, no lo juzgaré.

Sebastian se puso de pie. Dio unos pasos hacia la ventana y luego volvió sobre sí mismo, como si necesitara caminar para contener la rabia.

—No voy a alejarlas, señora Beatriz —dijo al fin, firme y emocionado—. Lo que usted hizo por su hija… la forma en que luchó por ella… no se castiga. Se honra.

Beatriz lo miró, incrédula.

—Y no permitiré que ese hombre vuelva a acercarse a ninguna de ustedes.

Sus palabras no fueron una promesa hecha al viento. Fueron una sentencia.

Y entonces comprendió que amaba a Clara más profundamente de lo que él mismo había querido admitir. Porque ahora que conocía su infierno… solo deseaba arder junto a ella si eso la salvaba de volver a caer a las brasas.

Capítulo 36

Clara no esperaba verlo entrar. Ella estaba de pie junto al baúl, plegando algunas de sus prendas con manos firmes y cabeza baja. No lloraba. No era capaz de derramar más lágrimas de las que había arrojado ya. Se había prometido no llorar.

Cuando la puerta se abrió, se giró levemente. Era él.

—Lord Lane… —dijo con suavidad, como si temiera que cualquier palabra lo espantara.

Él cerró la puerta detrás de sí.

—Sebastian —la corrigió, con una voz baja, y serena. Más íntima de lo que nunca antes le había oído.

Clara asintió, sin mirarlo demasiado. Volvió la vista a sus cosas, luego murmuró:

—Mañana por la mañana nos marcharemos. Así podrá recuperar su vida… su paz. Su normalidad. Con sus aves. Supongo que la visita ha sido más larga de lo prudente.

Un silencio denso siguió a sus palabras.

—Desde que usted apareció en mi vida —dijo él al fin, caminando despacio hacia ella—, las aves me parecen cada vez menos interesantes.

Clara soltó una risa breve, incrédula.

—No diga tonterías…

Pero no pudo evitar mirarlo. Y cuando lo hizo, vio en sus ojos algo que no era una broma. No era una provocación. Era verdad, simple y cruda.

—Estoy enamorado de usted, Clara.

Ella abrió los labios, sin aliento.

—¿Es cierto? —preguntó, con un hilo de voz— ¿O es otro de sus métodos para enloquecerme y sacarme antes de lo previsto de su casa?

Sebastian dio un paso más. Luego otro. Hasta que estuvo frente a ella. Y entonces, sin rozarla aún, susurró:

—Si quisiera que te fueras, jamás habría ido a buscarte.

Clara tragó saliva, sin poder mirarlo por un instante. Pero él alzó una mano, despacio, y le apartó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—No dejo de pensar en ti —continuó, con esa calma que solo él sabía tener cuando el mundo temblaba alrededor—. En la forma en que hablas con mi madre, en cómo sonríes cuando crees que nadie te ve. En cómo cuidas de los demás sin esperar nada a cambio. En cómo me ves… incluso cuando no soy amable. Incluso cuando no lo merezco.

Clara cerró los ojos, intentando resistirse a la emoción que la embargaba. Pero sus labios temblaron.

—No sé cómo hacer esto —confesó—. No sé cómo se sigue adelante después de todo lo que he visto, lo que he sido. Después de lo que tú has visto de mí…

Sebastian bajó el rostro, hasta que sus frentes se rozaron.

—Se hace poco a poco —susurró—. Un día a la vez. Una mirada a la vez. Una promesa en voz baja. Yo no te pido que me ames ahora, Clara. Solo te pido que no te vayas mañana.

Ella abrió los ojos. Lo miró. Tan cerca.

Y entonces, como un reflejo de algo que llevaba meses gestándose, lo besó.

Fue suave al principio. Tímido. Pero luego él la rodeó con sus brazos, como si su cuerpo hubiese estado esperando ese gesto toda la vida. Y el beso se volvió más profundo, más lento, más sentido.

No había prisa. Solo ese milagro inexplicable que es encontrar en otro lo que uno creía perdido.

Cuando se separaron, sus labios apenas rozándose todavía, Clara murmuró:

—No pensaba quedarme.

—Lo sé —respondió él, sonriendo levemente—. Pero a veces el corazón decide quedarse… incluso antes de que lo entendamos.

Y Clara entonces sintió que por fin estaba donde debía estar.

Capítulo 37

Aún estaban en la habitación, Clara apoyada suavemente contra el pecho de Sebastian, cuando un alboroto se alzó desde el piso inferior.

—¡Sebastian Lane! ¡Sebastian, baja ahora mismo! ¡Nos han enviado una notificación legal, por el amor de Dios!

La voz estridente de lady Lane se alzó como un trueno que hizo temblar hasta los cristales de las ventanas. Clara se separó de él con un sobresalto, al tiempo que Sebastian fruncía el ceño, contrariado.

—¿Qué demonios…?

No alcanzaron a intercambiar más que una mirada cuando la puerta se abrió de par en par sin el menor recato. Lady Lane irrumpió como un vendaval, agitando un papel entre los dedos.

—¡¿Se puede saber qué has hecho?! ¡Han aceptado tu solicitud de divorcio! ¡Nos ha llegado la notificación esta misma mañana! ¡¿Es que has perdido la razón?!

Sebastian abrió la boca, completamente tomado por sorpresa.

—Madre, no… No puede ser, yo mismo fui a detenerla…

—¡No me digas que no puede ser! —bramó ella, lanzándole el papel—. ¡Lo firmaste tú, con tu nombre, tu apellido y tu estupidez! ¡¿Te parece sensato declarar públicamente el fin de tu matrimonio cuando los primos del norte están al acecho para disputarnos el patrimonio?! ¡¿Quieres que todo lo que nos pertenece termine en manos de esos langostas codiciosos?!

Clara se había quedado inmóvil, de pie a un lado. Se había cubierto rápidamente con una bata, pero el corazón continuaba golpeándole en las costillas. Su mirada voló hacia Sebastian en cuanto escuchó aquella palabra que lo cambiaba todo.

—¿Herederos? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Qué quiere decir con eso?

Lady Lane ni siquiera pareció notarla, o la ignoró deliberadamente mientras seguía despotricando:

—¡Lo advertí! ¡El escándalo del divorcio reabrirá la disputa familiar! ¡Y si ese proceso se hace oficial, si te despojas de ese título, ¿quién crees que será el siguiente con derecho legal sobre nuestras propiedades?! ¡Los hijos de tu difunto tío! ¡Gente que jamás ha pisado Londres y que solo espera que cometas un error como este!

—Clara… —murmuró Sebastian, acercándose a ella con urgencia.

Pero Clara dio un paso atrás.

—¿Qué está diciendo tu madre, Sebastian? —insistió, con la voz quebrada—. ¿Qué tiene que ver tu título con tu matrimonio? ¿Qué tiene que ver nuestro matrimonio?

—Es… complicado —balbuceó él—. Cuando acepté el título de mi padre, se estableció un fideicomiso. Unas cláusulas ridículas, anticuadas. Mientras siguiera casado, el patrimonio quedaría protegido. Una forma de... estabilidad legal. Si me divorcio oficialmente, todo puede pasar a ser reclamado por otros miembros de la familia. Pero no pensé que llegaría tan lejos, Clara. Había enviado la solicitud cuando tú… cuando tú te fuiste. Y pensé que todo se había paralizado…

Lady Lane alzó las cejas, señalando a Clara con desdén.

—¡¿Ves ahora lo que has hecho?! ¡Todo por una mujer que ni siquiera pertenece a nuestra clase!

—¡Madre, basta! —gruñó Sebastian, con los ojos encendidos.

Pero Clara seguía mirándolo, herida, desubicada.

—Entonces… ¿todo esto era provisional? —preguntó—. ¿Tu afecto, tus palabras, eran un plan para continuar casados y no perder tu dinero…? ¿Era una fantasía que solo servía mientras tu posición estuviera a salvo?

Sebastian negó con fuerza.

—¡No! No es eso. Yo te amo, Clara, te amo de verdad. Nada de esto tiene sentido sin ti. Fue un error no detener la solicitud antes. Solo… me olvidé de todo lo demás cuando volviste.

—Parece que tú puedes olvidar cosas importantes con facilidad —dijo ella, sin acusarlo, pero con una tristeza que pesaba como el plomo.

Un silencio espeso se instaló entre ellos. Lady Lane los miraba con una mezcla de desprecio y alarma.

Y entonces Clara, con el corazón latiéndole demasiado alto, simplemente dijo:

—Necesito pensar. No me pidas que lo entienda todo ahora.

Y salió de la habitación con paso firme, dejando a Sebastian solo, entre el rugido lejano de su madre y el eco sordo de su propio corazón.

El leve crujido del arcón al abrirse resonó con brutal nitidez en la estancia. Clara no lloraba, ni temblaba, ni maldecía. Simplemente se movía con una determinación fría, casi mecánica, como si cada prenda doblada fuera una línea de cierre, una confirmación más de lo que no quería seguir escuchando.

Había sido una idiota.

Sacó los vestidos del armario, uno por uno, con dedos rápidos y eficientes. Los dobló sin mirar siquiera los colores ni los encajes que semanas atrás le habían parecido preciosos. A un lado, las faldas, al otro los cuerpos. Al otro, sus libros. No necesitaba mucho más. Había llegado a esa casa con nada y no le costaría mucho irse igual.

El corazón le palpitaba furioso. No era de tristeza, sino de rabia. ¿Cómo había podido creerle? ¿Cómo se había permitido sentir que, por una vez, podía ser el centro del mundo para alguien?

"Te amo", le había dicho. Y mientras tanto, él y su madre solo pensaban en su herencia. Una farsa. Una estúpida y cruel mentira para mantenerla a su lado, justo hasta que todo volviera a la "normalidad". Hasta que el escándalo no fuese un riesgo, hasta que los primos del norte no pudieran arrebatarle lo que, según su madre, "les pertenecía en caso de separación".

Clara apretó los labios al recordar el tono condescendiente de lady Lane. *"Una mujer que ni siquiera pertenece a nuestra clase".*

Volvió al armario y sacó sus zapatos, su capa, el pequeño bolso con algunas monedas con las que llegó a esa casa. Solo lo justo. Solo lo suyo.

Al fondo, su cuaderno de bocetos. Lo tomó, pero no lo guardó. Lo hojeó. Las líneas de un rostro masculino aparecieron en una página intermedia: una sonrisa de medio lado, una mirada intensa, la curva exacta de una ceja. Y una maldita peca sobre su labio. Lo había dibujado sin darse cuenta, como quien recuerda un sueño demasiado a menudo.

Lo cerró de golpe. Lo dejó encima del arcón.

—Qué tonta he sido —susurró para sí misma—. Qué ridícula.

En ese instante, alguien llamó suavemente a la puerta.

—Clara, soy yo.

Sebastian.

Ella no contestó.

—¿Puedo entrar?

La hoja crujió y se abrió, aun sin haber dado su permiso.

Clara no se giró. Siguió doblando la capa con movimientos serenos. Cuando habló, su voz sonó tan distinta que a Sebastian se le encogió el pecho.

—Llegas tarde. Estoy casi lista.

—No quiero que te vayas.

Ella se rio, sin humor.

—Claro que no. Y perder el título por un simple divorcio sería un golpe demasiado fuerte, ¿no?

—No es eso. Te juro que no es eso.

—¿Entonces por qué no me lo contaste? ¿Por qué no me dijiste nada cuando volví?

—Porque cuando volviste, lo único que me importaba era que estuvieras bien. Me olvidé de todo, incluso de que había algo legal pendiente. No pensé que seguiría avanzando. No pensé que importara ya.

Clara se giró por fin, los ojos fijos en él, duros como el acero.

—Pues claro que importaba, Sebastian. Tú sabías que si me enteraba así, de esa forma, todo se rompería. Lo sabías. Y aun así, lo dejaste pasar. No se te olvidó.

Un silencio espeso los envolvió. Clara respiró hondo y se ató el lazo del bolso con firmeza.

—No voy a quedarme Sebastian, no puedo creer que me ocultases lo de la herencia. Ahora es cuando entiendo que te costase tanto divorciarte de mí, aun cuando te estaba haciendo la vida imposible sin dejarte pegar ojo por las noches.

Pasó junto a él sin rozarlo siquiera.

—Clara, por favor…

—Adiós, Sebastian.

Y salió por la puerta.

La lluvia comenzaba a caer, suave al principio, como si el cielo aún dudara si intervenir. Pero Sebastian ya no dudaba de nada. Cruzó la ciudad sin importarle si amenazaba con caer un diluvio. Solo sabía una cosa: si no la encontraba, si no la miraba a los ojos y le decía la verdad, la perdería para siempre.

La vio cruzando el parque, con su bolso colgado del brazo y el paso más que decidido. El corazón le dio un vuelco.

—¡Clara! —gritó, sin pensar en el escándalo que causaría su voz en mitad de la calle.

Ella se detuvo. No se volvió. El silencio fue su respuesta.

Corrió hacia ella. La lluvia ya empapaba su chaqueta y le calaba hasta la piel. La alcanzó, pero no la tocó. No se atrevió.

—Déjame hablar —suplicó, con la voz ronca—. Solo un minuto. Y si después de eso quieres seguir andando, no volveré a detenerte.

Clara alzó la barbilla. Estaba pálida, sus ojos ardían de dolor y orgullo.

—No tienes nada que decir que no haya quedado ya claro.

—Sí, lo tengo. Tengo que decirte que nada de esto —ni la casa, ni el apellido, ni los malditos papeles— significa algo sin ti. Cuando volviste a mi vida, todo lo que me parecía importante dejó de tener sentido. Los días contigo eran lo único que tenían valor. Se me olvidó detener la solicitud de divorcio, si eso hubiese sido lo más importante, no lo hubiera olvidado, ¿lo entiendes? Tú eras lo importante, solo tú, y si ya estabas a mi lado, lo demás no significaba nada. Solo quería que te quedaras.

Ella bajó la mirada un instante, y él se acercó un paso más, mojado por dentro y por fuera.

—Si tú me lo pidieras, ahora mismo iría a romper ese papel. Renunciaría a todo. A la herencia, al apellido Lane, a la casa, a los libros antiguos, a los retratos familiares… Me da igual dónde vivamos. Me da igual cuánto tengamos. Me da igual todo, Clara, si tú no estás.

Ella alzó los ojos hacia él, brillantes de lágrimas que amenazaban con salir.

—¿Y qué harías entonces? ¿Trabajar en el zoológico? ¿Vender aves en los mercados?

Él sonrió, tierno, casi temblando.

—Vendería aves, claro que sí. Me las arreglaría. Aprendería a vivir sin lujos, sin mansiones, sin cenas de seis platos… Pero no podría aprender a vivir sin ti.

El viento sopló con fuerza. Clara cerró los ojos. Cuando los abrió, sus pupilas ya no estaban endurecidas.

—¿Por qué? ¿Por qué yo?

—Porque eres lo único real que he tenido en mucho tiempo. Porque cuando estás, mi mundo tiene sentido. Porque cuando te ríes, todo lo oscuro desaparece. Porque me enamoré de ti sin remedio, y no pienso dejar que un apellido nos arruine.

Sebastian se acercó un paso más. Esta vez, sí, tomó su rostro entre las manos.

—Y si me dices que no me crees, me quedaré aquí, de pie, bajo la lluvia, hasta que decidas darme otra oportunidad.

Ella lo miró, el corazón le latía con fuerza. Sintió que algo dentro se derretía, ese muro que tanto había trabajado en levantar.

—Eres un idiota, Sebastian Lane —susurró, con la voz rota—. Pero eres mi idiota.

Él sonrió. Y ella, finalmente, se lanzó a sus brazos.

La lluvia ya no importaba

Capítulo 38

La mañana en la casa Lane era serena por primera vez en semanas. Afuera, el jardín resplandecía tras la lluvia de la noche anterior. Dentro, el aire olía a café caliente, y a bollitos de lavanda. Y a algo más: a calma. A vida.

Clara se detuvo frente a la chimenea del despacho de Sebastian. Llevaba entre las manos una carta. Hacía tres días que ella misma había enviado al juzgado la petición expresa de que el divorcio se detuviera, y a primera hora de aquella mañana, un mensajero había entregado la correspondencia. Entre algunas cartas estaba esa, la respuesta del ministerio. No se lo había dicho a Sebastian todavía.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó Sebastian, acercándose con una taza en la mano y el cabello todavía algo húmedo por el baño.

Ella se giró, lo miró con ternura, y le mostró la carta.

—Ha llegado una carta —dijo y se la entregó a él.

—Qué extraño, no recuerdo haber enviado ninguna carta al ministerio.

—Fui yo quien la envió.

Él frunció el ceño.

—¿La carta?

—Sí. Al juzgado. Para detener el proceso de divorcio.

Él abrió los ojos, sorprendido.

—Clara. Pensé...

—Tú pensaste que si lo hacías, yo creería que todo era por tu herencia.

—Así es…

—Lo sé. Por eso esta vez quería ser yo quien lo hiciera. Porque si lo hubieras hecho tú, siempre quedaría la duda, ¿no? —

Sonrió levemente, con esa dulzura serena que lo desarmaba por completo—. Podríamos haber pensado que lo hiciste para conservar tu apellido, tu fortuna, tu lugar entre los Lane.

—Eso nunca me importó —replicó él de inmediato, con el corazón palpitando.

—Lo sé —respondió ella, con una firmeza tranquila—. Pero ahora también lo sabrás tú. Porque no lo hiciste tú. Lo hice yo. Y no fue por tu casa, ni por tu nombre, ni por el retrato familiar de tu tatarabuelo en el comedor.

Clara se acercó y le tomó las manos.

—Lo hice porque te amo. Y porque quiero quedarme. Porque ahora esta es mi casa. Porque quiero que mi madre vuelva a reír como lo hace desde que llegó aquí. Porque quiero que tus libros estén desordenados por todas partes. Porque quiero que me hables de aves cada noche, aunque no entienda la mitad de lo que dices. Porque quiero una vida contigo, Sebastian Lane, sin condiciones, sin contratos pendientes, sin miedos.

Él no supo qué decir al principio. Solo la miró, con la expresión de un hombre que ha encontrado tierra firme después de años navegando sin rumbo.

Finalmente, la atrajo hacia sí y la besó con suavidad, como si sellara un final.

—Te prometo que cada día sabrás que lo único que quise, desde que entraste por esa puerta por primera vez, eras tú.

Ella se rio, le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la frente contra la suya.

—Pues empieza por ordenar tus estanterías, porque a partir de hoy, vamos a necesitar espacio para mis cosas también.

Ambos rieron. Y en ese instante, Clara supo que por fin todo había encontrado su lugar.

Epílogo

La vieja casa de los Lane ya no parecía la misma. No porque hubieran cambiado sus muros o su mobiliario, sino porque ahora todos reían más. El pasillo del ala norte resonaba con pasos apresurados —los de Beatriz, que no perdonaba a nadie si el pan no estaba tostado justo como le gustaba—, y la biblioteca rara vez estaba en orden. Pero nadie parecía molesto por eso.

Era primavera, y el jardín, como Clara, estaba en plena floración.

Desde el ventanal del salón, Clara observaba cómo las muchachas del hospicio bajaban del carruaje. Había acompañado a dos de ellas esa mañana a entrevistas de trabajo. Una había conseguido empleo en una pastelería de Marylebone. La otra comenzaría como ayudante en una costurera. Ambas llevaban consigo algo más que esperanzas: llevaban la certeza de que ya no estaban solas.

Beatriz apareció por detrás con una bandeja.

—He hecho pan de arándanos —anunció con una sonrisa orgullosa—. Y no me mires así, no está quemado esta vez.

Clara soltó una risa suave y la besó en la mejilla.

—Voy a buscar a Sebastian. No puede pasar otro desayuno con las aves disecadas.

Subió por la escalera y lo encontró como siempre: encorvado sobre su escritorio, rodeado de notas, dibujos de alas y un par de huesecillos diminutos de algún ave traída de África.

—¿Tienes idea de qué hora es? —preguntó ella, divertida.

—¿Hora de besar a mi esposa? —replicó él, girándose con esa sonrisa ladeada que aún conseguía hacerle cosquillas en el pecho.

—También. Y de comer pan de arándanos. Mi madre amenaza con no darnos más si no bajamos.

—¿Y tú estás dispuesta a arriesgar eso?

—Por ti, quizás. Pero es pan de arándanos, lo estoy considerando.

Él se levantó y la rodeó con los brazos, apoyando la frente contra la suya.

—¿Sigues feliz?

Ella lo miró a los ojos.

—Más que nunca. Y tú, ¿no echas de menos tus días de soledad entre plumas y mapas?

—Los tengo. Pero ahora tú también estás ahí, en medio de mis notas. Y eso los hace mejores.

Bajaron juntos, cogidos de la mano. La mesa del desayuno era un pequeño caos encantador: mermelada en el mantel, migas de pan en el suelo, y Beatriz riendo porque alguien —probablemente ella— había confundido la sal con el azúcar.

Y en medio de ese desorden de cosas simples, estaba la felicidad.

Porque la vida no siempre te da lo que pides. A veces, te da lo que necesitas. Y en el caso de Clara y Sebastian, lo que necesitaban era exactamente lo que el otro ofrecía sin darse cuenta.

Un hogar.

Una elección libre.

Una segunda oportunidad.